

CRÓNICAS DEL MAGO ROJO I

UNA CHISPA EN LA OSCURIDAD

LUCÍA MOYA SÁNCHEZ



PORTADA POR ANTONIO ÁLVAREZ

CRÓNICAS DEL MAGO ROJO I:
Una Chispa en la Oscuridad

LUCÍA MOYA SÁNCHEZ

Copyright © 2017-2018 Lucía Moya Sánchez

Todos los derechos reservados.

ISBN-13: 9781980900566

ISBN-10: 1980900566

DEDICATORIA

Para mi abuela, por ser mi segunda madre y una mujer de armas tomar.

Para mi abuelo, porque aunque no haya vivido para ver esto, sé que estaría orgulloso.

Para mis padres, por creer siempre en mí, incluso cuando ni yo misma lo hacía.

Para mis amigos, por apoyarme todos estos años y animarme a perseguir mis sueños.

Y para ti, Eva. Por ser mi mayor fan. Gracias por empujarme a través de mis bloqueos y malos momentos. Sin ti no habría llegado tan lejos y, por supuesto, no existiría este libro. Nunca podré agradecértelo lo suficiente.

Prólogo

No soportaba a los borrachos.

Agitó su vaso de barro, tan familiar, observando los destellos que desprendía el vino a la luz de los candelabros, mientras intentaba, de manera infructuosa, ignorar a aquellos irritantes elfos.

—¡Andrea, guapa! ¡Ven aquí! —berreó uno de ellos, el castaño, con una jarra a medias en la mano. No necesitaba verle la cara para saber que no estaba sobrio.

Una chica se acercó a ellos con aprensión, la bandeja en su pecho. Era una muchacha joven con una corta cabellera de rizos dorados. Su rostro, redondo, era tan bello que la hacía destacar con facilidad entre las tres camareras del lugar.

—¿Sí, señor? —preguntó a un paso de él, cautelosa, con una mueca nerviosa.

El castaño rio y dio un golpe en la mesa con la mano libre.

—¿Qué te parece, Lucas? —gritó, y el rubio asintió gravemente mientras bebía, derramándose parte de la copa encima.

—La más guapa, sin duda. —Su amigo se encontraba incluso más sonrojado y sudoroso que él—. ¡Pero no nos pongas esa cara! Sonríenos, anda, preciosa.

La figura encapuchada se asió con fuerza a la mesa, forzándose a dar otro trago de su copa.

Andrea hizo aquello que se le decía, incómoda, y dirigió una rápida mirada hacia su jefa, el hada de tierra Lily, que estaba tras la barra. Esta, en respuesta, levantó un meñique, y la joven supo que esa era su señal para retirarse lo más deprisa que pudiera.

Sin embargo, apenas hubo dado un paso atrás, el castaño le agarró con

fuerza de la muñeca.

—¿A dónde te crees que vas, chavala? —le espetó, amenazante. Meneó la cerveza, y tiró de la chica hacia abajo, obligándola a acercarse a su cara—. ¿No tratarías de irte de mi lado, no? ¿Acaso piensas que doy asco? ¡Eh, Lucas! ¿Acaso doy asco?

—¡No digas gilipolleces, Pierre! ¡Eres el lux más apuesto de todos! —El rubio soltó una estruendosa carcajada, elevando su jarra.

—¿Entonces, chica? ¿Qué es lo que te ocurre, eh? —El aliento apestoso del castaño llegaba hasta las fosas nasales de la joven, incapaz de deshacer el agarre.

La figura encapuchada apuró su bebida hasta la última gota de un solo trago.

—¿Acaso es que necesitas algo para ponerte más cómoda? —El elfo lux sonrió lascivamente y, soltándole la muñeca, le dio una cachetada en el trasero.

Un segundo más tarde, se estrellaba contra el muro del otro lado del local. El rubio apenas había acercado sus labios a su copa.

La figura encapuchada se hallaba de pie, inmóvil, delante de la silla que hasta hacía un instante había estado ocupada por el lux. Nada excepto una mano rosada, extendida en la dirección del castaño, era visible. Tras ella, Andrea se llevaba las manos a la cara, ocultando su expresión de alivio.

—Eh, escoria. —Una voz femenina, pero grave, salió de las profundidades de la caperuza. Lucas, el elfo rubio, comenzó a temblar sin siquiera saber por qué—. ¿Acaso no te han enseñado modales? ¿Educación básica?

Su estómago se encogió. No debía responderle. O al menos eso le decía su instinto. Temeroso, desvió la mirada hacia su amigo. El elfo castaño se hallaba desmadejado entre pequeños escombros desprendidos de la pared, cubierto de polvo. Sangre caía por su sien hacia su boca abierta. Sus ojos estaban totalmente en blanco, su expresión facial inocua.

Lucas parpadeó y, de pronto, la figura se encontraba al otro lado de la

sala, examinando a su compañero.

—Aahhh, ya ha muerto —suspiró aquella voz, en un tono monocorde y aburrido—. Quizá debería...

Desapareció de repente, y su voz reverberó en la estancia. Nadie se atrevía siquiera a respirar.

—...ocuparme de ti. —Aquel susurro en su oreja hizo que se le atragantara hasta su propia saliva. Se giró lentamente a su derecha, y lo que vio le dejó acorralado en la silla, como si una fría e impertérrita garra le aprisionara contra ella.

Unos grandes ojos, totalmente negros, lo miraban desde un rostro hermoso. Pero Lucas conocía las marcas negras que surcaban toda su tez, y también el tono rosáceo de su piel.

Su mente se vació, y se encontró pensando en blanco. Solo dos palabras salieron de entre sus labios.

—Eres tú.

La encapuchada sonrió, pero su mirada permaneció inexpresiva.

Y, tocándole la frente con dos dedos, le despojó de toda vida.

PARTE I
PRIMER CONTACTO

Capítulo 1

Huida

Una silueta menuda caminaba errática por la ciudad; sus pasos irregulares resonaban por todas las calles en una suerte de canción.

Tropezó con sus propios pies y cayó al empedrado entre gemidos de dolor.

El rostro de un niño que apenas había iniciado la pubertad fue iluminado por la luz de la luna. Sus ojos almendrados, totalmente negros, denotaban un nivel de extenuación que no correspondía a alguien de su edad. Dos hileras de sal recorrían sus mejillas, apenas perceptibles en la oscuridad.

Recogió aprisa el manto con el que había cubierto su cara hasta aquel momento y, con manos ágiles, se lo colocó de nuevo mientras corría, apretando los dientes para evitar delatar su posición.

En la distancia, escuchó una voz familiar. La sangre se le heló en las venas. Palpó su costado, aún dolorido y húmedo, y se percató de que ya no le temía, o al menos no como antes.

Inspiró con fuerza y echó a andar de nuevo, pero a pesar de todo no podía ir tan rápido como quisiera.

Otro grito con su nombre, lleno de ira, de rabia, rasgó el silencio de la noche.

Un grito cercano.

El niño aceleró el paso, pero su cuerpo se negaba a seguir sus órdenes y se dio de bruces con el suelo de nuevo, quedándose sin aire en los pulmones. Agotado, cerró los ojos. Ya no tenía lágrimas para derramar.

Dejó que el helado frío de la noche penetrara en cada poro de su piel, entumeciendo sus músculos, invadiendo cada hueso, calmando su respiración.

Si tenía un poco de suerte, moriría allí, aterido y empapado en su propia sangre, como un perro callejero. Si no...

Otro feroz aullido retumbó en sus oídos, apenas a unas calles de distancia, despertándole de su ensueño.

No podía aceptarlo. No quería aceptarlo.

Haciendo alarde de una fuerza de voluntad que incluso él desconocía poseer, logró ponerse sobre sus rodillas. Un sudor gélido comenzaba a extenderse desde su cuero cabelludo hasta la punta de sus pies. Ignorándolo, se incorporó, conteniendo sus jadeos de esfuerzo. Inspiró profundamente y, decidido, dio un paso hacia delante.

Levantó la vista, buscando una ruta que le alejara de él, y sus ojos se encontraron.

Su perseguidor, un íncubo de aspecto joven, le sonreía de oreja a oreja.

—¿Dónde creías que ibas, Kyle? —dijo, en tono conciliador—. Sabes que no me gusta que salgas solo de casa.

El muchacho notó cómo su propia expresión tornaba en una de sorpresa. Su respiración se detuvo por completo, ajeno a sí mismo. Sin parpadear, vio cómo su padre se acercaba a él a una velocidad demasiado lenta para ser real. Sus labios gruesos se movían, formando sílabas y, con ellas, palabras, pero él no podía escucharlas. Quiso apartarse, huir, echar a correr y pedir auxilio con el poco aliento que aún conservaba, pero era incapaz de moverse.

El duende oscuro clavó su mirada de obsidiana en él y alargó una mano hacia su hombro, hacia su rostro.

El niño pestañeó, expectante, pero no sintió aquella familiar mano contra su piel. Perplejo, hizo un esfuerzo titánico y observó la escena que se desplegaba ante él.

Su agresor se encontraba petrificado en el sitio, su brazo aún extendido, su gesto congelado en una mueca falsamente benévola.

Unos dedos rosáceos, cubiertos de líneas negras, asían su cabeza por la parte superior.

Una suave brisa recorrió el callejón y, como si se tratara de polvo, de

cenizas, su progenitor comenzó a descomponerse, a desmenuzarse.

Primero fue su extremidad, alejándose en el viento como un diente de león al que se le hubiera pedido un deseo. Después, su nariz colapsó y cayó al pavimento, formando un pequeño montículo a sus pies. Acto seguido todo él se pulverizó, poco a poco y cada vez más rápido, hasta que la pila, ante su escepticismo, se completó a la altura de sus tobillos.

Todos sus problemas, todas sus pesadillas, reducidas a algo tan pequeño.

Suspiró, el alivio inundando su pecho, y de pronto recuperó sus sentidos. El glacial hálito de la noche penetró en sus pulmones y, con una sensación incisiva, le otorgó la tan esperada libertad.

Por primera vez en años, notaba el corazón ligero.

Levantó la cabeza y sus pupilas se encontraron con otras idénticas a las suyas.

Una mujer, la poseedora de aquellos dedos rosáceos, le contemplaba en silencio. Aunque cubría sus cabellos con una capucha, su rostro era fácilmente distinguible a la distancia que ella se hallaba, un rostro de facciones dulces y ojos redondos. Sin embargo, las mismas líneas negras que surcaban el dorso de sus manos recorrían cada centímetro de piel en una especie de telaraña. Esto, junto con la indiferencia en su mirada, la hacía fácilmente reconocible.

—La Hija de la Luna —musitó el niño, sintiéndose palidecer, y a toda prisa realizó una profunda reverencia.

La Diosa le contempló de hito en hito, bajando su brazo.

—¿Qué edad tienes, mocoso?

—Veintidós, señora. —El joven aguantó sus quejidos de dolor, temeroso de su reacción.

—Deja de hacer eso y mírame de frente.

Kyle tragó saliva y acató sus órdenes, despacio, tembloroso.

Sus ojos se encontraron con los de ella, a menos de un palmo. Contuvo una exclamación de asombro, y entonces notó sus dedos posarse en su

costado.

Desconcertado, sintió una cálida corriente invadiendo todo su cuerpo. La corriente, suave y tierna como una caricia, espesa como la miel, era más intensa en su herida, donde la mano de su salvadora le tocaba.

Tras unos largos minutos en silencio, ella se apartó, y el río de miel se desvaneció lentamente en su cuerpo.

El niño, ahora totalmente revitalizado, se palpó el lugar donde hasta hacía poco tiempo había habido un corte ensangrentado. Su piel se encontraba intacta. Tan solo una leve cicatriz blancuzca, solo visible bajo la luz de la Luna, brillaba donde antes estaban los dedos de su salvadora.

Levantó la vista, desconcertado, y ella le devolvió una mirada que podría interpretarse como tierna.

—¿Cómo te llamas? —inquirió en tono autoritario.

—K... Kyle. —Sin poder evitarlo debido a su nerviosismo, tartamudeó.

La Dama de Sangre le inspeccionó de pies a cabeza. El joven, aterrado, permaneció inmóvil. Esperaba no causarle una mala impresión. En sus manos, las mismas que le habían sanado, estaba su destino.

—¿Quién era ese hombre?

—Mi padre, señora —respondió el muchacho, mirando a sus pies.

—¿Por qué te perseguía?

—Digamos que no teníamos una buena relación... —murmuró él.

—¿Fue él el que te hizo eso? —De pronto, ante sus ojos aparecieron los dedos de ella, señalando su costado.

Kyle asintió y elevó la cabeza.

—Gracias, Diosa —dijo, inclinándose.

Durante un momento, solo hubo silencio entre ambos.

De pronto, una carcajada llegó a los oídos del niño, que se levantó con rapidez, observándola con curiosidad.

La Hija de la Luna reía suavemente, una mano sobre su boca.

—¿Qué... qué ocurre? —preguntó él, perplejo.

Ella continuó sonriendo, contemplándole con gesto maternal.

—Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así —murmuró. La luz titiló en sus ojos y, en un instante, desapareció de nuevo.

El muchacho, indeciso, dio un paso hacia la mujer encapuchada ante él, y de improviso, ella se dio la vuelta, su capa ondeando a su espalda.

—Sígueme, Kyle.

—Sí, señora —se apresuró a responder, y echó a andar tras ella todo lo velozmente que pudo.

Recorrieron muchas y muy diversas callejuelas, siempre buscando los rincones oscuros, siempre alejados de las farolas que adornaban la ciudad.

Tras lo que parecieron horas, pasaron las últimas casas y se sumergieron en la jungla.

Todo aquello no era desconocido para Kyle. Al menos, antes de cruzar el riachuelo.

A veces, cuando su madre aún estaba con ellos y su padre era otra persona totalmente diferente, iban de picnic a aquella zona. Su madre solía hacer bocadillos, su padre compraba helado y zumos, y caminaban juntos hasta allí, justo al lado del riachuelo, a almorzar. Pasaban la tarde jugando a las cartas en familia o al escondite, cualquier cosa que les apeteciera. Y justo antes de que el sol pasara el relevo a las estrellas, volvían a casa.

Pero tras la partida de su madre, todo había ido a peor.

Su padre ya no parecía él mismo. Había caído en sus comportamientos más primitivos, en su naturaleza más oscura. Y desde entonces, para Kyle el riachuelo había pasado a ser un lugar de depravación, donde iba con su padre en noches ocasionales cuando hacía especial frío o especial calor y, allí, abusaba de él de todas las maneras posibles. Había pasado a ser un lugar que le traía sensaciones mezcladas, un gran sentimiento de nostalgia y dolor al mismo tiempo. Un lugar donde había reído, y también gritado de dolor. Donde había llorado y sido ahogado mientras su padre hacía cosas con él que

ningún progenitor en su sano juicio haría.

Y nadie nunca había acudido en su ayuda. La jungla era espesa, y el riachuelo se hallaba en un lugar semiescondido. No era fácil encontrarlo, y hacía falta caminar al menos media hora desde el límite de la aldea para llegar hasta allí.

Era el lugar perfecto para hacer fechorías sin que nadie pudiera intervenir.

—¿Kyle? —Su salvadora se giró hacia él, expectante, al otro lado de la corriente.

El niño abrió los ojos, sorprendido, volviendo a aquel momento, a aquel instante.

Su padre ya no le molestaría más.

Se limpió las lágrimas con el manto, aún colocado alrededor de su cuello, y apretando los dientes, se obligó a cruzar el dichoso riachuelo de un salto.

La Matabestias ya había avanzado, dejándole atrás. Y, sin poder remediarlo, Kyle se giró una última vez.

La luz de la luna se filtraba entre las hojas de los árboles y los helechos, destellando en el agua, creando pequeñas constelaciones. Una suave brisa sopló en su rostro, y el olor a naturaleza y tierra húmeda le invadió por completo.

El niño se dio la vuelta, dejando atrás aquel lugar y, con él, sus recuerdos.

Capítulo 2

Nombres

Cuando Kyle despertó con los primeros rayos de sol, tuvo un instante de pánico. Sentir la tierra bajo sus manos nunca había sido una buena señal. Sin embargo, los recuerdos de la noche anterior no tardaron en bombardearlo. Aliviado, comprobó que se encontraba bajo el mismo árbol que unas horas antes habían decidido tomar de refugio.

Exhaló un largo suspiro, llevándose la mano al pecho, y en ese momento se dio cuenta de que no estaba solo.

Su salvadora le observaba con expresión neutra, sentada apenas a un palmo de él.

—Buenos... días —cacareó él, nervioso por el susto que acababa de sentir en el cuerpo.

Por toda respuesta, ella le tendió una cantimplora. Kyle bebió con ansias, sediento después de pasar toda la noche a la intemperie.

—Gracias, Diosa —musitó.

—No me llames así —replicó ella inmediatamente, mirando a otro lado—. Hace ya mucho que no merezco ese nombre.

—Pero ayer...

—Ayer fue una excepción —le cortó ella, girándose hacia él con ojos escrutadores.

—Pero me salvaste —repuso él, perdiendo todas las esperanzas que había ido acumulando hasta el momento.

—Dime, Kyle —dijo la Hija de la Luna, calma—. No eres nulo, ¿verdad?

—¿Eh? —Parpadeó, confuso durante unos momentos—. No, no. Sé que tengo... algún tipo de energía, pero no sé cuál.

—¿Qué tipo de magos eran tus padres?

—Mi madre nunca quiso decírmelo, pero tenía la piel surcada de espirales preciosas... —La voz del muchacho se enterneció al hablar de ella—. Y mi padre era un ícubo.

—¿Tu madre era un duende también?

—No. —Negó a su vez con la cabeza, rodeando sus rodillas con sus brazos—. Era humana.

La Hija de la Luna le observó de nuevo de pies a cabeza, pensativa. Tras un par de minutos en tensión, al fin suspiró.

—De acuerdo, Kyle —dijo, en un tono tan cansado que parecía llevar el peso del mundo sobre sus hombros—. Puedes venir conmigo, pero escúchame muy atentamente.

Kyle asintió con premura, ansioso. Cualquier cosa sería mejor que la casa donde había vivido todo aquel tiempo. Si bien tenía veintidós años, aparentaba apenas once humanos, y su madurez mental no iba a la par que la biológica. Algo normal cuando eres obligado a permanecer encerrado toda tu vida.

—Hoy en día, casi nadie me conoce por... esos nombres. —Su salvadora se revolvió en su sitio, dando una impresión de vulnerabilidad que hizo que Kyle la temiera incluso más—. Shaneequa es como debes llamarme. Y si vas a venir conmigo, deberás tomar otro nombre.

—Sí, sí —afirmó Kyle, entusiasmado—. Lo que sea. Haré lo que sea.

Shaneequa se volvió hacia él de nuevo.

—Soy sicaria, Kyle, no una especie de... heroína. —Frunció los labios—. Y si quieres venir conmigo, tendrás que asumir ese papel tú también.

Kyle no dijo nada, dubitativo.

¿Sicaria? ¿Quería decir... asesina? Pero... la Diosa de sus leyendas era grandiosa... Era la verdadera Justicia, alguien que representaba todo lo bueno de este mundo.

¿Qué había pasado con esa mujer? ¿Con la Matabestias? ¿Con la Dama

de Sangre? ¿Con la mediadora que hizo que el Tratado de Paz y el establecimiento del nuevo idioma fueran un éxito rotundo?

Shaneequa le miró fijamente, seria.

No parecía ser una broma.

Kyle no estaba de acuerdo con aquello de ser sicario. Bastante maldad había visto en su vida como para ver todavía más, sobre todo ahora que por fin era libre.

¿Pero qué otra opción tenía? No sabía si tenía más familiares o si su madre estaba viva, ni tampoco sabía si ella, en ese caso, querría verle.

Sus únicas posibilidades eran ir con ella, con la Dio... con Shaneequa, o buscarse la vida como un duende oscuro.

Y lo último estaba abocado a una vida mísera, de estereotipos y marginalización continuos.

Kyle se tragó su orgullo.

No le quedaba otra opción.

—Iré contigo —musitó, incapaz de mirarla a los ojos.

Shaneequa asintió con gesto grave.

—Bien. ¿Quieres elegir tú un nombre o que lo elija yo?

—Elígelo... Elígelo tú —replicó él, tímido, encogiéndose un poco sobre sí mismo.

—De acuerdo. Pues Karim será tu nombre a partir de hoy. —Esbozó una sonrisa sin dientes—. Bienvenido al barco, Karim.

Y sin añadir nada más, se levantó y, después de tomar otro trago de agua, se puso en marcha.

Kyle, ahora Karim, se irguió con rapidez y echó a andar tras ella de nuevo, sin atreverse a preguntar hacia dónde iban.

Su pregunta, como comprobaría poco después, no tardaría en ser respondida.

Capítulo 3

Rea

—¿De verdad tengo que ponerme esto con el calor que hace por el día?

Karim observaba la túnica con capucha que el vendedor, un hombre humano de tez dorada por el sol y una prominente barriga, sujetaba con la delicadeza de una doncella élfica.

—Vamos, chico, es la mejor tela que tenemos. No tendrás calor con esto por el día ni frío por la noche —repuso él, lanzándole una fugaz mirada de advertencia.

—Pero es negro —replicó él—. ¿Cómo algo negro no va a dar calor?

—Karim. —La gélida voz de Shaneequa les paralizó—. Póntela.

El muchacho quiso negarse de nuevo, pero aquellos ojos provocaron que su estómago se le subiera a la garganta, impidiéndoselo.

Mordiéndose los labios, cogió la prenda de ropa y se dirigió al pequeño probador de madera, refunfuñando entre dientes una vez estuvo seguro de que no podrían escucharle.

—Primero me hace andar hasta el mediodía, y cuando pensaba que era buena persona por invitarme a una comida de tres platos, me obliga a bañarme en una tina helada y ahora a ponerme esto. —Se colocó la túnica por encima del resto de vestimentas que habían elegido para él. Entre otras prendas, ahora contaba con una camisa verde agua, un pantalón pardo y unas botas rojizas, como las de Shaneequa.

Gruñendo, abrió la puerta y se dirigió a su tutora y al vendedor de nuevo.

—¿Felices?

—¡Chico! —Los ojos del hombre casi se salieron de sus órbitas, evitando mirar a Shaneequa—. ¡Un poco de respeto!

—Déjale, Jim —respondió ella, y sacó un par de monedas de sus

bolsillos—. Aquí tienes. Karim, nos vamos. —Y sin añadir nada más, dio media vuelta y se marchó de la tienda.

Karim se despidió del dueño con una sonrisa incómoda y salió tras ella.

—¿Dónde vamos? —inquirió, dubitativo de nuevo, el pesar de su comportamiento cayendo sobre él.

Ella no respondió, dirigiéndose al edificio de paredes rojizas y tejado blanco donde habían comido hacía apenas unos minutos.

Karim contuvo un suspiro. Esperaba que no le obligaran a pasar por aquella tina de nuevo.

Entraron en la estancia y, una vez más, Rea se acercó a ellos.

—¿Puedo ayudaros otra vez? —Esbozó una amplia sonrisa, su melena de tirabuzones azabache revoloteando con cada movimiento de su cabeza.

—Necesito la habitación del vacío —dijo Shaneequa, críptica.

Los ojos azules de Rea le inspeccionaron con curiosidad, su rostro ahora serio. Frunció el ceño e inspiró.

—Ven por aquí, Shan —respondió, familiar, y se dirigió a una puerta bajo las escaleras. Tras sacar una llave y abrirla, les indicó con un gesto de cabeza que pasaran.

Karim se preguntó por qué ninguna de las tres muchachas que formaban parte del personal de la posada parecía extrañada. A decir verdad, actuaban con total normalidad, limpiando y yendo de acá para allá mientras intercambiaban anécdotas y risas.

—Karim.

Al instante, reconoció aquella voz y, sin vacilar un instante más, pasó bajo las escaleras. Sorprendido, se halló en un cuarto totalmente normal, con un luminoso ventanal, un gran escritorio y una alfombra azul con elaborados estampados blancos. La estancia olía a papel viejo, algo que no era nada raro debido a la cantidad de libros acumulados aquí y allá.

Rea cerró la puerta de nuevo tras de sí y, tras echar las cortinas, suspiró y se volvió hacia Shaneequa.

—Nunca pensé que me pedirías algo así. —Negó con la cabeza, su gesto cansado—. Sabes que podría meterme en líos si averiguan que tengo uno sin licencia.

—¿Por qué crees que lo he pedido ahora y no cuando hemos venido antes, Rea? —repuso ella, torciendo los labios—. Y yo tampoco pensé que te pediría esto algún día.

—No puedo creerme que tú... —Lanzó una elocuente mirada al niño que le acompañaba—. ¿Es un duende oscuro?

—Estoy aquí, gracias —intervino Karim, sintiéndose incómodo—. Puede que sea un niño, pero puedo hablar.

Rea, para su asombro, se echó a reír.

—¡Y encima es igualito a ti!

—No es exactamente eso, Rea.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sí, sí, lo que tú digas. —Se volvió de nuevo a él—. ¿Entonces eres un duende oscuro o no?

—Sí y no —replicó, molesto por la forma condescendiente en que se dirigía a él—. Mi padre sí era un duende oscuro, mi madre es... o era, humana.

—Entiendo. —Durante un segundo, un brillo cruzó sus iris turquesa—. ¿Es posible que él...?

—Ahora lo sabremos —dijo Shaneequa y, sin añadir nada más, se acercó a Karim y colocó ambas manos en su cabeza.

El chico, a pesar de que intuía que no le ocurriría nada malo, no pudo evitar sobrecogerse de manera inconsciente al sentir su tacto. Por algún motivo, Shaneequa irradiaba respeto... Miedo, dirían algunos. No era difícil darse cuenta de que, al entrar en una estancia, todos a su alrededor se giraban para observarla con reverencia, evitando el contacto visual directo.

—Esto va a dolerte un poco —dijo ella, y antes de que Karim pudiera reaccionar, notó cómo su cuerpo comenzaba a arder en llamas.

De pronto, montones de recuerdos le asaltaron a la vez.

Recuerdos que quería olvidar.

Intentó no pensar en ellos, no dejar que se apoderaran de su mente, pero su empuje era demasiado fuerte. Y en vez de gritar, sólo cerró los ojos y, con ellos, sus labios. Porque, normalmente, si gritaba mientras recibía un castigo obtenía otro mucho peor.

El dolor comenzó a disiparse poco después. Tembloroso, se miró la ropa, y lo que encontró fue algo extraordinario.

Estaba intacto.

—¿No me habíais... prendido fuego? —preguntó, confuso, llevándose una mano al rostro.

El silencio más profundo que nunca había presenciado invadió en un instante la habitación como un intruso, haciéndole sentirse estúpido y humillado. Levantó la cabeza, huyendo de sus recuerdos una vez más, y lo que vio le hizo sentirse aún peor.

Rea se hallaba apoyada en la ventana, lágrimas corriendo por sus mejillas. Sus dedos cubrían su boca, a diferencia de los de Shaneequa, que formaban puños con tanta fuerza que se sacudían con rabia.

—¿Qué... qué pasa?

—Yo... —empezó Rea, limpiándose el rostro con su manga—. Lo siento, Karim.

—Se merecía cosas peores que volverse polvo —murmuró Shaneequa, un rastro de ira en su voz.

—¿Alguien quiere explicarme de qué va todo esto?! —chilló él, demasiado molesto como para soportar más tiempo sin respuestas.

—Solo hemos abierto tus poros aurales, nada más —dijo su tutora.

—¿Poros aurales?

—Al no usar la energía en mucho tiempo, los poros aurales se obstruyen y te impiden que puedas utilizarla. Los he abierto para comprobar ahora qué tipo de mago eres.

—¿Entonces por qué os ponéis así? —preguntó él, preocupado por Rea, cuyo llanto por fin remitía.

—Es que... —empezó ella, pero Shaneequa la detuvo levantando el brazo.

—No es nada —repuso.

—¡Shan!

La Diosa la encaró, y a pesar de que Rea era casi una cabeza más alta que ella, supo al instante que debía guardar silencio.

—Está bien —murmuró, pasando la mano con violencia por las que eran sus últimas lágrimas—. Vamos a ello de una vez.

Y sin decir nada más, apartó la alfombra y descubrió una trampilla en el suelo. Introdujo una llave en la cerradura y la portezuela se abrió con un crujido, dejando ver una escalera de piedra descendente. Con un gesto de su cabeza, les indicó que bajaran.

Shaneequa entró la primera en el oscuro recoveco, cuidando sus pasos, y encendió una luz con un chasquido de dedos.

—Vamos, Karim —le instó, girando el rostro hacia él. La lucecita titilaba en su índice, iluminando todo a su alrededor con una potencia increíble.

El chico, aún confuso, obedeció y la siguió.

Tras él, Rea descendió y, de nuevo, cerró con llave tras ellos.

Karim inspiró con toda la fuerza de sus pulmones aquel aire húmedo, y dejó que sus sentidos se despejaran y su cabeza se aclarara.

Fuera lo que fuera lo que había ahí abajo, no tenía escapatoria.

Capítulo 4

El clasificador

El pasillo, al contrario de lo que él había esperado, era bastante corto, aunque húmedo y claustrofóbico. Esto último no le ayudaba a evitar pensar en su padre, especialmente en todos los castigos de reclusión a los que le había sometido a lo largo de los años, pero de alguna manera, mirando con fijeza la espalda de su tutora, pudo distraerse.

Un par de minutos tras bajar las escaleras, Shaneequa paró en seco, provocando que el muchacho casi chocara con ella.

—¿Está cerrada?

—No —respondió Rea, sorbiéndose la nariz—. Total, si alguien llegara hasta aquí, ya estaría perdida.

Shaneequa, ignorándola, tiró del picaporte de hierro y entró en la estancia. Karim la siguió, y lo que vio, una vez ella hubo aumentado la luz de su índice, le dejó boquiabierto.

Se encontraban en un cuarto de piedra, igual que el pasillo. No había ni una sola ventana o hueco en ella, y parecía cavada en la roca maciza por unas manos hábiles. Una diminuta catarata florecía en la pared frente a él y bajaba con un murmullo hasta formar un pequeño pero profundo estanque. A la izquierda la corriente continuaba y se perdía por un minúsculo hueco. A la derecha se veía una especie de repisa, esculpida en la misma piedra, y sobre esta un candelabro apagado.

—¿Puedes encenderlo, Shan? —dijo Rea, acercándose al lago con cuidado de no mojarse el bajo del vestido.

Shaneequa se acercó al candelabro y, a continuación, para la estupefacción de Karim, colocó la mano que no sostenía la luz con la palma hacia arriba. En un solo gesto, veloz como un rayo, juntó los dedos y los separó de nuevo conforme señalaba las mechas, que se prendieron al instante.

La luz en el índice de su tutora desapareció en el aire y, casi inmediatamente, las llamas subieron de intensidad.

—Veo que la energía que puse aún dura. —Esbozó una sonrisa sin dientes.

—Bueno, no es como si la hubiera usado alguna vez —respondió Rea, arrodillada en la orilla—. Te subestimás demasiado.

Shaneequa, sin saber qué decir, se acercó a ella con el candelabro en mano, agachándose a su lado.

—Ven, Karim, vamos a hacerte la prueba —sonrió Rea, sus mejillas brillando aún por la sal.

El chico, todavía anonadado ante tantas muestras de magia en tan poco tiempo, se acercó a Rea, colocándose a su costado. Ella le lanzó una mirada de ánimo y se giró hacia el agua de nuevo.

Colocó las manos con las palmas hacia abajo a poca distancia de la superficie, y despacio, comenzó a hacer movimientos continuos elevándolas hacia dentro y regresando a la misma posición. Karim estaba a punto de preguntar qué estaba haciendo cuando, desde el fondo del estanque, vio aproximarse un objeto cuadrado del tamaño de una cabeza.

Le causó tanta impresión verlo salir del lago con un chapoteo y acercarse a ellos montado en una lengua de agua que no pudo evitar soltar un pequeño grito.

—¿Qué clase de maga...? —exclamó.

Mientras Shaneequa cogía el prisma, Rea, por toda respuesta, se levantó el vestido lo suficiente para que pudiera verse su tobillo. Allí, en un precioso turquesa, se encontraba un caballito de mar acurrucado alrededor de su hueso.

—Un tatuaje azul... —murmuró el chico, y de pronto sus ojos se iluminaron—. ¿Eres un hada de agua?

Rea sonrió de oreja a oreja y le dio un toque en la nariz con su dedo índice.

—¡Correcto!

Karim no pudo evitar corresponder su gesto con una sonrisa igual de radiante.

—Comencemos, pues, ¿vale? —añadió ella, y Shaneequa le tendió el objeto, sentándose algo más alejada del estanque.

Rea y Karim se acercaron a ella, colocándose formando un triángulo, el candelabro a un lado.

Y entonces, el hada le tendió aquel cubo a Karim, y, por primera vez, él pudo ver de qué se trataba.

Era un prisma, un cubo perfecto, de un material frío y transparente. Por un momento, Karim tuvo miedo de que se le resbalase y se rompiera en mil pedazos debido a la fina película de agua que aún la cubría, pero Rea se deshizo de ella con un gesto de sus dedos, mandándola de regreso a donde pertenecía.

Dentro del objeto, podían contemplarse cinco compartimentos: uno en cada esquina y uno en el centro, todos separados por el mismo material transparente.

En una esquina había un trozo de carbón con un poco de yesca. Otra estaba llena hasta la mitad de agua. En la opuesta, podían distinguirse algunas rocas minúsculas mezcladas con arena fina y tierra rojiza. En la última no se veía nada, y finalmente en el centro se observaba algo moverse, como una niebla extraña que cambiaba de color a cada segundo.

—¿Qué es esto? —inquirió Karim, curioso.

—Un clasificador —respondió Shaneequa.

—¿Qué? —El chico parpadeó, sin entender.

—Son aparatos utilizados para medir el tipo de magia o energía que tiene cada persona —explicó Rea, mirándole con ternura—. Son muy caros y difíciles de obtener sin licencia.

—Como este, ¿no? —dijo él, con sorna, sorprendiendo al hada.

—Sí... —rió, divertida—. Nunca viene mal tener uno cuando trabajas con... viajeros de todo tipo. Nunca sabes si puede venir bien.

—No será gratis, supongo —murmuró el chico, provocando otra carcajada a Rea.

—Para vosotros sí, por los muchos momentos que me unen a Shan. — Dio otro toque en la nariz a Karim—. Pero no te pases de listo o te quedas sin cenar hoy, majo.

La cara de Karim tornó a una de seriedad total.

—¿Qué tengo que hacer para que funcione?

—Solo proyecta tu aura —dijo Rea—. Sabes hacer eso, ¿no?

Karim asintió.

—Hace años que no lo hago, pero creo que lo recuerdo —replicó, apurado—. Espero que me salga bien.

—No tenemos prisa —aseguró Rea.

Karim sabía que mentía, pero apreció aquel intento por tranquilizarle.

Inspiró profundamente y, con cuidado, centró su mirada en el clasificador. Comenzó a invocar su energía vital, su aura, relajando su cuerpo primero, y acto seguido notando cómo esta partía desde su cabeza y su pecho a todas sus extremidades. No tardó en notarla expandiéndose a lo largo y ancho de su torso, y por algún motivo sintió una gran nostalgia, como si una vieja amiga acabara de abrazar su alma, allá en lo más profundo y vital de sí mismo, en su núcleo.

Una vez todo su cuerpo estuvo lleno de energía, la invitó a fluir, activando aún más sus sentidos. Cerró los ojos, abrumado por su repentina agudeza visual, e hizo que su aura acudiera a sus manos con más ahínco que en el resto del cuerpo. Lentamente, conforme esta penetraba en el cubo, se permitió abrir los ojos de nuevo, adaptándose a aquella sensación.

Cuando al fin existía una corriente firme entre el prisma y su cuerpo, el sudor haciendo acto de presencia ante su esfuerzo, pudo observar cambios dentro de los compartimentos. Aquello le provocó tal susto que casi se le cae de las manos, pero por suerte pudo mantener la compostura.

—Interesante —murmuró Shaneequa, sonriendo de medio lado.

En la esquina donde hasta entonces no había nada se había formado un pequeño remolino, visible por unas minúsculas partículas blancas que hasta ahora no había sido capaz de percibir y, por si fuera poco, unos pequeños rayos lo surcaban de vez en cuando en vertical y horizontal. Mientras tanto, en otro rincón, el agua se movía de acá para allá con un ritmo reposado. A la vez, pudo verse un ligero movimiento de las piedras, aunque la tierra rojiza y la arena se mantuvieron inmóviles. La yesca y el carbón permanecieron exactamente igual, imperturbables.

Sin embargo, lo que más sorprendía al muchacho era el centro del objeto, donde se veían reflejados recuerdos recientes desde su punto de vista, con un brillo iridiscente: la caminata por el bosque, el riachuelo, la charla con Shaneequa, su baño en la tina...

—Karim, ¿no notas que la esfera ha cambiado de temperatura? —inquirió Rea, en tono curioso.

—Ahora que lo dices... Parece algo más fría que antes... —respondió él, y a la vez que pronunciaba estas palabras su flujo de energía cesó y, con él, todas las interacciones con el prisma. Karim lo observó, agachando la cabeza—. Lo siento.

—¡No, no, si lo has hecho genial! —le animó Rea, agitando las manos.

—Bueno, te falta práctica para convocar y mantener tu aura, pero no está mal —respondió Shaneequa.

—¡Shan!

—Es la verdad.

Rea suspiró.

—¿Quieres saber qué tipo de mago eres, Karim? —Rea volvió a usar aquel tono condescendiente una vez más, pero al muchacho, tras verla llorar por él, no le molestaba ya.

—Es una pregunta un poco tonta, ¿no? —replicó él, sonriendo con timidez—. Claro que quiero saberlo.

—Eres...

—Un mago rojo —la interrumpió Shaneequa, con una expresión de

orgullo en el rostro.

—¡Shan! —exclamó el hada, mirándola conforme inflaba las mejillas.

Ella, por toda respuesta, se encogió de hombros.

—¿Un mago rojo? —repitió Karim, saboreando cómo sonaba, satisfecho. Por una vez, parecía que se le abría un claro camino ante sus ojos—. Un mago rojo.

—Efectivamente —gruñó Rea, fulminando con la mirada a Shaneequa, y comenzó a murmurar—. Con lo divertido que es dar las noticias, y me quitas la oportunidad...

—¿Cómo lo habéis sabido? —preguntó él.

Rea esbozó una amplia sonrisa de nuevo, y Karim supo que aquella explicación no iba a decepcionarle.

Capítulo 5

Lección

—Creo que es bastante obvio que el clasificador nos lo ha dicho — murmuró Shaneequa, pasándose la mano por el pelo.

Rea la fulminó una vez más con la mirada.

—Karim, ¿qué sabes de los tipos de magia? —inquirió, su tono amable.

—Bueno, en resumen, sé que existe la magia blanca y la oscura, y también la de luz y la negra, que son las más avanzadas —respondió él, dejando el prisma entre ellos tres conforme hablaba—. También sé que las hadas y las ninfas controlan los elementos, y que hay hadas de agua, tierra, fuego y aire, pero ninfas solo hay de tierra y agua. —Se encogió de hombros—. Poco más.

Rea suspiró.

—Karim, la magia que uno tiene depende de tres cosas: especie o raza, genética, y talento.

—¿Qué quieres decir con especie o raza? —Se revolvió en su sitio, inquieto de pronto—. Sé que hay gente sin magia.

—Los nulos —asintió Shaneequa—. Pero hay bastante más.

—Karim, hay especies que... no pueden utilizar ciertos tipos de magia. —El tono de Rea indicaba que, por algún motivo, estaba cuidando sus palabras—. Las hadas, como sabes, solo controlamos un elemento, y es imposible para nosotras usar magia oscura o blanca.

—¿Y? —Al muchacho aquello empezaba a sonarle a compasión y, por supuesto, no le gustaba en absoluto.

—Los animax no pueden controlar magia oscura ni negra—comenzó Shaneequa, en tono neutral, sin siquiera mirarle—. Los duendes no podéis controlar magia de luz, pero sí blanca. Los belitios tampoco podían utilizar ni magia blanca ni mucho menos de luz, obviamente.

—¿Entonces qué es un... un mago rojo? —Su voz se quebró en la

última palabra. Ya no sabía si creer si era algo positivo o no.

—Los humanos tienen... otro tipo de magia aparte de la blanca, la oscura, la negra y la de luz. —Rea frunció los labios un instante, casi sonriendo—. La magia roja.

—Casi todos los magos rojos han sido solo humanos, pero no todos —replicó Shaneequa.

—Bueno, hubo una maga roja mestiza en toda la historia... —Rea se quedó pensativa.

—¿Una maga mestiza? —El rostro de Karim se iluminó—. ¿Quién?

—Se llamaba Farha —sonrió Rea—. Es conocida por ayudar a terminar ciertos tipos de discriminación en la comunidad mágica.

—¿Entonces yo soy... su descendiente?

—Quizás no directamente, pero es un hecho que todos los magos rojos provienen de la misma persona, Karim. —Rea le revolvió el pelo, para su desgracia—. Así que se podría decir que sí.

—¿Y qué tienen de especial los magos rojos? —El chico se peinó como pudo, demasiado interesado en la explicación como para dejar que algo como aquello le causase enfado.

—Los magos rojos pueden utilizar los elementos, normalmente dos, a veces incluso tres —explicó Rea—. Y además, pueden manejar tanto la magia oscura como la blanca.

—Aunque jamás podrían volverse lux ni nigromantes —añadió Shaneequa.

—¿Y qué controlaba Farha? —Pensar en que aquella mujer pudiera tener algo que ver con él le provocó una fugaz sonrisa, ilusionado por estar conectado con alguien como ella, en cierto modo.

—Farha era especialista en tierra, y consiguió dominar el fuego además de obtener grandes conocimientos en agua —dijo el hada—. Tenía una gran inclinación hacia la magia blanca ya que su madre era una elfa lux, pero también controlaba bien la magia oscura. Supongo que algo tendría que ver que su padre fuera tan proclive a ella.

—¿Su padre era un nigromante?

—¿Cómo? —Rea rio, divertida—. Eso sería imposible. Era un mago rojo, pero inclinado hacia la oscuridad.

—Y... ¿qué elementos son... los míos? —Su sonrisa se amplió, entusiasmado por todo aquello.

—Bueno, aparte de la electricidad, que por supuesto te corresponde por ser mago rojo, parece que eres especialista en aire y podrás volverte maestro del agua también, como mínimo. —Rea se cruzó de brazos, apoyándose sobre sus piernas—. También tienes una gran inclinación hacia la magia oscura, ya que el prisma se ha puesto frío, supongo que por tu padre.

—¿Electricidad? —Los ojos de Karim se abrieron de par en par.

—¿Por qué crees que salían esos rayos, Karim? —Rea frunció el ceño y soltó una carcajada.

—Pero... ninguna otra especie es capaz de controlar la electricidad, ¿verdad?

Rea intercambió una rápida mirada con Shaneequa, una sombra de duda surcando su rostro. Sin embargo, ni una sola palabra salió de entre sus labios.

Shaneequa, en cambio, cerró los ojos y se pasó la mano por el pelo de nuevo, suspirando.

—Solo una —dijo, en tono derrotado, tras unos cuantos segundos de tenso silencio—. Y no es una de la que debes preocuparte.

—¿Qué quieres decir? —Karim apenas fue capaz de pronunciar aquellas palabras, temeroso de su reacción.

Los ojos de su tutora se encontraron con los suyos y le dejaron helado en el sitio, clavándole allí mismo. Sintió cómo su respiración se paraba un instante, y entonces, en ese momento, ella habló.

—Yo también soy mestiza, Karim.

El muchacho notó cómo la tensión se desvanecía poco a poco y expiró, aliviado. Miró hacia su regazo, cabizbajo, arrepentido de haberse arriesgado a recibir represalias por parte de... de la Dama de Sangre, al fin y al cabo.

Iba a tener que controlar su impulso de hacer preguntas como aquellas, al menos por el momento.

—Y... ¿qué va a ser de mí ahora? ¿Qué vamos a hacer? —susurró, mirando sus manos a la luz de las parpadeantes llamas anaranjadas.

—Vas a entrenar —dijo Shaneequa, sonando tranquila. Sin embargo, algo en su voz delataba que no iba a ser precisamente magnánima—. Vamos a quedarnos aquí dos semanas, y espero que en ese tiempo domines tu aura a la perfección.

—¿Y si no lo consigo? —Conforme estas palabras florecían de sus labios, la presión que ya sentía aumentando, Karim sintió las lágrimas acudiendo a sus ojos. Ya conocía la respuesta.

Y aun así, ella lo corroboró.

—Entonces no tengo nada que ofrecerte —replicó ella, fría—. Si no puedes superar eso, no estás listo para lo que viene después.

Durante un instante, pensó en pedir explicaciones sobre qué era aquello tan terrible que iba a suceder tras el entrenamiento básico, pero antes siquiera de abrir la boca supo que sería un sacro error.

Lo veía reflejado en los ojos obsidiana de su nueva maestra.

Así que se mantuvo en silencio, esperando a que las adultas tomaran la iniciativa para irse, o quedarse, o lo que sea que ellas decidieran hacer.

Para su alivio, no tardaron en ponerse en pie y, tras volver a colocar el clasificador con cuidado en el fondo del pequeño lago y apagar el candelabro, abandonaron la estancia, esta vez Rea encabezando la expedición.

Una vez se encontraron los tres fuera y las cortinas estuvieron abiertas de nuevo, dejando que los rayos de sol iluminaran la alfombra ya colocada, Shaneequa habló de nuevo.

—Rea, dos habitaciones individuales. —Extendió una mano, imperturbable—. Ya sabes cuáles.

El hada asintió y le tendió dos llaves, ambas pequeñas y doradas.

Shan esbozó una de aquellas sonrisas sin dientes e inclinó la cabeza en

señal de agradecimiento. A Karim no se le escapó que Rea ya no bromeaba ni hablaba de forma cálida con su tutora. A decir verdad, tanto él como el hada permanecían callados.

Y él sabía perfectamente por qué.

Rea se apresuró a desbloquear la puerta de su cuarto y, acto seguido, la Hija de la Luna salió y empezó a ascender por las escaleras, su gélida aura todavía haciendo acto de presencia en sus corazones. Cuando apenas había subido cuatro o cinco escalones, miró a su izquierda, hacia el hada y el joven que había decidido tomar bajo custodia. Durante un instante, dudó sobre si había hecho lo correcto.

Entonces, sus ojos se encontraron con los del muchacho, y se reconoció a sí misma en sus pupilas.

—Karim, ven —ordenó, escueta, en un tono algo más dulce que antes. Y, sin más, echó a andar hacia arriba.

Karim se apresuró a seguirla, algo nervioso por aquel comportamiento, tras musitar un veloz “gracias” al hada, y pronto se vio ante dos puertas en lo más alto del edificio.

—Esas fueron... muchas... escaleras... —susurró, jadeando.

Shan bufó de forma que podría considerarse una carcajada contenida, aliviando un poco más el ambiente entre ellos.

—Solo estamos tú y yo en esta planta —dijo, y a continuación señaló una de las puertas, a un lado del pasillo—. Esa es tu habitación. —Apuntó a la otra, justo al otro lado del corredor—. Esa es la mía. No salgas para nada. Más tarde subirá una doncella para traerte comida. Relájate por hoy. —Se giró hacia él, su rostro indescifrable—. Créeme, mañana lo vas a necesitar.

—Vale, sin problemas —respondió, incómodo por que le observara con tanta insistencia—. ¿Alguna cosa más?

—Sí —replicó ella, para su sorpresa—. Mañana te despertaré muy temprano. Debes estar listo tres minutos después de que toque a tu puerta, ni uno más, ni uno menos.

—¿Por qué? —Frunció el ceño, molesto. ¿Acaso había algún motivo

especial para tener tanta prisa?

—Karim, quedan muy pocos magos rojos en el mundo. —Le tendió una de las llaves, volviendo a peinarse de nuevo con la otra mano—. Y yo soy... demasiado reconocible. Tenemos que aprovechar las horas de poca luz.

—¿Acaso alguien va a saber si soy un mago rojo? Es decir, podrían tomarme por un duende oscuro. Tengo los ojos y las orejas propios, ¿no? —repuso, tomando el objeto dorado y cambiando su peso de pie.

—Los humanos tienen marcas, Karim. —Shaneequa enarcó una ceja, y sin darle tiempo a que preguntara nada más, se dio la vuelta y elevó un brazo en gesto de despedida—. Hasta mañana.

Unos segundos después, ya se encontraba en su cuarto.

Karim permaneció inmóvil unos momentos más, su mirada fija en la puerta tras la que ella había desaparecido.

Finalmente, se atrevió a bajar sus ojos y, por algún motivo, aquello no le sorprendió.

Allí, bajo la luz que entraba por la ventana ante la que se encontraba, entre sus manos brillaba la llave dorada. Y surcando su piel, unas leves, apenas perceptibles marcas rojizas, formando líneas y espirales alrededor de sus dedos.

Como las de su madre.

Capítulo 6

En el claro

—¡No te vayas! —Su voz desgarrada resonó por el bosque, provocando que una bandada de pájaros huyera de forma ruidosa, sus graznidos haciéndose eco de sus palabras.

Él se giró y le dedicó una fugaz mirada, sus ojos avellana observándola de arriba abajo. Abrió la boca, pero no salió ningún sonido de ella.

Y, sin más, su túnica negra se tornó en un grupo de cuervos y se evaporó, dejándola llorando, su mano aún extendida, en el jardín donde tantos buenos momentos habían compartido.

Shaneequa se sentó de golpe en la cama, sudorosa, sus cabellos magenta cayendo sobre sus ojos. Elevó sus manos, apenas visibles por la poca luz que entraba por las persianas, y su respiración se calmó poco a poco.

De nuevo aquel sueño.

Apretó los labios y, con ellos, los puños.

Aquellas marcas que la maldecían también la consolaban en noches como esa, haciéndole saber que aquel recuerdo no era reciente.

Con un gesto, se echó el pelo hacia atrás y suspiró, sacando los pies de la cama. Su camiseta de tirantes y sus pantalones estaban mojados por el sudor.

Cerró los ojos, cansada.

Siempre lo mismo.

A su mente, sin quererlo, acudió la imagen del niño al que había rescatado.

Karim.

Esbozó una leve sonrisa sin dientes.

De verdad que se parecían.

Sacudió la cabeza enérgicamente. Debía dejar de pensar en él.

Después de todo, ya estaba muerto.

Se irguió de la cama y se acercó a las persianas, subiéndolas sin miramientos. La luna iluminó su rostro. Sus marcas negras absorbían toda la luz que les llegaba, como una suerte de vacío surcando cada centímetro de su piel, como una red que la atrapara en su propio cuerpo.

Si alguien la hubiera estado observando, se habría quedado sin aliento.

La Dama de Sangre abrió la ventana, dejando que el aire de la noche penetrara hasta lo más profundo de sus pulmones y alborotara su melena.

Expiró, clavando la mirada al frente, y pareció vaciarse de todo pensamiento. De forma mecánica, se dio la vuelta y comenzó a hacer sus ejercicios rutinarios. Con cada gesto, con cada abdominal, con cada flexión, su cabeza se aclaraba y no era capaz de pensar en nada más.

Si entretenía el cuerpo, la mente se concentraba en el esfuerzo de este y callaba.

Cuando los últimos rayos de luna empezaron a reflejarse en la pared frente a ella, Shaneequa paró y estiró de manera automática, como si se tratara de una máquina y no de una persona.

Y para cuando el sol daba la bienvenida al nuevo día, ella ya se encontraba con su túnica puesta, su cuerpo todavía algo húmedo por el baño de agua fría que se había dado en la bañera del cuarto.

Había llegado la hora de entrenar al muchacho.

Mientras tanto, Karim roncaba en la habitación al otro lado del pasillo, ajeno a todo esto. No había tardado en caer rendido en la cama, y había dormido sin ningún contratiempo. Seguramente habría seguido así hasta el mediodía si nadie le hubiera interrumpido, pero unos golpes en su puerta le desvelaron por completo. Desde siempre, si llamaban a su puerta, era porque necesitaban algo de él.

Sin embargo, su corazón se tranquilizó con rapidez al percatarse de que se encontraba en aquel lujoso cuarto, iluminado ya por la luz rosada del amanecer. Parpadeó, confuso, y se levantó conforme se desperezaba, percatándose de que ni siquiera había bajado las persianas la noche anterior.

—Pasa —dijo, su voz ronca.

Un bostezo prolongó la última vocal, pero esta se cortó de pronto en cuanto Shaneequa apareció en el espacio entre la puerta y el marco.

—Tres minutos —dijo, su rostro inescrutable, y volvió a cerrar.

Karim se quedó congelado durante unos segundos, procesando la información. Cuando todas las piezas encajaron en su sitio, comenzó a gritar.

Como un torbellino, corrió al baño y se lavó la cara. Nervioso, cogió el cepillo que había en una cestita al lado del lavabo metálico y se deshizo la trenza, sus manos trabajando a toda velocidad. Se cepilló con brusquedad, sus dientes apretados y sus ojos llorosos por el dolor al deshacer sus nudos, y en cuanto acabó dejó el peine en su sitio y procedió a hacerse otra trenza con agilidad. Se colocó de nuevo la cinta que usaba para mantenerla en su sitio, atándola con fuerza, y salió disparado hacia la puerta, abriéndola casi sin aliento.

Shaneequa le miró, justo frente a él.

—Te quedaban tres segundos —dijo, y sin añadir nada más se dio la vuelta y empezó a bajar las escaleras.

Karim se quedó un instante allí, perplejo por su intervención. Resignado, suspiró y cerró la puerta con llave tras de sí, guardando esta última en sus bolsillos de nuevo.

Siguió a Shaneequa hasta el mostrador, donde recogió una bolsa turquesa y, tras colocarse la capucha con cuidado de que su cara no fuera visible, salieron de la posada.

Karim se mantuvo en silencio, aún adormilado, su garganta resintiéndose cada vez más, hasta que tras unos minutos andando, Shaneequa paró de pronto.

Se encontraban en un claro de la jungla, pero no era la misma por la que

habían venido. Esta era mucho más espesa, con decenas de helechos por todas partes. Aquella zona en la que se habían detenido, por el contrario, estaba totalmente despejada. Tenía un tamaño considerable, y solo estaba cubierta por diversas hierbas que resplandecían por las gotas de rocío.

Shaneequa tomó asiento en el centro y abrió la bolsa. Para deleite de Karim, extrajo un taco de queso, un cuchillo y dos grandes trozos de pan, además de una botella de cristal llena de agua.

Sediento, se acercó a ella e hizo ademán de alcanzar el agua, pero Shaneequa alejó la botella de sus manos, negando con la cabeza.

—Tienes que ganártelo —dijo.

—¡Pero tengo mucha sed! —exclamó él, molesto, elevando sus brazos al cielo.

Shaneequa se encogió de hombros.

—Ese no es mi problema. Siéntate aquí y convoca tu aura. Cuando consigas mantenerla durante media hora seguida de forma uniforme, podrás comer.

Karim quiso protestar, pero los ojos de su tutora no daban lugar a réplica. Apretó con fuerza los labios e intentó hacer lo que se le ordenaba. Por suerte, el claro se hallaba en penumbra, por lo que el calor de la época no podía secar más su garganta.

Cruzó las piernas y volvió a hacer lo mismo que el día anterior, sus ojos cerrados. Por algún motivo, le resultó ligeramente más fácil. Una vez notó el manto rodeándole, abrió los ojos y miró con fijeza a Shaneequa, quien parecía entretenida haciendo bocadillos de queso, ignorándole. Aquello le causó tanta rabia que casi hizo que perdiera su concentración, pero por suerte pudo controlarse a tiempo.

Sin embargo, aquel intento resultó ser un fracaso total. Apenas llevaba cinco minutos cuando tuvo que parar, jadeando y sudoroso por el esfuerzo.

—Otra vez —ordenó Shaneequa, dándole un bocado a su desayuno.

Karim la fulminó con la mirada y se quitó la túnica con un solo movimiento, quedándose tan solo con los pantalones y las botas puestas. El

aire fresco rozando su pecho alivió su calor y cansancio, y pronto se vio de nuevo envuelto en su propia aura.

Este rito se repitió al menos quince veces antes de que, por fin, Karim pudiera poner sus ávidas manos sobre la botella de agua.

—¡Por la Diosa bendita! —exclamó el muchacho, triunfante, limpiándose el líquido de la barbilla—. ¿Por qué eres tan exigente conmigo? Solo soy un pobre niño. —Hizo falsos pucheros, burlón.

—Si vas a venir conmigo necesito que seas capaz de convocar y mantener tu aura prácticamente las veinticuatro horas del día, Karim —repuso ella con seriedad, tendiéndole su almuerzo.

—Entiendo. —El muchacho cogió el bocadillo, arrepintiéndose de haber hecho aquella gracia.

Hambriento, devoró su comida en un tiempo récord conforme el silencio invadía el claro, solo interrumpido por el suave temblor de las flores al moverse al son de la brisa.

El sol comenzó a asomar por encima de los árboles, haciendo que tuvieran que desplazarse hacia la linde del bosque para mantenerse a resguardo del calor.

—Bueno —expiró Karim, echado hacia atrás sobre la hierba—. ¿Y ahora?

—Ahora seguimos hasta que consigas dominarlo del todo, Karim —dijo ella—. Así que no te relajés.

Karim se irguió y la miró, incrédulo, pero ella no parecía estar bromeando.

Suspiró, cansado. Y pensar lo poco que había conseguido...

—Dos semanas, ¿eh?

Jamás se le había presentado una situación como aquella. O lograba lo que su maestra le había dicho, o se quedaría solo. No había más opciones.

Karim sacudió la cabeza. Con parsimonia, consciente de cada movimiento de su cuerpo, volvió a cruzarse de piernas y a convocar su aura.

Debía hacerlo. No iba a dejar una oportunidad como aquella deslizarse entre sus dedos.

Debía conseguirlo a toda costa.

Por sí mismo.

Capítulo 7

Revelación

Karim sentía que no tenía tiempo ni para respirar.

No había tardado en acostumbrarse al ritmo frenético de su nueva rutina y, por esto mismo, no tenía tiempo para pensar. Algo que, por otra parte, agradecía sobremanera.

En cuanto los primeros rayos de sol aparecían por el horizonte, Shaneequa llamaba a su puerta y, en apenas un parpadeo, ambos bajaban a por la bolsa turquesa, cada día con un manjar diferente. Acto seguido, iban al claro, donde practicaban el control y mantenimiento del aura hasta la mediodía, con breves descansos entremedias. Cuando el sol se encontraba en su cúspide, comían y acto seguido retomaban al entrenamiento. A media tarde, hacían otro descanso y pasaban a los ejercicios físicos, que duraban hasta que oscurecía. Finalmente, volvían a la posada, entrando por la puerta trasera, y cada uno iba a sus habitaciones. Allí cenaban por separado.

Tras llenarse el estómago por las noches, Karim se encontraba tan cansado mental y físicamente que apenas era capaz de moverse, pero se esforzaba por estirar de forma adecuada y darse un baño. Gracias a la Diosa, esta vez eran de agua caliente, debido al maravilloso sistema de fontanería del edificio. Tras ello, no tardaba en desnudarse y caer dormido como un tronco en el mullido colchón, echado cuan largo era.

Y de nuevo, antes de que amaneciera, su reloj interno se activaba y le hacía despertar. Se levantaba, se preparaba poniéndose ropas limpias que Rea había colocado allí el día anterior, y esperaba a que su tutora le llamara de nuevo.

Tras casi dos semanas, Karim estaba tan sumergido en aquel ritmo que no podía creerlo cuando Shaneequa le habló esa mediodía, el sol iluminándola a contraluz.

—Por fin has completado el entrenamiento básico —dijo, y esbozó una

de sus sonrisas sin dientes, tendiéndole la mano—. Enhorabuena.

El muchacho le miró de hito en hito, parpadeando confuso en medio del estrechamiento de manos.

—¿Quieres decir que ya...? ¿Qué ya soy lo suficientemente bueno? — exclamó, patidifuso.

Shaneequa asintió.

—Así es.

Karim comenzó a gritar, elevando sus brazos al cielo, victorioso.

—Pero aún no has acabado, ni mucho menos —añadió ella mientras él aullaba, cortando en seco todo su entusiasmo.

—¿Eso qué quiere decir? —gimió, dejando caer sus brazos, en tono quejumbroso.

—Eso quiere decir que a partir de hoy tienes que seguir entrenando lo básico y, además, comenzar a entrenar la energía eléctrica.

—¿Energía... eléctrica?

—Como mago rojo, Karim, tienes ese privilegio. Solo los magos rojos y otra... especie aparte tenéis ese poder.

—¿Y quién va a enseñarme? —Abrió los ojos, esperando cualquier respuesta menos aquella.

—Yo.

—Pero has dicho que solo los magos rojos y otra especie pueden manejar la electricidad.

—Y así es. —El gesto de Shaneequa era serio, y Karim supo que si pronunciaba las palabras equivocadas, aquel error tendría consecuencias.

—Pero tú eres una nigromante... Al menos tus marcas dicen que lo eres —repuso él.

—Dime, Karim. —Su voz sonaba tranquila, pero la tensión crecía por segundos—. ¿Acaso soy humana?

Karim dudó sobre su respuesta, mordiéndose el labio.

—Medio humana sí, porque solo los humanos obtienen marcas según su tipo de magia, pero...

—Exacto. —Shaneequa clavó sus ojos en los suyos—. Ya te lo dije, Karim, soy mestiza. Nadie más tiene estos colores en su cuerpo, al menos nadie en los países donde existe la libertad de circulación.

—¿Entonces, tú...? —Karim sacudió la cabeza, notando cómo su vello se erizaba tan solo de pensar en preguntar aquello, alertándole del peligro que corría.

—Voy a la posada, Karim —dijo ella, el ambiente relajándose conforme se alejaba de él—. Hasta ahora.

El muchacho se despidió de ella con la mano y, en cuanto desapareció de su vista tras los árboles y helechos, se dejó caer en el sitio, echándose hacia atrás en la hierba.

Con rapidez, recordó todas las especies del planeta que tenían libertad de circulación, enumerándolas con sus poderes y estética asociada a cada uno, ahora que por fin había aprendido más sobre ellas:

Primero, los elfos. Podían controlar magia blanca, de luz, oscura y negra. También había nulos. Los magos de luz o lux llevaban tiaras o coronas metálicas; los magos blancos llevaban cuentas de colores en el pelo; los magos oscuros llevaban tiras de cuero por el cabello, y los magos negros o nigromantes, gargantillas o coronas de cuero. Los nulos eran rechazados por la sociedad, considerándolos engendros, y tenían prohibido llevar adornos en su cuerpo.

Después, los humanos. Podían también controlar magia blanca, de luz, oscura y negra, además de la roja. Los magos blancos obtenían marcas redondeadas del color homónimo; los lux, marcas que emitían luz; los magos oscuros, marcas picudas de un gris casi negro, borrosas por algunas zonas, y los nigromantes, marcas oscuras y definidas como tatuajes, que absorbían toda la luz. Además, estaban los magos rojos, que obtenían marcas rojizas con forma de espirales. Los nulos eran la mayoría de la población y jamás obtenían marcas. Por ello, además, tenían prohibido hacerse tatuajes.

También estaban los duendes, como su padre. Los duendes podían controlar la magia blanca, la oscura y la negra, pero no la de luz. A los magos negros se les llamaban ícubos si eran hombres y súcubos si eran mujeres. Los duendes nacían con los ojos de un solo color: si eran blancos, sería un mago blanco; si eran grises, sería un nulo; si eran negros, sería un mago oscuro que, dependiendo de su esfuerzo y talento, podía volverse nigromante. Los nigromantes se dibujaban o incluso tatuaban un triángulo negro invertido en la cara para marcar su estatus. Sin embargo, los duendes oscuros y negros eran rechazados en general por todas las sociedades, incluyendo la suya propia.

Además, estaban los animax, que tenían un aspecto animalesco, y solo podían controlar la magia blanca o la de luz. También había bastantes nulos en su especie. Los magos blancos animax llevaban una flor en el pelo, mientras que los lux portaban hermosas coronas de flores. Los nulos no llevaban flores, pero sí adornos. Era una sociedad tranquila y pacífica, conocida por ser amable.

Por otra parte, estaban las hadas, que podían controlar el agua, aire, fuego o tierra, y se tatuaban algo del color de su elemento: azul o verde para el agua; naranja o rojo para el fuego; marrón para la tierra; gris o blanco para el aire. Todas las personas nacidas mujer podían controlar su energía, pero las nacidas hombre no tenían poder ninguno. Por ello, eran una sociedad matriarcal, basada en el respeto a la naturaleza y a los seres vivos.

Y finalmente, las ninfas, que controlaban solo dos elementos: sus cabellos eran azulados o violetas si controlaban el agua, y verdosos o marrones si controlaban la tierra. No existían hombres en su sociedad y, aunque ninguna era ni hombre ni mujer, tenían aspecto femenino y utilizaban, por lo general, pronombres también femeninos. Podían transformar partes de sus cuerpos en su elemento, algunas incluso entero, y eran tremendamente poderosas.

Sin embargo, ninguna de estas especies poseía los rasgos de Shaneequa. Solo los tonos de piel de los animax podrían coincidir, en un remoto caso, con aquellos rosas que ella lucía en piel y cabellos, y ella no tenía aquel aspecto animalesco, por lo tanto aquella posibilidad quedaba descartada.

A decir verdad, ni siquiera sabía si los animax podían mezclarse con otras especies...

Por tanto, solo quedaba una... La única que no permitía libre circulación en su país.

Los draconianos. La especie desconocida, que nadie había visto nunca con sus propios ojos y había vivido para contarlo. Aquellos que parecían controlar todas las magias, todos los elementos. Que jamás habían salido de sus islas, pero tampoco habían dejado que nadie entrara en sus dominios para, más tarde, difundir su aspecto o sus poderes.

Nadie podía saber cómo eran o cómo se organizaban como sociedad. Eran un gran misterio, uno que todos se resignaban a no desvelar jamás.

Si ella era medio draconiana...

Si Shaneequa era una mestiza de humano y draconiano...

Karim sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo.

Todas las leyendas sobre la Hija de la Luna encajaron en su sitio, como piezas de un gran puzzle.

Solo un mestizo como ella podría ser tan poderoso.

Capítulo 8

Sello y dudas

Shaneequa no tardó en regresar, cargada de comida. Karim, a pesar de que, en principio, había resuelto el enigma de su tutora, sentía que apenas había raspado la superficie.

No parecía que la Hija de la Luna fuera tan simple de descifrar.

Almorzaron en silencio, solo la brisa veraniega alterando su paz, y una vez hubieron acabado, Shaneequa se puso en pie. Karim, nervioso, la imitó y esperó a que ella hablara.

—Para convocar la energía de electricidad, tienes que aprender a concentrar una capa densa de aura sobre tu cuerpo. Si no, cuando los rayos comiencen a aparecer, te harán daño a ti también. —Karim pudo observar, con sus ojos ahora adaptados a detectar los flujos de energía, cómo su tutora convocaba una finísima pero consistente capa a forma de escudo y, a continuación, permitía que cientos de rayitos surcaran su torso y brazos, revoloteando por la superficie de aquella capa.

—¿No puedo convocar rayos fuera de mi aura? —preguntó, inquieto por algo tan peligroso como aquello. Nunca le había gustado que le electrocutaran.

—La electricidad es el elemento más inestable de todos, Karim —replicó ella—. Si no aprendes a controlarlos primero en la superficie de tu aura, jamás vas a controlarlos fuera.

Karim gruñó y, sin más dilación, comenzó a intentar crear esa defensa total. A pesar de que era algo difícil, lo logró tras casi diez intentos.

—¿Y ahora? —La miró con curiosidad, sin olvidar que por fin era capaz de mantener su energía de aquella manera y además hablar y moverse, algo que unos días antes le era imposible.

—Voy a pasarte unos rayos a tu aura. Intenta familiarizarte con ellos. Sentir su energía. —Shaneequa convocó destellos en sus manos y, con

cuidado, casi con ternura, tocó con sus dedos el torso desnudo de Karim. La electricidad pasó a navegar por encima de su escudo, como pequeños barcos, serpenteando por él sin parar.

Karim cerró los ojos, tratando de concentrarse.

—Recuerda que en el fondo toda la energía es igual, Karim.

Sentía la corriente como un ligero hormigueo en la piel, como si le estuvieran pasando una pluma suavemente por todo el cuerpo, tratando de hacerle cosquillas.

—Solo se diferencian en ciertas características, igual que hay personas altas y bajas.

Condujo toda su atención a su piel y, justo cuando comenzaba a ver el patrón de la energía eléctrica, perdió el control y tanto los rayos como su escudo desaparecieron.

Karim se apoyó sobre sus rodillas, jadeando.

Shaneequa no había bromeado con aquello de que su entrenamiento no había acabado aún.

—¿Cómo te encuentras? —inquirió ella, su tono preocupado.

Karim se limpió el sudor de la frente, decidido.

Si debía pasar por aquello para volverse más fuerte, así sería.

—Otra vez.

Tras varias horas y diversos descansos, Karim era al fin capaz de convocar unos efímeros y cortos rayitos que nadaban por encima de su aura. A veces, sin querer, se le descontrolaban y trataban de atravesarla hasta tocar su piel, pero gracias a su concentración era capaz de redirigirlos, no sin esfuerzo.

De nuevo, Shaneequa le obligó a hacer sus ejercicios físicos, y después volvieron a la posada, repitiendo el resto de la rutina de forma casi automática.

De esta forma, con aquel nuevo ritmo incluso más intenso que el anterior, los cuatro días restantes en la posada de Rea pasaron volando.

Y finalmente, el último día allí llegó, más pronto de lo que él esperaba.

—Enhorabuena, Karim. —Shaneequa se pasó la mano por el pelo, echándolo hacia atrás, conforme le contemplaba con satisfacción—. En los próximos días solo tienes que perfeccionar la técnica.

El muchacho sonrió. Por fin, aquella tarde, había sido capaz de mantener su escudo aural, surcado de centenas de rayos, durante alrededor de cuatro horas. Además, había podido soportar el entrenamiento físico más duro que había hecho hasta aquel momento.

—Ya solo queda una última prueba antes de que podamos irnos.

Por algún motivo, Karim sintió cómo todos sus sentidos se ponían a funcionar a toda velocidad, su corazón latiendo con tanta fuerza que podía escucharlo retumbar en su pecho.

—Debes pasar veinticuatro horas con tu aura rodeándote por completo. Mientras tanto, deberás hacer un día normal. Y vas a empezar ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —exclamó Karim. Estaba tremendamente cansado, como todos los días tras aquella rutina. No creía ser capaz de una tarea de semejantes proporciones.

—Así es —asintió Shaneequa—. Y para asegurarme de que no haces trampa...

Se acercó hasta él y puso su mano sobre su frente. Karim notó un ligero pitido en sus oídos.

—¿Qué ha sido eso? —Aquel sonido no le había causado ninguna confianza.

—Un sello.

Karim la miró sin comprender.

—En cuanto convoques tu aura, el sello empezará una cuenta atrás. Si pasas las veinticuatro horas con tu aura a tu alrededor, no pasará nada, pero si fallas...

—Si fallo, ¿qué pasa? —Un nudo se formó en su garganta.

Shaneequa clavó sus ojos en los del muchacho, paralizándole en el sitio.

—Tu aura será sellada.

—¿Durante cuánto tiempo? —musitó él, sintiendo cómo su recién adquirido mundo, su nueva vida, se derrumbaba ante él.

—¿Quién sabe? —replicó ella y, sin añadir nada más, echó a andar hacia la posada.

Karim tenía muchas preguntas. Demasiadas, a decir verdad.

No podía creerse que estuviera en aquella situación.

Justo cuando empezaba a tener esperanza, justo cuando parecía que un camino se abría ante él, ella le presentaba un gran obstáculo a superar.

Una y otra vez.

Karim se miró las manos, llenas de tierra y sudor. Allí, iluminadas bajo la luz de la puesta de sol, contempló sus marcas rojizas, cada vez más notables y definidas contra su piel olivácea.

Estaba cambiando.

Bajó aún más los ojos, observando su cuerpo, que empezaba a estar tonificado gracias a los ejercicios físicos diarios.

Contuvo una sonrisa.

Los cambios no tenían por qué ser malos.

Recuperando su esperanza poco a poco, inspiró profundamente y convocó su energía, dejando que esta le rodeara como un manto protector.

En ese instante, sonó otro pitido, como indicándole el instante de salida de una carrera.

Karim agarró su túnica del suelo y salió al paso de Shaneequa, ya perdida entre los árboles. Conforme se adentraba en el ya familiar camino de vuelta al edificio, colocándose su ropa y tapando su rostro con cuidado, una desafiante sonrisa acudió a su rostro.

Nada ni nadie iba a separarle de sus objetivos.

Y mucho menos él mismo.

Capítulo 9

La prueba

Mantener su aura activa a su alrededor resultó ser un reto de dimensiones titánicas.

No le fue complicado cenar ni bañarse, ni tampoco meterse en la cama. Sin embargo, la dificultad sobrevino cuando se dio cuenta de que debía dormir.

Y si dormía, se arriesgaba a perder todos los esfuerzos de la última hora. Se arriesgaba a que su aura fuera sellada, todo por su torpeza...

Quizás para siempre.

A Karim le dieron ganas de llorar. Todo su cuerpo le suplicaba dormir, pero sabía que si se quedaba tumbado más tiempo de la cuenta, acabaría por ceder al sueño.

Conteniendo las lágrimas, se levantó y se dirigió a la ventana, abriéndola y levantando la persiana. La brisa nocturna le abofeteó el rostro, poniéndole alerta al instante. Sus cabellos, aún húmedos, se movieron al son del ligero viento.

Karim dejó que el olor a hierba y árboles le inundara los pulmones. La luna apenas era una franja en el cielo aquella noche. Nostálgico, se apoyó en el alféizar y comenzó a observar la vida de la aldea.

Algunas figuras hablaban, reunidas en lo que parecía ser una taberna, a unos veinte metros de la posada. Las farolas iluminaban sus rostros ebrios y sus narices rojizas. Tenían aspecto de ser humanos. Karim era incapaz de escuchar nada de lo que decían, pero por la forma en que se reían y agitaban sus vasos, parecían estar pasándolo en grande.

Más allá, el gordo Jim salía de la tienda de ropa y cerraba tras de sí con gesto cansado. Se estiró, desperezándose, y echó a andar hacia una casita blanca justo enfrente de su negocio. Llamó a la puerta y una mujer regordeta

le abrió, un bebé en sus brazos. Un par de niños salieron corriendo de la casa, abrazando a su padre y riendo, mientras su madre les regañaba. Jim, por el contrario, reía y les alborotaba los cabellos.

El pecho de Karim se oprimió cuando Jim besó a su esposa en la mejilla y entró en la casa, seguido de sus hijos.

Cómo desearía haber tenido una infancia así de sencilla.

Sacudió la cabeza, apartando los pensamientos intrusivos.

No quería recordar nada.

Karim dio la espalda a la ventana, ignorando todos los pequeños edificios rojizos a su espalda, y prendió la luz de su cuarto. Con cuidado, extrajo uno de los libros de la estantería y comenzó a leer para entretener la mente.

Horas después, levantó la cabeza del papel, bostezando, y notó la mejilla dolorida. Contempló, confuso, cómo la luz del mediodía invadía su cuarto.

Por fin, mientras se rascaba la barriga, se dio cuenta de lo que acababa de ocurrir.

Estaba a punto de gritar, desesperado, cuando se percató de que su aura aún continuaba a su alrededor, fluyendo con calma.

Frunció el ceño, sin poder creerlo.

Él...

Él... ¿Había conseguido...?

¿Había conseguido mantener su aura activa... incluso durmiendo?

Karim se echó a reír, aliviado.

Parecía que se había subestimado a sí mismo.

Pero pronto su preocupación se volvió otra distinta.

¿Shaneequa le había llamado aquella mañana?

Si era así y él no había respondido...

Perdió los estribos y, frenético, echó a correr hasta el cuarto de su tutora,

dejando su habitación abierta, y comenzó a aporrear su puerta, chillando.

—¡Shaneequa! ¡Shaneequa!

Justo cuando pensaba que se había marchado sin él, la puerta se abrió de pronto y Shaneequa le miró fijamente, aún en pijama.

—¡Menos mal, por la Diosa! —suspiró Karim, apoyándose en sus rodillas—. Pensé que te habías marchado.

—¿Qué quieres, Karim? —inquirió ella.

Él le devolvió la mirada conforme se erguía, perplejo.

—¿Eh? Ah, nada... Pensé que habías venido a llamarme... Como dijiste que era un día normal...

—Sí, un día normal, no de entrenamiento, Karim. —Expiró ella, llevándose la mano a la frente—. Con una rutina normal.

—¿Tipo... persona... normal?

Shaneequa le observó, divertida, llevándose una mano a la cadera.

—Sí, Karim, como una persona normal. —Soltó una carcajada ahogada, meneando la cabeza a la vez—. Soy mala, pero no tanto.

Karim no supo qué responder, confuso.

—¿Alguna cosa más? —dijo ella—. Estaba en plena meditación.

—¿Qué? —El muchacho se puso nervioso ante aquella inesperada pregunta, sin saber dónde meterse. Diosa santa, estaba quedando como un estúpido—. No, eh... Ya está... Nos vemos... ¿Luego? ¿Supongo? —Parpadeó, sin saber qué más añadir.

—A la noche iré a tu cuarto para comprobar que has superado la prueba.

—Vale... Pues... hasta entonces. —Karim se dio la vuelta, maldiciéndose a sí mismo.

—Espera, Karim. —La voz de Shaneequa le hizo pararse en seco y girarse de nuevo hacia ella.

—¿Sí?

—Toma esto. —Shaneequa le tendió una bandeja—. Te la ha traído Rea esta mañana, pero no abrías.

—Gr... Gracias. —Karim se hallaba patidifuso ante tanta amabilidad. Cogió la bandeja como si se tratara de un espejismo, sus ojos mirándola pero no viéndola.

—Ah, y Karim...

—¿Sí? —El joven elevó la vista y se encontró a su tutora contemplándole con una mueca burlona.

—Vístete. —Y sin darle tiempo a que respondiera, cerró la puerta.

Karim bajó la vista y entonces, solo entonces, se dio cuenta de que aún estaba en ropa interior.

Ahogando un larguísimo grito, se volvió hacia su habitación y entró, dejando la bandeja sobre la mesa, lejos de la luz del sol. De forma rígida, como si se tratara de una máquina, se dio la vuelta y se tiró en la cama. Cogió la almohada con fuerza y, sin esperar un instante más, apretó su rostro contra ella, dejando salir de sus labios el aullido más largo de toda su vida.

Había hecho el ridículo más espantoso delante de su maestra.

O, lo que era peor, delante de la Hija de la Luna.

Karim sintió que las ganas de llorar regresaban a él, pero las contuvo. Raudos, se levantó y se sentó a la mesa, dando buena cuenta del desayuno.

Solo podía esperar que ella se olvidara de aquello pronto...

El resto del día fue horroroso. Tan acostumbrado como estaba a una rutina intensa, tras acabar el libro de cuentos que había comenzado el día anterior, la tarde se le estaba haciendo eterna.

Suspiró, cansado de no hacer nada excepto mantener su aura activa, y comenzó a meditar sentado en su cama, aumentando de esta forma la cantidad de energía que le rodeaba.

Tras un par de horas así, volvió a aburrirse, arrugando las sábanas conforme se removía en el lecho, inquieto.

—¿Cuánto faltará para el atardecer...? —susurró, girando sobre sí mismo hasta caer al suelo con un breve gemido de dolor.

Se deshizo en suspiros, volviéndose primero hacia un lado y luego hacia el otro. Sin poder soportarlo más, se puso en pie y empezó a hacer ejercicios físicos, prestando la mínima atención a su aura. A decir verdad, aquel desafío que tan grande le había parecido en un principio había sido coser y cantar, al menos tras pasar el mal trago de la noche...

Por fin, cuando estaba acabando el estiramiento, Karim se percató de que los últimos rayos de sol desaparecían en el horizonte.

Y en el instante en que tomó asiento, su cuerpo aún húmedo por el baño, el olor a limpio de su pijama inundando sus fosas nasales, llamaron a la puerta.

Karim inspiró profundamente.

Era el momento de la verdad.

Capítulo 10
Buenas noticias

—Adelante.

Shaneequa entró en el cuarto, aún en pijama, y cerró la puerta tras de sí.

—Quedan dos minutos.

Él asintió.

—¿Crees que podrías mantenerla si intento atacarte, Karim?

El muchacho clavó su mirada en la de ella.

—Sí —respondió, casi sin abrir la boca—. Pero pronto perdería el control.

Shaneequa ladeó la cabeza, observándole con seriedad. Karim mantuvo sus ojos fijos en ella, la tensión creciendo por momentos.

Lo cierto era que, si Shaneequa le atacaba en serio, no tendría ni una sola oportunidad.

De improviso, Shaneequa se echó a reír. Aquel gesto tan inesperado y tan extraño de ver impresionó sobremanera a Karim, quien se olvidó hasta de respirar.

—Tranquilo, muchacho. —Movié una mano, como desechando esa idea—. No estás listo ni mucho menos para algo así. Pero tienes agallas.

—¿Qué se suponía que respondiera? —farfulló él, poniéndose colorado hasta las orejas, y se cruzó de brazos.

—No había respuesta correcta. —Shaneequa enarcó una ceja, cambiando su peso de pierna—. Pero esta no me ha desagradado.

Karim agachó la cabeza, avergonzado.

No todos los días la Hija de la Luna te hacía cumplidos.

De pronto, un pitido sonó en sus orejas.

—Bien, parece que has superado la prueba—dijo Shaneequa—. Enhorabuena. Eres apto para venir conmigo.

Karim, emocionado, se subió a la cama y comenzó a dar saltos, gritando de la alegría.

—¡Soy el maldito jefe del aura!

—Bueno, te queda mucho que aprender —repuso su maestra, mirándole con ternura—. Pero no, no se te ha dado nada mal.

Le contempló unos instantes más, sintiendo cómo su corazón se llenaba de cariño ante la inocente estampa.

Por supuesto, no pensaba decirle que ese entrenamiento solía llevarle al menos un mes a los más talentosos, ni que nunca había conocido a ningún mago rojo que fuera capaz de manejar el rayo como él a su edad.

—Mañana volvemos a nuestra... rutina de persona extraña —añadió Shaneequa mientras iba hacia la puerta. Aquellas palabras hicieron que Karim parara en seco, recordando la escena que horas antes su torpeza había provocado—. Así que estate listo a la hora habitual.

El chico, aún de pie en el lecho, asintió, sus mejillas ardiendo.

—Hasta mañana.

—Buenas noches, Karim —dijo ella—. Descansa. Te hará falta.

Y sin añadir nada más, cerró la puerta.

Karim permaneció allí de pie unos segundos más, sintiéndose un poco estúpido.

No había parecido una prueba difícil.

Y si así era, ¿cómo serían las demás?

Y él que se alegraba por algo tan simple...

De repente, sin poder contenerse, se abofeteó a sí mismo en ambas mejillas a la vez.

No podía dejar que su pesimismo le ganara. Iba a ser el mejor mago rojo que hasta ahora había existido. Y Shaneequa iba a ser su maestra.

Por muy difícil que fuera todo lo que se le pusiera por delante...

Lo conseguiría.

A cualquier precio.

Capítulo 11

El incidente

Al día siguiente, al alba, Karim se encontraba justo ante la puerta de su cuarto. Sus cabellos estaban peinados con cuidado y esmero, y sus túnicas y ropa de repuesto, en su mochila negra. El sol iluminaba un lateral de su rostro con timidez, como si acariciara sus facciones con suavidad, haciendo más visibles sus marcas.

No mucho después, sonaron un par de golpes en su puerta, y él mismo la abrió, ansioso por comenzar una nueva aventura.

Shaneequa le miraba con una media sonrisa, su macuto echado al hombro.

—¿Estás listo?

—Por supuesto. —Karim era todo dientes.

Shaneequa le devolvió la sonrisa.

—Vamos —replicó, y girándose, comenzó a bajar las escaleras.

Tras una bonita despedida en la puerta trasera de la posada, se pusieron en marcha, Rea gesticulando un adiós con energía, apenas capaz de contener sus lágrimas.

Karim se sentía tan nervioso por aquel nuevo comienzo que no pudo contener su verborrea.

—¿A dónde vamos?

—Al sur.

—¿Y cuánto vamos a tardar?

—Un par de semanas hasta el puerto.

—¡¿Vamos a coger un barco?!

—Vamos a ver a tu futura maestra del aire.

Karim se detuvo en el sitio.

—¿No vas a ser tú?

Shaneequa se giró hacia él y le contempló con asombro en sus ojos.

—¿Por qué iba a serlo yo?

—Como tú me estás enseñando la electricidad...

—No hay nadie más en quien confíe para algo así, Karim. —Le dio la espalda de nuevo—. No soy la maestra más fiable.

Karim calló, sin saber qué responder.

Tras varias horas andando, pararon en una zona de sombra, al lado del camino. Almorzaron y, tras descansar unos pocos minutos, volvieron a ponerse en marcha.

Por la tarde, cuando el sol comenzó a descender y los pies de Karim no podían más, se detuvieron junto a un pequeño estanque.

—Aquí acamparemos hoy —dijo su tutora. Soltó su macuto, que cayó con un golpe sordo sobre la hierba, y se volvió hacia Karim de nuevo—. Comencemos.

—¿Eh?

—¿Pensabas que ibas a librarte del entrenamiento?

Aquellas palabras le dieron ganas de gritar. Estaba demasiado cansado para repetir lo de cada día...

—Sé lo que estás pensando, Karim, y sí puedes. Vamos.

Karim pensó durante unos segundos si merecía la pena quejarse y protestar. Tras llegar rápidamente a la conclusión de que no, suspiró y empezó a seguir las instrucciones de su maestra.

Y así, Karim obtuvo otra rutina: caminaban desde el amanecer hasta el atardecer, descansando solo un par de veces. Solo entonces, acampaban y entrenaban la magia de electricidad, seguido de la intensidad del aura y acabando con ejercicios físicos. Para entonces, la luna, si decidía aparecer esa

noche, hacía brillar sus cuerpos llenos de sudor. Si había una zona de agua cerca, se reabastecían y tomaban un baño, y si no, directamente pasaban a hacer un fuego y cenar, siempre este provocado y controlado por Shaneequa. Acto seguido se echaban a dormir en el sitio, las llamas crepitando con suavidad entre ellos.

Y así, transcurrieron dos semanas.

El día anterior antes de llegar a la ciudad portuaria, Lynn, acamparon más o menos cerca del camino, en un pequeño claro con montones de rocas repartidas entre la hierba.

Karim se encontraba ya posicionado para dormir, cómodo, su mochila haciendo las veces de almohada. Los sonidos del bosque comenzaron a acunarlo, guiándole de forma apacible hasta el sueño.

Y justo cuando estaba a punto de caer dormido, escuchó risas provenientes de las lindes del claro.

Con el corazón en un puño, se giró en el sitio para observar a su maestra. Esta le miraba con fijeza, un dedo en los labios.

El fuego había desaparecido.

Las voces se acercaron poco a poco. Por suerte, se encontraban entre unas rocas, semiocultos.

—Te has pasado, Herald —suspiró un hombre, su voz ronca y potente—. No era necesario que sacaras la espada.

—¿Quieres dejarme en paz ya?

—¿Qué más da? —dijo una mujer, sonando aburrida—. Lo hecho, hecho está.

—Era un pobre comerciante, Cecile —gruñó el de antes—. Nos iba a dar sus pertenencias sin rechistar. Además, tampoco es como si no diéramos miedo de por sí.

—Eres un aguafiestas, Thomas. —Un hombre joven rio, sus pasos acercándose a su posición—. Te lo tomas todo demasiado...

El chico paró en medio de la frase, causando un repentino silencio en el

claro.

Aún recostado, Karim era capaz de ver el cabello rubio del joven asomando tras la roca. Sin poder evitarlo, comenzó a temblar.

Y no era de emoción.

—¿Qué pasa, Bernard? —Otra voz, esta vez de un niño, destrozó la quietud de la escena.

—Creo haber oído algo —dijo el tal Bernard, y a pesar de que apenas había sido un susurro, estas palabras resonaron en los oídos de Karim.

Despacio, Shaneequa se irguió, cubriéndose a la vez el rostro con la capucha.

Karim se atrevió a ponerse en pie, imitándola, agarrando con fuerza el macuto como si le fuera la vida en ello.

Ahora, podía verlos a todos con claridad.

Era un grupo de cinco personas: un niño de apenas unos diez años, dos jóvenes, un señor adulto con ya cierta edad y una mujer también adulta. Todos llevaban armas en la cintura: espadas, cuchillos, un arco e incluso una ballesta.

—¿Veis, chicos? Mi intuición nunca falla. —El de la ballesta, el rubio que parecía ser Bernard, rio—. Bueno, chicos, no sabemos quiénes sois, pero estáis en nuestro territorio.

Bernard, que parecía ser el líder del grupo, se echó la mano al cinto, donde estaban todas sus armas.

—Sed majos y dadnos lo que tengáis. No me hagáis usar la fuerza, he tenido ya un día duro. —Sus compañeros, a excepción del hombre mayor, rieron.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Shaneequa, su tono neutro.

—Nos llaman Los Tanques, chavala. —El joven de pelo castaño soltó una carcajada—. Y si sabes lo que te conviene, seguirás las instrucciones del capitán.

Shaneequa rio. Pero no como el día anterior, cuando Karim había

respondido a aquella pregunta de una forma tan ingenua.

Esta risa era inhumana, fría, calculadora. Era una risa irónica, una risa que erizaba el vello y helaba la sangre.

La risa de un asesino.

—¿D... De qué te ríes, imbécil? —exclamó el castaño.

El hombre mayor, sin perderla de vista, se puso delante del niño, haciendo de escudo para el muchacho.

Karim clavó sus uñas en su mochila, notando su sentido del peligro aumentando por momentos conforme el aura de Shaneequa crecía hasta un tamaño descomunal.

—Me hacen gracia los cadáveres que hablan —replicó ella, su voz gélida—. Me recuerdan a marionetas.

—¡¿Qué demo...?!

Algo le hizo detenerse en seco. Tosió y, sorprendido, vio cómo sus propias manos se teñían de rojo.

Elevó la vista, sus ojos fuera de sus órbitas.

—Tú... —musitó, su voz quebrándose conforme caía sobre sus rodillas.

Shaneequa aún se encontraba con el puño extendido hacia él cuando cayó sobre el suelo con un sonido sordo, causando gritos de horror en el grupo.

—¡TÚ! —chilló el rubio, y antes siquiera de que pudiera acariciar la ballesta, Karim observó cómo su cuerpo se desplomaba, su cabeza cercenada aún en la mano de su tutora.

—¿Esto es lo mejor que tenéis? —dijo, soltando el cráneo. Este cayó con un chapoteo sobre el charco de sangre que borboteaba del cuello de su víctima.

—¡¡MALDITA HIJA DE PUTA!! —La mujer desenvainó la espada, su rostro desencajado en una mueca de ira—. ¡¿QUÉ LE HAS HECHO A MIS HIJOS?!

En un parpadeo, Shaneequa se encontraba a su espalda.

—Un favor —susurró en su oreja, y con un crujido tremendamente desagradable, atravesó su pecho de parte a parte, su mano ahora carmesí asomando hacia Karim.

La espada se resbaló de las manos de la mujer, sus rodillas temblando. Shaneequa extrajo su brazo, contemplándolo con disgusto mientras ella caía como un fardo, su sangre mezclándose con la de su hijo.

El hombre mayor, Thomas, la miró con terror y, sin embargo, no dejaba de agarrar con fuerza al niño, interponiéndose entre él y la asesina.

—Tú. —Shaneequa se giró hacia él—. Si sabes lo que te conviene, márchate de aquí.

El hombre la contempló unos instantes más, sus manos temblorosas, y al fin echó a correr, arrastrando al niño tras de sí. Antes de que desaparecieran en el bosque, Karim pudo observar la palidez del chiquillo. Y sus ojos.

Sus ojos sin luz.

Shaneequa se volvió hacia él, la luna iluminando su pelo alborotado.

Y entonces, Karim sintió que todo lo que había ocurrido se le caía encima.

La sangre, la violencia, cuerpos inertes en medio del claro. Una cabeza cortada, el agujero en el pecho de una madre, el profundo silencio de la muerte.

Sangre.

Sangre, sangre, sangre.

Sangre por todas partes.

—¿Karim? —Shaneequa se hallaba de pronto a dos palmos de él, agachada a su altura.

El muchacho la miró, y vio su brazo cubierto de líquido escarlata. Vio las gotas rojizas en su túnica y en su rostro, brillando bajo la luz de las estrellas, como si al Universo no le importara todo aquello en lo más mínimo.

Y los recuerdos le asaltaron.

El olor metálico de la sangre. De su propia sangre.

Los gritos de dolor, la risa de su padre.

Vendas manchadas, días inmóvil, cicatrices. Más dolor.

Más gritos, más risas, más crueldad, más fluidos mezclándose, más asco por sí mismo.

Y entonces, comenzó a gritar. Y empujó a la mujer llena de sangre ante él, porque no podía soportar ver más rojo sobre la piel de ella, o la suya, o la de nadie. Y echó a correr, llorando, ahogándose, sin detenerse a pensar. Sin saber a dónde iba a parar.

Corrió durante lo que parecieron horas, huyendo de sí mismo, huyendo de sus recuerdos; sus gritos desgarrando su garganta y dejándole afónico, hasta que se desplomó sobre sí mismo, su llanto incesante, en medio del bosque.

Elevó sus manos, apenas visibles a través de las lágrimas, y unos leves rayos de luna iluminaron sus marcas.

Rojo.

Karim se hizo una bola sobre sí mismo y siguió gritando y llorando, histérico, odiándose a sí mismo, incapaz de parar aquel torrente de recuerdos y emociones, aquel torrente de confusión, de ira y dolor. Apenas era capaz de respirar, y pensó que moriría allí mismo, entre árboles, solo y desamparado. Y creyó que lo merecía.

Y justo cuando creía que no podía más, que iba a perder la cabeza y fallecer de pura locura allí mismo, su cuerpo le obligó a inspirar profundamente.

Comenzó a acunarse a sí mismo, cantándose aquella nana que le había enseñado su madre, aquella canción que tantas veces le habían sacado de crisis como aquella.

Y tras un largo rato, se calmó, su voz quebrada, sus mejillas llenas de sal. Y, con la calma, llegó el sueño y la paz.

Capítulo 12

Descontrol

Karim despertó al amanecer tras una agitada noche, su rostro tirante por las lágrimas que se habían secado mientras dormía. Se puso en pie, dolorido, y miró a su alrededor con ojos inertes.

Nada llamaba su atención. Todo era hierba, árboles y rocas.

Karim bajó la cabeza, observando sus manos. A pesar de que debería estar triste, incluso aterrorizado, por la escena del día anterior, lo cierto era que no podía sentir absolutamente nada.

Un gran vacío era todo lo que podía notar en su pecho. Como si se tratara de una máquina y no de un ser humano.

No era su primera vez en aquel estado. Debido a su relación con su padre, sabía que esto era parte de su ciclo interminable...

Primero venía la esperanza. Era una época en la que todo parecía remitir. Su cuerpo se encontraba en buenas condiciones, curado. Su padre le trataba con más cariño que de costumbre y no tenía crisis fuertes, por lo que se libraba de los castigos.

Después venía el miedo. Su padre empezaba a estar cada vez peor, a adquirir comportamientos obsesivos de nuevo y ensañarse más con él y consigo mismo. A pesar de todo, no era la peor.

Más tarde, la recaída. Su padre volvía a tratarle con rudeza, teniendo crisis graves y largas. Los castigos se endurecían, su piel se llenaba de heridas que brotaban como flores en primavera, y nada ocurría a pesar de que él gritara o suplicara.

Al final, llegaba la peor fase: su padre tenía una última crisis, la peor de todas, muy extensa y profunda. Sus castigos eran extremos, tanto de dolor como de duración. Hacía con él las cosas más inmorales que cualquiera podía imaginar. Y era en esta fase, esta fase de incluso semanas, cuando él caía en

aquel vacío.

Y aquella sensación, aquel hueco, no se marchaba hasta que volvía la fase de la esperanza.

Esta vez, sin embargo, era diferente.

No había esperanza ninguna.

Karim elevó los ojos al cielo, cerrándolos y dejando que la brisa alborotara sus cabellos.

No había esperanza para un duende oscuro.

Y junto a Shaneequa...

Se estremeció, aún oyendo la sangre salpicando las piedras del claro, los sonidos de la carne al ser atravesada y los gritos de desesperación.

Aquello le recordaba tanto a su padre...

Tanto rojo por todas partes, sus súplicas, el terror en la mirada del niño...

Él sabía cómo era sentir eso en su propio cuerpo.

Sacudió la cabeza con vehemencia, tratando de apartar los recuerdos.

No podía volver con Shaneequa. No ahora.

Quizás nunca.

Porque ahora no podía mirarle a la cara sin recordarle a él.

Inspiró, llenándose los pulmones del fresco aire del amanecer.

Debía alcanzar la ciudad, al menos.

Reunió fuerzas de donde no las tenía y echó a andar, tan solo pensando en el siguiente paso que daba.

Un pie tras otro, esquivando troncos caídos y algunas ramas que se entrometían en su camino, llegó la tarde. Su estómago rugió, pidiéndole que parara a comer, pero Karim lo ignoró.

No tenía tiempo para nada tan banal. Debía llegar a la ciudad.

Continuó hacia delante, su garganta cada vez más seca, sus piernas más y más pesadas, pero no se detuvo. Tampoco paró cuando llegó la noche, ni cuando empezó a notar ampollas crecer en las plantas de sus pies doloridos.

Solo cuando el sol acarició de nuevo su rostro se quedó paralizado, sorprendido. Intentó mover la boca, pero se le hizo casi imposible debido a la sal de su anterior llanto, aún presente en sus pómulos.

Frunció el ceño, manteniendo sus labios sellados.

Ante él, una pequeña ciudad se extendía más abajo, siguiendo el sendero que recorría la empinada colina en la que aparentemente se hallaba. El mar brillaba con tanta intensidad que se le olvidó respirar durante unos segundos, su corazón encogiéndose ante tal belleza.

Era la primera vez que veía el océano.

Una ligera sonrisa apareció en su cara.

Desde allí podía ver los barcos, tanto de madera como de metal, moviéndose al son de las olas, y las humaredas de algunas casas, todas de colores claros. Incluso podía notar el movimiento frenético de la ciudad, como una vibración incesante, en cada poro de su piel.

Karim se dirigió hacia esta, el sol frente a él, cegándole de forma parcial.

No tardó mucho en llegar a la parte exterior, donde apenas había algunas ruinas de antiguos hogares abandonados. Precavido, se echó la capucha sobre la cabeza. No quería que los lugareños vieran su piel. Aunque sus marcas no fueran casi visibles, el hecho es que estaban ahí, y cualquier persona más o menos observadora podía apreciarlos.

Al principio, todo iba bien. La ciudad apenas había despertado y había mucha gente atareada, yendo sin parar de un lado a otro. Karim contempló, con un leve sentimiento de maravilla destellando en sus ojos, cómo el mercado iba floreciendo conforme los artesanos y vendedores montaban sus puestos y abrían sus tiendas. Admiró los escaparates llenos de telas y dulces, de botas y joyas, y los puestos de cachivaches y alfombras, de jarrones y libros, sus ojos apenas capaces de absorber tanta información.

La mayoría de los ciudadanos eran humanos, aunque no era difícil ver a algún elfo o duende entre la multitud, especialmente sin adornos que denotaran que tuvieran poderes. Sin embargo, cuanto más se aproximaba al puerto, era capaz de encontrar más gente de diversas especies: más y más elfos, duendes, animax e incluso hadas, todos con sus aspectos peculiares.

Pensaba que podía continuar así por siempre cuando su estómago se retorció incluso con más fuerza que el día anterior, sonando casi como el rugido de un monstruo. Un animax, un hombre libélula, le lanzó una mirada fulminante con sus ojos caleidoscópicos. Karim, con el corazón en un puño, echó a correr por una de las callejuelas, temeroso.

A pesar de que debería estar acostumbrado a aquello, lo cierto era que no había tenido el privilegio de conocer a muchos animax en sus pocos años de vida... Y por ello, le seguían resultando extraños, incluso terroríficos, aquellos seres que eran animales con aspecto humanoide. Y aunque sabía que eran pacíficos y muy amables, eso no evitaba que sintiera un escalofrío recorrerle cada vez que sus ojos se encontraban con los de uno de ellos.

Karim inspiró, su mano en el pecho, tratando de calmar sus latidos.

Su estómago reclamó comida de nuevo, y él se rodeó el torso con los brazos, dolorido.

—Está bien, está bien —murmuró, sus mofletes aún reseco—. Ya voy.

No pudo evitar que un suspiro escapara entre sus labios.

Echó a andar de vuelta al mercado, buscando un puesto o tienda que tuviera precios asequibles.

No tardó en encontrar una. Conquistado por el olor a pan recién horneado, entró, hambriento. La panadera, una mujer humana regordeta, le dedicó una educada sonrisa.

—¿Quieres algo, jovencito?

—¿Eh? S... Sí. —Karim parpadeó, confuso ante tanta amabilidad, y señaló una gran hogaza—. ¿Ese cuánto vale?

—¿Este? —La mujer lo señaló, y Karim, por toda respuesta, asintió—. Este vale dos delines, cielo.

—Vale, pues me lo llevo. —Karim empezó a hurgar en su pequeña mochila, y no tardó en reparar en que no encontraba las pocas monedas que Shaneequa le había dado antes de partir de la posada de Rea.

La mujer observaba el ajetreo del chico, su sonrisa desvaneciéndose por momentos, el pan ya en su mano guardado en una bolsa de papel.

—¿Tienes el dinero?

—Eso... Eso creo, un momento —respondió, apurado, aún empeñado en repasar toda la bolsa por si se le habían escurrido entre los dedos.

—Mira, chico, no tengo tiempo que perder. ¿Tienes el dinero o no? —El tono de la panadera tornó de forma abrupta en uno arisco, casi grosero.

—Creo... Creo que no —replicó Karim, rindiéndose, su tono desanimado.

—¡Entonces, lárgate!

—Pero...

—¡No hay “pero” que valga! ¡Fuera de mi tienda! ¡Habrase visto! — gruñó, haciendo aspavientos con la bolsa llena, asustando al muchacho.

Karim salió de la tienda tan rápido como pudo, y nada más cerrar la puerta tras de sí, su estómago rugió de nuevo.

Notó cómo las ganas de llorar volvían a invadirle. Cabizbajo, sus puños cerrados con fuerza a sus costados, se sintió más solo que nunca.

Y entonces, cuando levantó la vista, sus ojos algo acuosos, lo vio.

Un adulto, un duende nulo, reía más adelante, a la entrada de un callejón. Sus ojos totalmente grises despidieron chiribitas conforme elevó una pequeña cartera azul para mostrarla a sus amigos, ambos humanos, también nulos.

Karim reconocía esa cartera.

Era la suya.

Sus lágrimas retrocedieron de pronto, como si se lo hubieran pensado mejor.

Miedo. Tristeza. Ansiedad. Desesperación.

Todas eran familiares para él. Incluso, a veces, se había sentido impotente, rabioso, por no poder hacer nada contra sus circunstancias.

Pero nunca, jamás, había sentido una furia como aquella. Una furia vacía, ira burbujeante, que quemaba su corazón y le susurraba que tomara venganza. Que debía hacer algo.

Esa furia fue la que movió sus piernas hasta ellos, y la que le hizo elevar el brazo y darle un toque en el hombro.

Fue también esa furia la que le hizo manifestar su aura, envolviéndose a él mismo. En ese momento, Karim no era apenas consciente de sus actos. No era más que un simple espectador de su cuerpo, que actuaba por cuenta propia.

Y lo que vio no le dejó indiferente.

Capítulo 13
Crimen y castigo

El duende le observó con desprecio durante unos instantes, sus amigos riendo, burlones, a sus espaldas. Sin embargo, su superioridad se desvaneció en cuanto sus ojos se encontraron con los del chico que les había molestado.

No eran los ojos de alguien con sentimientos.

Un escalofrío les recorrió la espina dorsal a los tres, dejándoles incapaces de hablar. El chico dio un paso hacia ellos, y después otro, obligándoles a retroceder hacia la oscuridad de la callejuela.

—¿Q... Qué quieres? —Consiguió escupir Hans, el humano de pelo largo.

El chico no respondió, mudo, sus ojos clavados en ellos.

Y entonces, fue cuando se percataron.

—¡Es... Es un mago! —exclamó Kay, señalándole con un dedo tembloroso.

—¡Corred! —gritó entonces Zach, el duende.

Sin embargo, no les dio tiempo a huir.

Zach apenas tuvo tiempo de verlo por el rabillo del ojo.

El chico de pronto se vio envuelto en cientos de rayitos que parecían fluir por todo su cuerpo, dándole a sus ojos un siniestro resplandor azulado. Y entonces, uno de esos relámpagos, en silencio, salió despedido de su piel, alargándose como una serpiente hasta acariciarle el hombro casi con cariño.

La electricidad surcó todo su organismo en un instante, y lo último que pudo ver fue la expresión neutra del niño que le había matado.

Karim parpadeó, confuso, observando la calle ante él.

Los dos humanos habían huido, despavoridos. A sus pies, apenas a un

metro de distancia, el duende nulo yacía sobre su pecho, su expresión antinatural. Su piel estaba calcinada, surcada por venas grotescamente marcadas, y todos sus miembros se encontraban en posiciones incómodas.

Karim, vacío de toda emoción, le dio una pequeña patada.

El cadáver se movió un instante, pero no reaccionó, su boca abierta, las babas goteando al suelo.

Karim se acercó a su brazo derecho y le arrancó el monedero de sus dedos crispados, apretándolo en sus manos con aprensión.

—Lo... Lo siento —murmuró hacia el duende inerte, y de pronto se vio abrumado por todo aquello.

Acababa de asesinar a alguien a sangre fría.

¿Y él juzgaba a Shaneequa por hacer eso mismo? ¿Qué clase de hipócrita era?

Las lágrimas acudieron a él de nuevo, y no pudo evitar que comenzaran a brotar, contemplándolas caer sobre sus pies.

Los sollozos escalaron a un llanto desesperado, pero silencioso. Allí, sentado contra la pared, su dinero a salvo en su puño, era incapaz de parar el flujo de sus lágrimas.

Una hora más tarde, su cabeza aún hecha un lío, comía su pan recién adquirido recostado en la sombra de un puesto. No podía parar de pensar en lo que había hecho, en aquella furia incontrolable.

Él no era así.

Sacudió la cabeza y se obligó a golpeársela contra la pared. El dolor le despejó un poco los pensamientos.

Sí era así. Si no lo fuera, no habría hecho algo como aquello.

Apretó los labios, mirando la hogaza entre sus manos.

Al menos, esta vez no había habido sangre.

Se asestó otro cabezazo contra el muro, enfadado consigo mismo.

¿Pero cómo podía pensar así? Porque no hubiera cometido una

carnicería no significaba que fuera menos horrible.

¿O acaso...? ¿Acaso era solo la sangre lo que le provocaba recordar todo aquello?

¿Quizás, si asesinaba sin derramar una sola gota... podría ser sicario?

Las imágenes del claro cruzaron su mente de forma fugaz.

Frunció el ceño.

¿Qué había de diferente? Después de todo, su padre no se había limitado a hacerle sangrar. La electricidad también había formado parte de sus entretenimientos favoritos, y al usarla no le venía aquella corriente de recuerdos incontrolable que le invadía cuando veía heridas.

Karim se terminó su pan y suspiró, sacudiéndose la túnica.

Prefería no pensarlo, al menos por el momento.

Observó a su alrededor, contemplativo.

¿Qué debía hacer a continuación?

De pronto, recordó que apenas le quedaba dinero. Había empleado más de la mitad en comer y, aunque estaba satisfecho, sabía que si alguna vez quería meter en su estómago algo con más sustancia iba a necesitar más delines.

Resuelto, se sentó allí mismo y, extendiendo la mano, se volvió un mendigo, cabizbajo.

Nadie se molestaba en posar sus ojos sobre él más de unos segundos, como si fuera basura, un desperdicio más tirado en la calle.

Pero pronto, las reacciones cambiaron. Un par de adolescentes humanas, vestidas con ropas humildes, le regalaron unos céntimos, saludándole con la cabeza. Un infante humano se acercó y le dio otros pocos más, incentivado por su madre, y comenzó a aplaudir. Incluso el hombre libélula de antes se acercó y le entregó un delín, esbozando una curiosa sonrisa con su boca humanoide.

Para cuando la noche comenzaba a acechar la ciudad y la gente a abandonar el lugar, Karim había ganado dos delines y medio gracias a varios

transeúntes. No estaba mal.

Una vez se encontró solo, el frío veraniego nocturno hizo acto de presencia. Karim, cansado, se tumbó allí mismo y se hizo un ovillo de cara a la pared, abrazando su mochila con fuerza.

No tardó en quedarse dormido, acogido por el silencio de la ciudad.

Un par de horas más tarde, Hans y Kay regresaban a casa, apoyándose el uno en el otro, borrachos como cubas.

—No puedo creerme que Zach esté muerto... —suspiró Hans, llevándose una mano a la boca para contener un eructo—. No era mal tipo...

—Ya sabes la norma de este sitio. —Kay elevó un dedo, haciéndoles tropezar. En cuanto recuperaron la compostura, continuó hablando—. No te encariñes con nadie.

—¿Y qué hago si ya le tengo cariño... ya sabes, a alguien? —replicó Hans, sorbiéndose la nariz.

Kay le puso el dedo en la frente, apretando con fuerza.

—¡Ay!

—Pues que cuando lo maten... Lo vas a pasar muy mal, tío...

—¡Estate quieto! —Hans se deshizo del brazo de su amigo, haciendo que ambos se tambalearan de nuevo—. Si fuera todo así, entonces... No existirían los amigos.

—Vamos, tío. —Kay abrió los brazos, intentando no caerse—. Yo también le tenía cariño al viejo Zach, pero no podía... Él no podía con ese niño —soltó una carcajada seca, su gesto autosuficiente—. No creo que hubiera mucha gente que pudiera... Ya sabes...

—¿Matar?

—No, tío, de eso somos todos capaces. —Kay hizo gestos amplios con las manos—. Digo de... Esto que lanzó... A lo zium, zium... —Fingió que sus manos eran látigos conforme hacía el sonido—. Lo de las tormentas.

—¿Lanzar... rayos de esos?

—¡Sí, eso! —Kay le señaló con vehemencia y le dio una fuerte palmada en la espalda, orgulloso de su amigo.

—Bueno, es un niño. No creo que pudiera hacer mucho si... Si le pillaran por sorpresa.

Kay se encogió de hombros.

—No creo que lo veamos otra vez.

—Pero... ¿y si... y si lo viéramos, Kay?

—Vamos, tío, déjate de...

—Lo digo en serio. —Kay observó a su amigo, incrédulo, conforme decía esto. La rabia que transmitían sus ojos y sus palabras no era propia de él. De pronto, sintió cómo su cabeza se despejaba, asustado por su comportamiento—. Si me lo encuentro...

—Si nos lo encontramos... Vengaremos a Zach, tío... Pero deja de pensar en eso...

Hans suspiró, enterrando la cara entre las manos, y asintió.

Se pusieron en marcha de nuevo, en completo silencio.

Y cuando iban por la plaza, lo sintieron.

Fue su respiración lo que les guio hasta él. La luz de las farolas apenas le alcanzaba, su silueta camuflada con la sombra de la pared. Sin embargo, el hecho de que el puesto estuviera desmontado les dio ventaja. Después de todo, un bulto en la oscuridad resultaba, cuanto menos, sospechoso.

La ira llenó sus corazones con una facilidad increíble, haciéndoles hasta temblar. Hans, sin poder contenerse, le asestó una potente patada en la espalda.

Karim abrió los ojos de pronto, ahogando un grito.

No le resultaba extraño despertarse de aquella manera.

Mantuvo el silencio unos segundos más, encogiéndose todo lo que podía sobre sí mismo, soportando más y más puntapiés.

Fue en el momento en que escuchó sus voces cuando despertó de verdad.

—¡Esto es por Zach, niño asqueroso! —gritó Hans.

No era su padre.

Todos los sucesos desde la noche en que Shaneequa le rescató cruzaron su mente. Tembloroso, consiguió convocar su aura y, en un par de segundos más, apretando los dientes, volver a invocar la magia de electricidad.

Los humanos pararon de patearle, aterrados. No se les olvidaba lo que aquellos rayos podían hacer.

—¡Levántate, cobarde! ¡Si tienes valor, da la cara! —exclamó Kay, sin poder evitar que su voz se quebrara.

—¡Y deja de usar la magia! ¡Si tan poderoso eres no la necesitas! —gruñó Hans.

Karim se irguió como pudo, lentamente, emitiendo algunos gemidos de dolor. Una vez de pie, se echó la bolsa al hombro, inmediatamente asimilándola en su aura protectora, y tomó una bocanada de aire.

Sin duda, tenía un par de costillas rotas, y varios moratones que no tardarían en empezar a doler.

—¿Qué... Qué queréis? —musitó, su voz ronca.

—¿Que qué...? ¡Será posible! —exclamó Hans, dando un paso hacia él—. ¡Queremos venganza por nuestro amigo!

—No estáis en condiciones de...

—¡Tú qué sabrás! —chilló Kay, echándose a llorar—. ¡Zach no se merecía que lo asesinaras así!

—Kay... —susurró Hans, poniendo una mano en su hombro.

Karim les observó, sintiéndose como pura escoria.

Aquella situación era su culpa.

—¡Descúbrete la cara! —Hans se giró hacia él, poniéndose ante Kay como un escudo—. ¡Déjame verte antes de que te mate!

Karim suspiró y se bajó la capucha, manteniendo la vista baja.

Hans comenzó a reír. Karim, sorprendido, elevó la cabeza.

—¡Un duende! ¡Un estúpido duende oscuro! —Karim se mantuvo callado, evitando corregirle. Ciertamente, sus orejas puntiagudas y sus ojos totalmente negros hacían pensar que era un duende oscuro... Aunque en realidad no fuera así—. ¡Zach, asesinado por la clase de basura que más odiaba!

Karim sintió su pecho encogerse.

—Lo siento —masculló, haciendo que los rayos a su alrededor cesaran.

—¿Que lo sientes? —La voz de Hans pareció acercarse, y entonces una mano le agarró por el pecho, aprovechando su momento de debilidad, obligándole a mirarle a la cara. Las lágrimas corrían por el rostro congestionado de ira del humano—. ¿Crees que eso va a traer a Zach de vuelta?

Karim volvió la cara, apretando los labios, sin saber qué decir.

Los puños de Hans temblaron.

—Voy a devolverte el favor —masculló entre dientes—. Voy a devolverte el maldito favor, asqueroso duende.

—Hans, no lo hagas. —Kay le puso una mano en el hombro, pero Hans se deshizo de ella con un brusco movimiento.

—Cállate, Kay.

El otro humano bajó la cabeza, sus ojos rojos humedeciéndose de nuevo.

Karim cerró sus párpados, relajando cada músculo.

—Haz lo que debas hacer —susurró, calmo.

Aquello enfadó aún más a Hans.

Sin esperar un solo segundo, le estampó contra la pared y, con la mano libre, comenzó a asestarle puñetazos, uno tras otro, sin poder dejar de llorar, más furioso de lo que había estado jamás.

Cuando sus nudillos empezaron a dolerle, paró un instante.

El duende abrió los ojos y clavó sus pupilas en las suyas.

—¿Has terminado ya?

Aquel tono tan tranquilo le revolvió las tripas a Hans. ¿Cómo aquel niño, aquella criatura repulsiva, osaba estar tan indiferente a sus golpes?

—¡Voy a reventarte esa asquerosa cabeza tuya! —aulló, sus lágrimas ya fuera de control.

Le tiró al suelo bocabajo y le pisó el cráneo con fuerza, obligándole a restregarse contra el empedrado.

—Te vas a enterar ahora —siseó, y elevó el pie con ahínco, dándole un gran impulso.

Justo en el instante en que se disponía a bajarlo de nuevo con todas las fuerzas de que disponía, lleno de ira, una mano se posó en su coronilla, y él se quedó paralizado. La mano se separó de su cuerpo, despacio, perezosa.

Instantes después, sintió cómo caía sobre su propia espalda, incapaz de mover un solo músculo.

Conforme se acercaba al suelo, el tiempo pasando exasperantemente despacio, la vio sobre él, majestuosa.

Aquella de la que hablaban las leyendas le observaba con sus ojos negros, sin ningún sentimiento en ellos.

Esa profunda mirada permaneció sobre él, impidiéndole pensar en otra cosa, hasta instantes antes de alcanzar el empedrado.

Y entonces, con un gran estruendo, Hans se hizo añicos, como si de piedra se tratase, y la plaza se quedó en silencio de nuevo.

Capítulo 14

Reencuentro

—Por favor... Por favor... Perdóname... —balbuceaba Kay, de rodillas ante la Hija de la Luna y asesina de su último mejor amigo.

Shaneequa apartó los ojos del decadente humano ante ella, el asco reflejado en sus pupilas.

—Corre —dijo, su voz cortando el aire como un afilado cuchillo.

Kay se levantó, mareado y tambaleándose y, sin dejar de darle las gracias, se fue a trompicones, sorbiendo sus mocos y limpiando sus lágrimas con torpeza.

Una vez se hubo marchado, Karim y Shaneequa se quedaron completamente solos.

Una farola cercana titiló, dándole un aspecto todavía más incómodo y solitario a la escena.

Karim era incapaz de mirarle a la cara. No porque sintiera miedo, o porque le avergonzara su aspecto.

No... Sino porque él había huido de ella como si fuera un monstruo, y más tarde había cometido el mismo crimen por el que la había condenado, por el que había echado a correr como si le fuera la vida en ello, como si ella fuera a hacerle daño.

Era un hipócrita.

—Karim. —Esta vez, el tono de Shaneequa era suave, casi maternal. El muchacho se giró hacia la dirección de la que provenía la voz y se encontró con su rostro frente al suyo, observándole con preocupación.

Un torrente de sentimientos se arremolinó en el pecho de Karim, llenando el vacío que había tomado el liderazgo de su cuerpo. Sin poder evitarlo, el peso de todo lo que había vivido aquellos dos días cayó sobre él

como una pesada roca, y las lágrimas comenzaron a aflorar sin control.

—¡Shaneequa! —sollozó, echando los brazos hacia ella.

Shaneequa, sorprendida, dejó que el muchacho le abrazara y llorara en su hombro, sentándose para no caer.

Hacía mucho tiempo que nadie le mostraba cariño de aquella manera.

Sintiéndose confusa y, a la vez, maravillada, correspondió al abrazo con cuidado, como si aquel niño fuera de cristal y no de carne y hueso.

—¡Lo s... siento mucho, Shaneequa! ¡Si... siento haberme ido... corriendo, pero es que... es que yo...! —Karim aspiró fuertemente por la nariz y empezó a sollozar incluso más fuerte.

—Shh —replicó Shaneequa, esbozando una sonrisa a pesar de que él no podía verla, apretándolo contra ella—. No pasa nada. Yo tuve que tener más cuidado.

—¡No f... fue tu culpa! ¡Solo... solo tratabas de protegerme! —Karim se apartó de ella, mirándola a los ojos, su llanto disminuyendo ligeramente—. Solo tratabas de... de protegerme, ¿verdad?

Shaneequa asintió, sin soltar los antebrazos del muchacho.

—Por desgracia, Karim, en este mundo las cosas no suelen resolverse de forma pacífica y amable. —Su vista se nubló unos segundos, como si su mente vagara a otro momento, a otra época más oscura y violenta, incluso, que aquella. Suspiró, volviendo al presente, y sacudió la cabeza—. Pero tú aún eres un novato. Tuve que tener en cuenta tu pasado y tomarme las cosas con más calma.

—No pasa... pasa nada, Shaneequa, yo... —Karim se sentó, calmándose poco a poco, y se secó la cara con las mangas de su túnica, mirando al suelo—. Yo también he... matado.

—¿Qué? —Su maestra enarcó las cejas, sorprendida.

—Sí, un... un duende nulo me robó... me robó la cartera y yo... —Convirtió sus manos en puños, su respiración todavía irregular—. Yo... usé el poder del rayo y le a... asesiné sin querer.

—¿Te tocó él?

—No, no, yo le... le lancé un rayo —musitó, mordiéndose el labio con fuerza.

Unos dedos rosados acudieron a su barbilla y le levantaron la cabeza. Shaneequa le miraba totalmente seria, atravesándole el alma sin decir una sola palabra.

Con ternura, le limpió las nuevas lágrimas que comenzaban a aflorar de sus ojos. Aquel gesto conmovió tanto a Karim que no pudo evitar echarse a llorar de nuevo, desesperado.

La forma en que Shaneequa le trataba le recordaba tanto a su madre...

Shaneequa le abrazó de nuevo, echándole contra su pecho, y comenzó a acunarle.

—Me... Me siento tan... Tan estúpido... Tan cruel... Me siento... —dijo él, entre sollozos, su voz amortiguada por la ropa de su maestra.

—Escoria —musitó Shaneequa—. Lo sé, Karim, pero en este mundo, muchas veces la vida consiste en asesinar o ser asesinado. —Le acarició el pelo, recostando su cabeza contra la del muchacho—. Así ha sido durante toda la historia. Y tú has hecho lo que todos hacemos cada día, Karim. Lo que debías hacer. Tratar de sobrevivir. —A pesar de que aquellas palabras eran muy negativas, incluso perturbadoras, Karim notó que el corazón de su maestra latía despacio, algo que le extrañó. No cualquiera era capaz de decir algo así sin inmutarse...

Definitivamente, Shaneequa no era una persona normal.

—Pero... —empezó, sus sollozos remitiendo una vez más.

—Sshh, ya está, Karim —replicó ella, tratando de calmarle, sin dejar de acariciar su cabeza—. Yo te guiaré a través de este mundo y me aseguraré de que te vuelvas un adulto adecuado para la época en la que vivimos. —Karim dudó unos segundos sobre si esto era algo bueno o no, pensativo, su respiración aún inestable. El tono de su maestra, desde luego, no lo dejaba claro.

Shaneequa continuó allí, meciéndole y consolándole con palabras de

apoyo, asegurándole que no había hecho nada malo, hasta que Karim se hubo tranquilizado.

Para entonces, la noche ya comenzaba a clarear, anunciando un inminente nuevo día

—¿Estás mejor? —Shaneequa observó al muchacho erguirse y frotarse las mejillas y los ojos con fuerza, intentando eliminar la humedad de su rostro.

Karim asintió, esbozando una sonrisa que, a pesar de todo, resultó algo triste debido a sus ojos hinchados, que conjuntaban con su deplorable aspecto.

—Ya estoy en casa —respondió, y Shaneequa no pudo evitar devolverle el gesto.

PARTE II

LAS ALAS DE LA METAMORFOSIS

Capítulo 15

Levando anclas

Tras ser curado con magia blanca, un par de horas de verdadero descanso y un baño de agua templada, Karim se sentía como nuevo. Incluso, a decir verdad, algo emocionado.

Aquel día partirían en busca de su maestra del aire.

—¿A dónde vamos? —preguntó, sus comisuras aún llenas de migas de las galletas que había devorado unos minutos atrás.

—Ya lo verás, Karim —respondió Shaneequa, sin dejar de caminar hacia el puerto.

—Jo, ¿pero por qué no puedes decírmelo ahora?

—Quiero ver qué cara pones cuando llegemos —replicó ella, conteniendo una sonrisa bajo su capucha.

Karim frunció los labios, sin poder enfadarse de verdad, y procuró no perderla en la multitud que iba aumentando poco a poco, a pesar de que tan solo hacía un par de horas desde que había amanecido.

No tardaron mucho en llegar ante un imponente barco metálico, con el casco del mismo color turquesa que el mar. Las chimeneas de vapor despedían destellos al reflejar la luz del sol, casi cegándole.

—Vamos —dijo Shaneequa, y sin mirar hacia atrás para ver si le seguía o no, empezó a subir a la embarcación mediante la pasarela plateada.

Karim, algo nervioso por la seguridad y confianza que su maestra mostraba, fue tras ella a trompicones. Una vez en la cubierta, se asomó por uno de sus costados, curioso.

Un montón de mujeres de diversas complejiones y tonos de piel trajinaba de acá para allá, sus cabellos todos cortos o recogidos y de diferentes tonos azules. Todas vestían de trabajo ropa ligera y cómoda.

Por otra parte, en la barandilla opuesta a la pasarela, justo frente a ellos,

había tres grupos diferenciados.

El primer grupo estaba compuesto de tres magos oscuros, todos claramente humanos por las marcas que exhibían sin ninguna vergüenza.

El segundo grupo se hallaba conformado por cinco animax, entre ellos, el hombre libélula que le había dado limosna. Este se giró de casualidad, distraído de la conversación de sus semejantes, y al verle le dedicó una amable sonrisa, algo que conmovió a Karim.

El tercer grupo, finalmente, estaba formado por tan solo dos personas: un duende nigromante y una elfa lux.

Karim se estremeció ante aquella visión.

Duendes y elfos nunca habían sido una buena combinación.

El duende les vio y le dio un toque en el hombro a la elfa. Esta se volvió, extrañada, y al mirar en la dirección en que él le señalaba su rostro se iluminó con una gran sonrisa.

Karim observó, incrédulo, cómo la elfa se acercaba a paso rápido hacia ellos, seguida del duende.

—¡Shan! —exclamó la elfa, sus cabellos castaños cayendo en cascada por la espalda de Shaneequa conforme la abrazaba—. ¡No esperaba verte por aquí!

—Pensé que hasta dentro de un par de años no tendríamos que volver a ver tus pelos de loca, Shan. —El duende esbozó una sonrisa irónica, igual de flamante que su aspecto, el triángulo negro invertido de su frente destacando contra su pálida piel.

—¡Tony! —La elfa se giró y le golpeó suavemente el hombro—. ¡No seas mala gente!

—Sabes que no me molesta, Laura —respondió Shaneequa—. Este mocoso se cree más listo de lo que es.

Tony rio suavemente y, con gesto totalmente tranquilo, como si no le sorprendiera en absoluto, señaló a Karim, quien se hallaba semiescondido tras su maestra.

—¿Y este quién es? ¿Ahora eres madre?

—¡Hala! —Laura le miró con fijeza, su rostro lleno de curiosidad—. ¡No te había visto! ¿Cómo te llamas, nene?

—Este es mi... aprendiz —dijo ella, haciéndole que se pusiera delante de ella, frente a sus amigos.

—¿Tu aprendiz?! —Laura abrió mucho los ojos, agachándose a la altura del muchacho. La profundidad de su mirada confundió a Karim, quien jamás había visto unos ojos tan grandes y expresivos en toda su vida—. Debes ser muy especial para que ella haya decidido tomarte como aprendiz.

Karim permaneció en silencio, sin poder pronunciar ni una sola palabra, intimidado por la cercanía de la elfa.

Tony le observaba sin decir una sola palabra, pero Karim pudo sentirle escaneando cada centímetro de su cara.

—Shaneequa, creo que sería mejor que avisaras a Eris —dijo, su tono de pronto frío y distante, sin apartar la mirada del muchacho.

Laura se irguió y echó un vistazo primero a Tony y, acto seguido, a Shaneequa, que se había quedado inmóvil con sus manos en los hombros del niño. Acto seguido, se llevó la mano a la boca, percatándose de por qué se encontraban tan tensos.

—Tienes razón —replicó Shaneequa, sin dar tiempo a que Laura interviniera—. Vamos, Karim.

Inmediatamente, su maestra le empujó suavemente hacia la proa, bajando unas escaleras, hasta llegar ante una puerta con una pequeña placa dorada sobre ella.

“Capitana Eris”.

Adelantándose un par de pasos, Shaneequa llamó sin dudar, con decisión, y la puerta se abrió al momento, como si la persona tras ella hubiera estado esperando.

Se trataba de otra mujer de cabellos azules, pero esta tenía un ligero tono violeta en ellos. Sus gafas, redondas, le daban un aspecto de muñeca a su rostro anguloso y pálido.

—¡Shan, mi amor! —exclamó, y le dio un beso en los labios sin pudor ninguno, llena de alegría—. ¡Te estaba esperando!

De pronto, sus pupilas se clavaron en el chico tras ella.

—Tú debes ser Karim, ¿verdad? —Esbozó una sonrisa, sus hoyuelos marcándose en sus mejillas, y le tendió una mano—. Soy Eris, capitana de este barco y fiel creyente del amor libre —rio—. No te asustes si cuando crezcas te doy besitos a ti también.

Karim le apretó la mano, una vez más tremendamente confuso y sin saber qué decir, el rubor subiendo a sus mejillas.

—Encantado, Capitana Eris —dijo, cabizbajo, incapaz de mirarla a la cara.

Eris rio.

—¡Qué ricura! —Le acarició la cabeza, contenta—. Bueno, entrad. Voy a dar la orden de zarpar.

—Eris, la gente de ahí arriba... —dijo Shaneequa en tono preocupado antes de que ella pusiera un solo pie en la escalera.

—Por los animax no te preocupes —respondió Eris, su gesto de pronto serio—. Son gente de mi confianza.

—No son los animax los que me preocupan, Eris —respondió Shaneequa.

Eris y ella intercambiaron una tensa mirada durante unos segundos hasta que la peliazul suspiró, llevándose una mano al puente de la nariz.

—Lo sé, Shan, pero no puedo rechazarlos... Tienen influencia por estos lares. —Cerró los ojos, apesadumbrada—. Por suerte, solo estarán por aquí dos noches. Bajan en el siguiente puerto.

Shaneequa asintió.

—Está bien, entonces.

Eris le dedicó una sonrisa cansada y, sin responder, se marchó escaleras arriba, sus botas resonando contra el metal.

Shaneequa guio a Karim adentro del camarote, cerrando tras el joven.

Lo que él vio le dejó sin aliento.

Él esperaba una habitación gris, sin vida ni luz natural y, sin embargo, lo que sus ojos contemplaban era todo lo contrario.

Lo que más llamó su atención fue el gran ventanal frente a él, que ocupaba toda la pared. Podía apreciarse la separación entre el océano y el cielo, e incluso ver el fondo arenoso y algunos peces que nadaban por allí, despreocupados. Sin embargo, el ventanal no parecía hecho de cristal, puesto que a pesar de ser completamente transparente, fluía sin cesar, como si de un río se tratase.

Por otra parte, la habitación era enorme, con un gran lecho con dosel con ilustraciones marinas justo ante el ventanal. En el centro del cuarto, había una gigantesca mesa de madera morada. Todo estaba repleto de plantas de diversos colores y formas, e incluso había un par de cataratas en adornos de piedra que parecían no tener fin. Por último, el suelo estaba cubierto de una mullida alfombra azul cielo.

—¿Qué es... todo esto?

—La habitación de una ninfa —respondió Shan.

—¿Ninfa? —Karim la miró, sus ojos fuera de sus órbitas.

—¿Nunca habías visto una?

—Bueno, pensaba que vivían aisladas en Madir...

—Eso fue hace muchos años, Karim. —Shan tomó asiento en una silla blanca al lado de la mesa, bajando su capucha y alborotándose el pelo—. Muchísimos años.

—¿Entonces todas esas mujeres de pelo azul eran ninfas?

Shaneequa asintió.

—¿Pero dónde duermen ellas?

Shaneequa soltó una carcajada.

—¿Eso es lo que te preocupa?

Karim asintió, avergonzado.

—Bueno, Karim, te alegrará saber que en este barco hay tres habitaciones: esta, la de las ninfas y la de los huéspedes. Las ninfas de la tripulación de Eris disfrutaban reposando en su forma natural, en turnos, en su cuarto. Aunque estoy segura de que no reposan como tú piensas.

—¿Qué quieres decir?

Shaneequa se cruzó de brazos, poniendo los pies en la mesa.

—¿Sabes que las ninfas tienen dos estados, Karim?

—Sí, el antropomorfo y el natural.

Shaneequa asintió.

—Pero no sé en qué consiste cada uno con exactitud.

La Hija de la Luna le miró con expresión indescifrable. Karim ya comenzaba a temer por su integridad cuando ella suspiró y sacudió la cabeza, liberando la tensión del momento.

—La forma antropomorfa es la que has visto, Karim. Parecen personas humanas con el pelo de colores raros. Pero en su forma natural...

Guardó silencio unos segundos.

—¿Qué pasa? —Karim no pudo evitar que aquellas palabras brotaran de sus labios.

—Se vuelven parte de su elemento, Karim —respondió ella—. La habitación de las ninfas consiste en una gran piscina sin apenas profundidad.

—Y entonces... ¿se vuelven... agua? —musitó él, incrédulo.

Shaneequa asintió, observándole, divertida.

—¿Y por qué Eris no hace lo mismo?

—Eris es una persona muy peculiar —replicó, mirando hacia la ventana, distraída—. Ya te darás cuenta.

Karim no tuvo tiempo a añadir nada más, puesto que un gran rugido surgió de las entrañas de la máquina y, con un pequeño arranque, su viaje

comenzó.

E incluso a través de la puerta y de los metros de metal que le separaban de la cubierta, Karim pudo oír a Eris reír a carcajada limpia.

Capítulo 16

Discusión

—Shan, ¿en serio planeas pasarte aquí estas dos noches?

—Sí.

Tony suspiró, exasperado, y se frotó los ojos con una mano.

—¿A qué viene todo esto?

Shaneequa permaneció de espaldas a él, acariciando el agua que formaba la ventana. Sus dedos, a pesar de todo, se mantenían totalmente secos.

—No me gusta el aspecto de esos magos oscuros.

—Eso no te ha detenido otras veces de hacer lo que te apeteciera.

—Esto no es como otras veces. —Shaneequa lanzó una fugaz mirada hacia Karim, que no sabía dónde meterse.

—Déjala ya en paz, Tony —gimió Laura, tirada en la cama de Eris aún con su tiara plateada alrededor de su cabeza.

—Ahora soy yo el malo, estupendo —replicó él, apoyándose en la mesa con el ceño fruncido.

—Nadie está diciendo eso, es solo que estás insistiendo demasiado. — Laura se puso boca abajo, observando a Shaneequa—. ¿Verdad, Shan?

—¿Y tú estás bien con todo esto? —Tony se giró hacia Karim. El niño, sentado entre una cascada diminuta y una maceta repleta de cactus, bajó la vista.

Por algún motivo, solo imaginar responderle le provocaba un nudo en el estómago. Y Karim sabía el motivo.

Tony era un duende oscuro.

Como su padre.

El nigromante suspiró.

—Está bien, me rindo. —Dio un suave golpe en la mesa y se irguió, dirigiéndose hacia la puerta. Justo cuando iba a abrirla, la voz de la Hija de la Luna le hizo pararse en el sitio.

—No quiero derramar sangre innecesaria, Tony.

—¿En serio? —gruñó él, dándose la vuelta y avanzando hacia ella—. Sabes que si les mataras, por muy importantes que sean, nadie va a mover un dedo contra ti.

—Quizás. —Shaneequa apretó los puños y se volvió, mirándole de frente. Tony, en respuesta, se quedó paralizado, sorprendido por aquella reacción—. Pero no es eso lo que me preocupa.

—Entonces, ¿qué es?

—Karim es aún un novato —respondió ella—. No necesita ver masacres innecesarias.

Tony ladeó la cabeza, su gesto incrédulo, su boca semiabierta.

—¡Por la Diosa bendita, Shan! ¡Este niño es un mago rojo! ¡Y encima es medio duende oscuro!

—Así es.

—¡¿Así es?! ¡¿Eso es todo lo que tienes que decir?! —Tony dio un golpe más fuerte que el anterior, esta vez a la pared.

Shaneequa clavó sus pupilas en las suyas.

—Así es.

—Esto debe ser un mal chiste. —Tony soltó una carcajada seca, dándole la espalda un instante, incapaz de estarse quieto—. ¿Me estás diciendo que este niño no ha visto cosas peores que asesinatos? ¿Que no ha sufrido cosas peores que ver a alguien morir?

—Tony, para. —Laura se puso en pie, cruzándose de brazos, visiblemente alterada. No le había pasado desapercibido el temblor del chico

ante las palabras del nigromante.

—¡No, déjame hablar! —exclamó él—. Como duende oscuro, creo que no estoy mintiendo cuando digo que ser uno es una maldición.

—Tony. —Laura extendió un brazo, pero Tony se zafó de él, enfadado.

—¡No me toques! ¡Sabes que no me gusta que me toquen! —Su tono subió con rapidez, casi chillando—. ¡Este niño es como yo! —Le señaló con el dedo índice, sin apartar la mirada de Laura—. ¿Sabes lo que es eso?

—Tony, he estado contigo ya muchos años —dijo ella, despacio, sus manos moviéndose con cada palabra—. Y sé por lo que has pasado.

—No —replicó él, su voz de pronto ahogada. Karim pudo apreciar que sus ojos se volvían más acuosos—. No lo sabes.

Y sin decir nada más, se giró y se marchó de la habitación dando un portazo, haciendo que todo el barco se estremeciera.

Un incómodo silencio se instaló en la estancia conforme Laura se sentaba en el lecho de nuevo.

—Perdónale, Karim —musitó, cubriéndose la cara con las manos—. Tuvo una infancia muy dura.

—No pasa nada —susurró él, haciendo círculos con el dedo en el suelo.

Él sabía a la perfección cómo debía de sentirse Tony.

—Respecto a eso, Laura, te quería pedir algo —dijo Shaneequa, tomando asiento a su lado y echándose el cabello hacia atrás—. ¿Podrías tratar a Karim?

El muchacho, a pesar de escuchar su nombre, no se sentía con ganas de preguntar nada tras aquella escena, así que se mantuvo cabizbajo, distrayéndose como bien podía.

—¿Tratarle? ¿Te refieres a...?

Shaneequa asintió.

—Él tampoco lo ha tenido fácil.

Laura miró a Karim con curiosidad y, acto seguido, una tierna sonrisa se

extendió por su rostro.

—Por supuesto, Shan. Sabes que sí.

Laura se levantó y se sacudió los pantalones ceñidos, a pesar de que no estaban sucios en absoluto. Karim la escuchó acercarse y, de pronto, vio sus botas ante él. Inquieto y asustado, elevó la vista.

La elfa se agachó, sus ojos ahora a su altura.

—Karim, ¿sabes qué soy?

—Una elfa lux, por eso llevas esa tiara.

Laura asintió, contenta.

—¿Confías en mí?

Karim frunció el ceño, mirándola fijamente. A pesar de que era una elfa y no tenían muy buena fama entre el resto de especies, ella parecía ser una persona agradable. Su rostro ancho, de pómulos marcados, y sus ojos dulces e intensos le transmitían la sensación de que era un alma bondadosa.

—Supongo —respondió, encogiéndose de hombros.

Laura sonrió.

—Entonces cierra los ojos —dijo, extendiendo sus manos hacia él—. Voy a ayudarte.

Sus dedos se posaron en su pelo, sus palmas cubriendo sus ojos.

Y, por primera vez en su vida, Karim experimentó la magia de luz en su propio cuerpo.

Capítulo 17

No estás solo

Sentía que alguien le llamaba.

Que alguien pronunciaba su nombre

Pero solo podía escuchar unos sonidos amortiguados, como si se encontrara sumergido bajo metros y metros de agua.

—Karim.

Abrió los ojos de golpe, incorporándose, y miró a su alrededor.

Todo era oscuridad.

Pero había algo peor.

No tenía cuerpo.

—¿Qué me has hecho?! —exclamó, y su voz le sonó extraña hasta a sí mismo.

—Karim, estamos en tu mente. —Al fin, reconoció a su interlocutora.

Laura.

—¿En mi... mente?

—Soy una lux, Karim —repuso ella, y aquellas palabras resonaron por todas partes—. Puedo ayudarte, pero no va a ser un proceso sencillo.

—¿Qué vas... qué vas a hacerme?

—Sé que tienes recuerdos que preferirías olvidar. —El estómago del muchacho se revolvió y se le formó un nudo en su garganta—. Pero que eres incapaz de hacerlo.

—¿Y entonces qué puedo... qué puedo hacer? —Sintió unas irrefrenables ganas de llorar, pero, debido a que no se encontraba en su cuerpo físico, no pudo desahogarse de esta forma.

—Puedo ayudarte a sanar. Darte algo a lo que aferrarte cuando no puedas evitar recordar. Pero siempre dependerá de ti.

—¿Qué quieres decir?

—Por mucho que yo quiera ayudarte, Karim, la pregunta es, ¿tú quieres ayudarte a ti mismo?

Karim se quedó mudo.

Nadie, jamás, le había dicho algo como aquello.

Nadie, jamás, le había hecho frente con tanta sinceridad.

—Sí —musitó, y su pecho se contrajo, cohibido por una decisión tan importante.

—Bien. —A pesar de que no podía verla, sabía que ella estaba sonriendo—. Para empezar este procedimiento, debes dejarme voluntariamente acceder a tus recuerdos. Los iremos repasando uno por uno. Va a ser doloroso para ambos. Pero sé que puedes hacerlo.

—¿Cómo sabes eso? —dijo, desesperanzado.

—Tus ojos aún brillan.

De nuevo, aquella sensación de tristeza y, a la par, de alivio, le invadió.

—Haz lo que debas hacer —respondió, y esta vez sus palabras sonaron muy distintas respecto de la última vez que las había pronunciado.

Y así, comenzó un proceso que, para él, duró lo que podría haber sido una eternidad.

Los recuerdos acudían conforme Laura los convocaba, y se desarrollaban ante él. Como un espectador ajeno a la trama, se vio obligado a ver toda su vida pasar ante sus ojos.

Laura analizó cada sentimiento, cada emoción, sin dejarse llevar por la corriente. En ningún momento le cuestionó a él o a sus decisiones. Con una destreza increíble, le mostró por qué había reaccionado de una manera o de otra y de dónde venía todo aquel malestar consigo mismo y con las personas a su alrededor.

Laura no le impedía sentirse mal al revivir todo aquello, pero tampoco le presionaba. Esperaba a que él estuviera listo a responder, a inspeccionarse a sí mismo.

Le enseñó a aceptarlo todo. A perdonarse y a ser amable y comprensivo con su propio ser, dándose treguas y más espacio para crecer. A entender que no era culpable de la separación de sus padres, ni de haber sido maltratado, ni de huir despavorido al ver aquel espectáculo en el claro.

Y Karim agradeció desde lo más profundo de su alma no poder llorar en aquel estado, puesto que, si así hubiera sido, habrían tardado mucho más en finalizar todo el proceso.

Por fin, tras horas y horas de charla, Laura acabó de revisar sus recuerdos, y fue entonces cuando pronunció unas palabras que él jamás olvidaría.

—Ya no tienes por qué temerle, Karim —le dijo, y aquello le atravesó el corazón como una espada, haciéndole sentir que, por fin, había despertado—. Él ya no puede hacerte daño.

—Gracias, Laura —susurró, emocionado, su voz ahogada—. Gracias, de verdad.

Una sensación cálida le inundó, y Karim supo que provenía de la elfa.

—De nada, Karim —respondió.

Y poco a poco, el muchacho volvió a quedarse solo en su propia mente.

Tuvo una sola revelación más antes de despertar.

Laura había estado conteniendo sus emociones, impidiendo que calaran en él y tuvieran un impacto negativo.

Karim abrió los ojos, y una gran sonrisa iluminó su rostro.

Laura se encontraba ante él, iluminada por la luz de la luna, sus ojos llorosos.

—¿Cómo estás? —preguntó, esbozando una sonrisa sin dientes.

—Bien —dijo él, y se dio cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, era verdad. Sin poder evitarlo, su sonrisa se ensanchó—. Bastante

bien.

—Recuerda que no estás solo, Karim. —Le puso una mano en el hombro—. Y que esto solo es posible mantenerlo si trabajas en ello tal y como hemos hablado.

—No te preocupes. —Karim colocó su mano encima de la de la elfa, agradecido de corazón—. Lo haré.

—Siento interrumpir —dijo una voz familiar—. Pero veo que ya os habéis hecho buenos amigos.

—Shan, tienes un aprendiz increíble —replicó Laura, irguiéndose y frotándose los ojos.

—Lo sé —respondió ella, su gesto orgulloso.

Karim rio, y ambas mujeres intercambiaron una mirada cómplice, sorprendidas.

—¿Qué pasa? —preguntó Karim, observándolas con extrañeza.

—Te has reído —repuso Laura.

Karim la contempló, confuso unos instantes.

Y entonces recordó.

Hacía años que no reía.

Esbozó otra sonrisa, sintiendo el rubor acudir a sus mejillas.

—Bueno, ya iba siendo hora —murmuró.

El silencio invadió la estancia conforme las magas le contemplaban con ternura. Sin embargo, este pronto se vio roto por el rugido del estómago de Karim, que solo pudo sonrojarse hasta las orejas.

—Lo siento —susurró.

—Bueno, creo que eso quiere decir que es hora de cenar —dijo Laura, estirándose y gimiendo en el proceso—. ¿Subimos?

—Laura, ya dije antes que...

—Subamos. —Karim interrumpió a Shaneequa, sorprendiéndolas a

ambas, que se giraron hacia él.

Shaneequa miró en sus pupilas, y no vio ni un asomo de duda o temor en ellas.

—Estaremos bien. —El muchacho esbozó una pequeña sonrisa y se levantó, sacudiéndose la ropa, y comenzó a estirar también, resucitando sus ateridos músculos.

Sin decir nada más, se dirigió hacia la puerta. No fue hasta que puso una mano en el picaporte que se percató de que nadie le seguía.

—¿Venís o no? —inquirió, enarcando las cejas.

Laura le lanzó una mirada nerviosa a Shaneequa y se adelantó, dejando atrás, sola, a la Hija de la Luna.

Esta frunció el ceño.

Sabía que Laura hacía maravillas, pero jamás había visto una recuperación tan inmediata.

Y aquello no le gustaba.

No le gustaba en absoluto.

Capítulo 18
Viejas amistades

—¡Shan! ¡Has subido!

Eufórica, Eris se lanzó a sus brazos, besándole frenéticamente las mejillas.

—¡Capitana, deje a la Hija de la Luna en paz y regrese a la faena! —Una voz áspera hizo que Eris parara y se pusiera en jarras, observando con disgusto a su interlocutora.

—¡Kali, déjame en paz! ¿Acaso estás celosa?

Kali, de pie junto a un montón de cajas, terminó de atar las cuerdas para que la mercancía no se viniera abajo y se sacudió las manos.

—¿Celosa? Estoy más que contenta de que me deje en paz un rato.

—¡Pero será posible! —Eris echó las manos al aire y empezó a refunfuñar.

Shaneequa contuvo una sonrisa, apartando la vista de las ninfas y dirigiéndola al cielo.

La luna era apenas una fracción de lo que era con normalidad y, a pesar de las luces del barco, era fácil ver todos los montones de estrellas que la rodeaban como si fueran sus súbditos.

—Hija de la Luna, ¿busca a su aprendiz?

Shaneequa volvió a mirar a aquella fornida ninfa. Kali se erguía ante ella, alta como una montaña, su piel del color de la tierra y sus cabellos del azul del cielo, y asintió.

—Está por la proa, con Laura y los animax. —Una traviesa sonrisa afloró en sus labios—. Creo que deberías ir a saludar.

—Gracias, Kali. —Shaneequa se dirigió hacia donde ella le había indicado, pasando a su lado conforme esta se llevaba a una quejumbrosa Eris a rastras.

No tardó en localizarlos, apoyados sobre la borda. Karim estaba atendiendo al animax medio libélula, y parecía muy enfrascado en la conversación, sus ojos apenas apartándose de él. Por otra parte, Laura se encontraba envuelta en una entusiasta charla con el resto de los lux, como indicaban sus coronas de flores.

La elfa no tardó en verla y, rápidamente, le gesticuló con la mano para que se acercara.

Fue entonces cuando una de las animax se giró y, asombrada, se llevó las manos al hocico, sus iris verdes resplandeciendo.

—¿Shani? —dijo, las mangas de su túnica revelando sus brazos peludos.

—¿Esmeralda? —El tono de Shaneequa también era de sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

Emocionadas, se fundieron en un breve abrazo.

Esmeralda, la mujer medio tigre, se separó de ella poco después, pero no soltó sus manos, contemplándola de arriba abajo.

—¡Mírate, no has cambiado nada!

—Tú, en cambio, no pareces la misma. —Shaneequa esbozó una sonrisa—. ¿Cuántos años han sido?

—Más de noventa, eso seguro. —La animax rio, toda alegría—. Vaya, de verdad que no esperaba verte por aquí...

—¿Os conocéis? —interrumpió Laura, su cara reflejando su confusión.

—Y vosotras también, ¿no? —replicó Shaneequa, soltando a Esmeralda y pasándose la mano por el pelo con suficiencia.

—...Sin comentarios —musitó Laura, poniendo una mano casi delante de la cara de la nigromante.

—Y bien, ¿qué hacéis aquí? —Shaneequa les miró con curiosidad, uno por uno.

Todos los animax llevaban sus coronas, que les designaban como lux, aunque algunos preferían llevarla de cinturón o de brazalete.

Además de Esmeralda, que aún parecía nerviosa por el inesperado encuentro, había otras dos animax que eran mujeres: por una parte, una chica que parecía joven, medio rana, y que no paraba de observarla con sus grandes ojos negros, curiosa. Por otra, a su lado, sentada en el suelo, se hallaba una mujer medio lagartija con la mirada fija en un libro, inmersa en su lectura.

Además, conformando el grupo también se encontraban el hombre libélula y otro animax medio cuervo que, a diferencia de los demás, no llevaba túnica, sino tan solo unos pantalones, dejando al descubierto sus grandes alas negras y sus manos.

—Volvemos a casa —respondió Esmeralda, sonriendo con sus dientes afilados—. Venimos de renovar el acuerdo con Miríade.

—¿Sobre la Academia? —inquirió Shaneequa, enarcando una ceja.

Esmeralda asintió.

—Ahora, cada cinco años tenemos que ir allí y reafirmar nuestros propósitos. Por supuesto, a los elfos no les gusta nada. —Puso los ojos en blanco.

—Ah, Miríade, patria querida —resopló Laura, dándoles la espalda, su rostro hacia el océano—. Menos mal que salí de allí.

—¿Entonces este años habéis sido vosotros los representantes? —Shaneequa ignoró el tono triste de Laura. Sabía que, si le seguía aquel hilo de conversación, no acabaría nada bien.

—Así es —respondió Esmeralda—. Este año nuestro líder ha sido Pat. —Señaló al hombre libélula, a unos metros de ellos, quien gesticulaba conforme Karim hacía muecas, reaccionando a su historia.

—Un puesto muy inmerecido, en mi opinión —resopló el hombre cuervo.

—Y este es Julio —añadió Esmeralda—. Como ves, no puede mantener ese pico suyo cerrado.

—¡Sabes que tengo razón! —exclamó él, elevando sus manos y, con ellas, sus alas, su ceño fruncido.

Esmeralda, por toda respuesta, volvió a poner los ojos en blanco.

—Y estas de aquí son Bárbara. —Ignorándole, señaló a la chica rana—. Y Victoria. —Hizo un gesto hacia la mujer lagartija.

—¡Encantada! —Bárbara le tendió la mano y se la estrechó efusivamente—. Pero llámame Barb, es más cuqui.

Shaneequa parpadeó, perpleja y, sin saber qué responder, asintió.

—Yo soy Shaneequa —dijo ella.

—Lo sé, lo sé. —Bárbara rio, divertida—. Esmeralda me ha contado muchas cosas sobre ti.

—Tampoco tantas —refunfuñó Julio.

—¡Tú cállate, pájaro de mal agüero!

—¡Cállate tú, cabeza amorfa!

—¿Cuántos años tienen? —musitó Shaneequa, contemplando cómo se encaraban con la pasión y el odio de dos adolescentes.

Esmeralda suspiró.

—Bárbara tiene apenas treinta y cuatro años, pero Julio ha cumplido ya los ochenta. —Sacudió la cabeza—. La verdad es que me preocupa que siga así a estas alturas...

—Parece que se llevan bien —respondió Shaneequa.

—Julio no se lleva bien con nadie, la verdad. —La lux se encogió de hombros—. Solo Pat le aguanta. Supongo que es cosa de la edad.

—¿Cuántos años tiene?

—¿Pat? Ciento veintisiete.

—No los aparenta. —Shaneequa enarcó las cejas. No se le escapaba que la esperanza de vida de los animax rondaba, como máximo, los ciento cincuenta años.

—Se conserva bastante bien, la verdad.

—¿Y la chica lagartija?

—Es bastante tímida. Se pasa el día leyendo. —Esmeralda suspiró de nuevo—. La verdad, no habla mucho, pero cuando lo hace suele ser por algo de importancia.

Shaneequa la miró fijamente, pensativa. Iba justo a preguntar algo más sobre ella cuando sintió algo acercarse por su espalda.

Unas presencias que le inquietaban.

No fue la única en notarlos.

Las conversaciones terminaron de forma abrupta, un silencio espeso asentándose entre ellos, y antes de que se giraran ya sabían de quiénes se trataban.

Los nigromantes humanos les observaban con desprecio, sus semblantes surcados de líneas negruzcas llenos de desdén.

—¿Queréis algo? —La voz de Esmeralda era fría como el hielo.

—¿Nosotros? —Uno de ellos, el más pálido, se encogió de hombros, su sonrisa sibilina—. Qué va.

—Solo queríamos ver a la basura de cerca —añadió otro, alto y musculado.

—¿Quiénes sois? —Demandó Esmeralda. Ahora no solo era su voz: toda ella, toda su presencia, era gélida e imponente.

Shaneequa vio por el rabillo del ojo que Pat se colocaba ante Karim y, a la vez, se acercaba al grupo, llevando al muchacho del hombro y sin apartar la vista de los humanos.

—¿Por qué deberíamos decírtelo? —replicó el tercero, un chico joven con un rostro que parecía esculpido en piedra.

—¿Por qué no debería matarte ahora mismo? —Julio dio un paso adelante, pero Bárbara colocó un brazo ante él, su expresión cautelosa.

—No te muevas —susurró.

—¿Tú? ¿Matarnos? —El musculoso se echó a reír—. ¿Un lux va a matarme? No seas ridículo.

—Ninguno de vosotros sería capaz de ponernos un dedo encima. —El más pálido señaló a Shaneequa—. Ni siquiera tú.

Ella, por toda respuesta, les miró, inexpresiva, obligándose a mantenerse inmóvil.

—Bueno, pero no veníamos a hablar de vosotros. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Karim—. Nos gustaría ver qué tenéis ahí.

—No sé de qué me hablas —replicó Esmeralda.

—Lo sabes muy bien, tigresita. —El pálido, pese a que era más bajo que ella, se acercó hasta tener su nariz apenas a unos centímetros de la suya—. Sé que tenéis un duende oscuro ahí.

—Y parece un mago un tanto... interesante. —El chico joven esbozó una sonrisa ladina—. Un mago rojo, a decir verdad.

Shaneequa se quedó helada.

¿Cómo lo habían descubierto tan pronto? ¿Cómo lo habían podido apreciar si no se habían acercado hasta entonces?

¿Acaso le habían seguido todo este tiempo?

Sus dedos temblaron, deseando hacer algo al respecto.

Y se obligó a detenerlos.

No habría más masacres ante Karim. Al menos no de momento.

—Como intentes ponerle la mano encima —la voz de Laura cortó el aire como una cuchilla—, me aseguraré de que te quedas sin ellas.

—¿Y cómo va a hacer eso una lux, exactamente? —rio el joven, acercándose lentamente hacia Pat.

Nadie respondió.

Un paso.

Otro paso.

Shaneequa sabía que debía moverse. Que debía proteger a Karim. Que aquellos tres humanos, aunque para ella no eran difíciles de derrotar, tampoco

eran débiles.

Y sabía que, aunque Laura fuera una lux capaz de derrotar a uno de ellos, era posible que los demás no estuvieran al nivel de la elfa.

Después de todo, Laura tenía más de un milenio de aprendizaje a sus espaldas.

El nigromante humano casi se encontraba a la altura de Karim, sus amigos expectantes. Los animax contraían ya sus músculos, preparados para lanzarse al ataque y defender al niño con todo lo que tenían.

Y entonces, una mano aún más blanca que la piel del humano se posó en su cabeza, y el nigromante se desplomó en el sitio.

Todos los presentes se quedaron estupefactos, totalmente petrificados, y fue entonces cuando le vieron.

Tony se hallaba ante el humano, su brazo aún extendido. La blancura de sus ropas y de su piel era casi idéntica, brillante gracias a los reflejos de la luna. Sus cabellos castaños, alborotados, bailaban al son de la brisa, y sus ojos negros, junto con sus gafas, completaban aquel hermoso y terrorífico cuadro.

El duende oscuro elevó el rostro, revelando un gesto serio, en su ceño, un triángulo invertido negro, el símbolo de su poder como nigromante. Solo entonces habló, su voz profunda reverberando en los pechos de todos.

—Dejad al chico en paz —dijo, y no era en absoluto una petición—, o la próxima vez será algo peor que caer inconsciente.

—¡Ma... Maldita basura! ¡Vete a tu casa, rata inmunda! —El humano musculoso elevó sus manos, iniciando un flujo de energía.

Justo antes de que pudiera ejecutar su ataque, sus brazos cayeron, inertes, colgando de sus costados como si se trataran de carne muerta.

—Demasiado lento —dijo Tony, apoyando sus manos en sus caderas—. ¿De verdad necesitas exagerar tanto?

El rostro del humano se descompuso en una mueca de dolor, y fue un instante después cuando comenzó a gritar, horrorizado, su llanto imparable.

—¿Qué le has hecho a Rob, gusano?! —El nigromante pálido apretó los puños, apenas audible sobre los gritos de su amigo, mirando al duende con una llama de ira en sus pupilas.

—Solo le he dislocado los hombros —respondió él, indiferente.

El humano herido dejó de gritar poco a poco, como si se estuviera quedando dormido. Un par de segundos después, cayó hacia delante con un golpe sordo, sin conocimiento.

—¡¡Maldito... Maldito...!! —El humano avanzó una zancada hacia él, tembloroso de pura rabia.

—¿De verdad quieres continuar? —Tony ladeó la cabeza, sus ojos cansados.

—No te lo recomiendo, la verdad. —El tono divertido de Laura contrastó en gran medida con la atmósfera que había en aquel momento, haciendo que todos se volvieran a mirarla con estupefacción—. Cuando se pone así, es imposible hacerle entrar en razón.

El humano apretó los dientes, mirando por turnos al duende y a la elfa, dubitativo. Finalmente, tras unos segundos tremendamente tensos, chasqueó la lengua.

—Está bien, por esta vez lo dejaremos aquí. —Frunció el ceño y, usando un gesto de su mano, hizo que las sombras de sus amigos se unieran a la suya mediante un fino hilo—. Pero esto no ha terminado. —Y con estas palabras, hizo levantarse a los nigromantes como si fueran marionetas, y la tríada se marchó andando de forma grotesca, casi antinatural.

Cuando desaparecieron escaleras abajo, el ambiente al fin se distendió y sus corazones se relajaron.

Tony suspiró, llevándose una mano a la cara y frotándose el puente de la nariz.

—Malditos y asquerosos nigromantes humanos —masculló Julio—. No hay ni uno que merezca la pena salvar.

Shaneequa apretó los puños y bajó la vista, incómoda.

Rápidamente, sacudió la cabeza, ahuyentando los recuerdos.

Eso era el pasado.

—Karim. —Tony se giró hacia el joven, agachándose a su altura—. ¿Estás bien?

El chico sonrió con gesto cansado, sus ojos tristes.

—Sí, creo que sí.

Tony suspiró de nuevo, sus manos apoyadas en sus rodillas.

—Siento que hayas tenido que ver todo eso —añadió, apesadumbrado—. Pero...

—Sí, sé qué clase de personas eran. —Ante estas palabras, Tony no pudo evitar levantar la vista. Sus pupilas se encontraron con las suyas y le atravesaron el alma, haciéndole sentir una profunda compasión y, a la vez, comprensión.

Después de todo, estaba en lo cierto.

Aquel chico era como él.

—¡Bueno! —Laura dio una palmada, levantando el ánimo de todos al instante—. ¡Vamos a cenar! ¿No? ¿No tenéis hambre? —Les miró a todos, sus gestos totalmente naturales.

—Sí —respondió Shaneequa, tratando de cambiar el tema de conversación—. Comamos algo.

Los animax, aunque aún incómodos por la situación, no se negaron, y un cuarto de hora más tarde, se encontraban todos alrededor de un fuego controlado por Shaneequa, que flotaba en el centro del círculo, lejos del suelo para evitar accidentes innecesarios.

Durante unos minutos, pudieron olvidarse de todo, allí reunidos alrededor de la fogata, devorando desde chuletas hasta insectos, intercambiando bromas y risas, creando recuerdos.

Durante unos minutos, pudieron ignorar su pasado.

Durante unos minutos, sintieron que eran libres.

Pero fueron solo unos minutos.

Puesto que, una vez todos estuvieron en sus camas, Shaneequa y Karim espalda con espalda en el lecho de Eris, los recuerdos volvieron y, con ellos, la incertidumbre del pasado, del presente y del futuro.

Mientras tanto, la capitana se encontraba en cubierta, tarareando una vieja canción que hablaba de una guerra.

Y, a lo lejos, unas nubes de tormenta se acercaban, lentas pero amenazantes, hacia el barco.

Capítulo 19

Sorpresas desagradables

Shaneequa abrió los ojos y se irguió, su corazón latiendo con fuerza por el trueno que acababa de desvelarla.

A su lado, Karim era apenas visible debido a las densas nubes grises oscuras que se cernían sobre el barco, pero, por la forma en que dormía, no parecía que fuera a despertar pronto.

Se deslizó fuera de las sábanas, con cuidado de no hacer movimientos bruscos, y se puso su túnica con dedos habilidosos. Con rapidez, silenciosa, se escabulló fuera de la habitación y cerró tras de sí, subiendo a toda prisa los escalones hacia la cubierta.

Una vez allí, enarcó las cejas, en absoluto sorprendida por los acontecimientos.

Casi todas las ninfas estaban repartidas en puntos estratégicos del barco, impidiendo que la lluvia mojara las mercancías o entrara por las chimeneas, manipulando las gotas que caían, haciendo que diera la impresión de que sobre toda la embarcación existía un gran paraguas invisible. El ruido de los truenos hacía casi imposible la comunicación, pero era claro que ellas no lo necesitaban, puesto que tras años juntas, tenían la misma coordinación que si se trataran de una sola persona.

Por otra parte, Eris se hallaba en la proa, sus brazos extendidos hacia el mar, mientras que Kali estaba en popa, en la misma posición. Shaneequa se aproximó a Eris con paso rápido.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó a voces, nerviosa por verla de aquella forma.

—Lo cierto es que esta tormenta está resultando más complicada de manejar de lo que esperaba —replicó Eris en el mismo tono, el sudor acumulándose en su frente, y esbozó una sonrisa forzada—. No nos vendría mal una mano extra para desviar los rayos.

Shaneequa asintió, dejándoles a ellas el rumbo de la nave, y se colocó en el centro de la cubierta. Inspiró y expandió su aura alrededor de todo el barco, que se balanceaba con bastante fuerza pese a los esfuerzos de Eris y Kali, creando una capa protectora impenetrable. Cada vez que un rayo la alcanzaba, este se veía reconducido hacia el mar, navegando por la superficie de su propia energía, como si fuera una gota de rocío resbalando por una hoja al alba.

Tras unos minutos de esfuerzo conjunto por parte de la tripulación y de la nigromante, los rayos comenzaron a caer con menos frecuencia, hasta que finalmente dejaron de aparecer.

—¡Shaneequa, ahora! —gritó Eris.

Shaneequa, sin dudar un solo instante, deshizo la protección y enfocó su aura hacia el cielo. Echó un pie hacia atrás para obtener un apoyo más estable y, con dos movimientos bruscos, elevó los brazos y los separó lo más posible. Las nubes se separaron de forma instantánea, y tras otro par de gestos con las palmas de sus manos hacia arriba, la temida tormenta se disipó, transformándose en pequeñas estelas blancas entre las estrellas.

La tripulación corrió a felicitarle y darle las gracias, alegres por poder observar el cielo nocturno con claridad de nuevo. Shaneequa no sabía a dónde mirar, confusa por tanto entusiasmo y efusividad.

Y, mientras Kali se disculpaba con Shaneequa conforme apartaba los labios de Eris de su rostro, aquello sucedió.

Un chillido rasgó el ambiente, un chillido que hizo que todas callaran.

Un chillido proveniente del interior del barco.

Shaneequa oyó la sangre palpar en sus oídos, el tiempo ralentizándose por momentos.

—Karim —susurró y, sin preocuparse por el repentino silencio de las ninfas, echó a correr escaleras abajo.

Shaneequa abrió la puerta de la cabina sin miramientos, y lo que se encontró esta vez sí que le resultó inesperado.

Karim se encontraba de pie en la cama, su aura cubriéndole por

completo, miles de pequeñísimos rayos recorriéndola. Sus ojos destellaban con cada uno de ellos y, junto con la luz de luna que le rodeaba, le daba un aspecto siniestro, incluso terrorífico, a pesar de encontrarse en pijama.

Ante él, el nigromante de antes, el pálido, estaba totalmente helado, sorprendido, sus ojos observando a Shaneequa, quien aún se encontraba en la entrada.

El terror que este sentía podía hasta olerse en el ambiente.

—¿Quién eres... quién eres tú? —le preguntó—. ¿Eres tú quien ha creado este monstruo?

—Yo que tú no diría algo así. —La Hija de la Luna enarcó las cejas, divertida, señalando con la cabeza hacia su pupilo—. Vas a hacerle enfadar.

El humano se volvió hacia el chico, despacio.

La intensidad de los rayos de Karim aumentó, haciéndole brillar con más fuerza aún.

—¿Qué vas a hacer, chaval? ¿Lanzarme uno de esos rayos? Eso no sería muy inteligente, ¿no crees? Es decir, estamos en un barco de metal — balbució el humano, nervioso.

—No te preocupes —siseó Karim, echando hacia delante la mandíbula, sus ojos entrecerrados—. Sé cómo hacerlo sin necesidad de matar a los demás.

El humano clavó su mirada en la suya, pero no fue capaz de descifrar si estaba diciendo la verdad o no.

Apretó los dientes.

¿Iba él, un nigromante reconocido en su país, echarse atrás ante un niño, por muy mago rojo que fuese?

Frunció el ceño.

No podía perder su orgullo como humano. Aquel niño pertenecía a Delinne, a su país.

Los magos rojos pertenecían a la humanidad.

Después de todo, eran su mayor orgullo.

—Vas a venir conmigo, chaval, te guste o no —masculló, e intentó hacer un gesto con el brazo para reducirle contra la cama.

Si aquel movimiento hubiera sido efectivo, Karim hubiera caído con tanta rapidez contra el lecho que se hubiera quedado sin aliento, haciéndole perder el control los instantes justos para que él pudiera dejarle inconsciente, sumido en sus peores pesadillas, dejándole totalmente dócil para la hipnosis. Y de esta forma, tras deshacerse de la mujer de piel rosada, podía dirigirse con el niño a su lado, obteniendo una gran recompensa por parte del presidente.

Pero aquello no sucedió.

Puesto que, en apenas una fracción de segundo, su húmero, cúbito y radio se rompieron en trozos simétricos, haciendo que su brazo cayera a un lado, su piel ligeramente deformada por la fuerza de los huesos presionando contra sus músculos.

El humano comenzó a chillar, dolorido, y se giró, lágrimas brotando de sus ojos.

Lo último que vio antes de perder el conocimiento fue a Shaneequa, con una de sus manos cerradas a la altura de su pecho, su cabeza inclinada.

—Deberías haberte quedado en tu cuarto —susurró, y el humano cayó al suelo, golpeándose el cráneo con fuerza.

Capítulo 20

Lágrimas de fénix

Unos minutos más tarde, Shaneequa volvió a entrar en la habitación de la capitana y, esta vez, se encontró tanto a Eris como a Kali allí, junto a Karim, esperándola.

Antes de que pudiera abrir la boca, Laura apareció tras ella, agachándose para pasar bajo el brazo de la nigromante.

—¡Karim! —La lux se abalanzó sobre el niño, arrodillándose ante él y sujetando sus manos—. ¿Estás bien?

El muchacho le miró, sus ojos cansados y tristes, y en cuanto vio la expresión preocupada de Laura, no pudo evitar comenzar a llorar.

—Laura. —Parpadeó, confuso—. De verdad que estoy bien, pero... Yo...

—No pasa nada, Karim. —Laura apretó sus manos—. Es normal que no estés bien ahora mismo. ¿Recuerdas lo que te dije?

Karim asintió, limpiándose las lágrimas, aunque estas no dejaban de aflorar.

—Que es un proceso y no puedo curarme con un chasquido de dedos.

Laura asintió.

—Y no es malo querer llorar, Karim. —Le acarició el pelo con ternura—. Suéltalo y desahógate.

El joven bajó la cabeza, avergonzado.

—Date un poco de tregua, cielito —añadió Eris, colocando con delicadeza uno de los mechones de sus cabellos azabache tras su oreja—. Nadie es de piedra.

Karim dejó de contenerse, permitiendo que todo aquello brotara de su pecho. Todo aquel miedo, aquella adrenalina, aquella sensación de profunda

tristeza que le mordía el corazón. Su llanto era desesperado, sus gritos pedían ayuda como nunca antes lo había hecho, como nunca antes se había permitido a sí mismo hacerlo...

Eris le abrazó con fuerza, dejando que el muchacho llorase en su pecho, mientras Kali le acariciaba la espalda y Laura apretaba sus manos. Las tres le dedicaban palabras de consuelo y cariño, y fue gracias a ellas y su anterior charla mental con la lux que pudo convertir esos sentimientos negativos en algo positivo.

Porque ya no estaba solo.

Karim se permitió agarrarse a las ropas de la capitana y desahogarse por completo, notando el amor y cariño que le rodeaba, y percibió cómo su corazón se llenaba de esperanza.

Sí, no debía ser tan duro consigo mismo.

Desde siempre, desde que su madre desapareció, se había acostumbrado a ocultar sus sentimientos lo mejor que podía. A refrenar pensamientos que le disgustaban.

Había pasado toda su infancia tratando de vaciarse lo más posible, de volverse parte del decorado, de pasar desapercibido. Tratando de no acumular demasiada fe por su propio futuro. De controlarse, de contenerse y, de vez en cuando, escapar a mundos imaginarios donde todo era mejor, donde su madre no se había marchado y ellos aún eran una familia feliz.

Pero ahora lo sabía.

Reprimirse, controlar sus sentimientos hasta aquel punto, no era algo que debiera hacer.

Tenía que aprender a dejarse llevar. A ser más amable y a tener más seguridad consigo mismo. A tratarse como le gustaría que los demás le trataran.

Debía dejar de exigirse más que al resto. De echarse en cara todos los comportamientos que no le parecían adecuados cuando los hacía él mismo, pero sí cuando los hacían otros.

Debía conseguir relajarse más y, en definitiva, aprender a fluir con la

vida.

Porque ya no era aquel niño asustado, torturado física y mentalmente en una habitación sombría y austera. Ya no era tampoco el muchacho que, ante una sangrienta escena, había huido de sus recuerdos y, por consiguiente, de su salvadora.

A partir de ahora, iba a ser como siempre había querido ser.

Como siempre se había imaginado a sí mismo en aquellas fantasías.

No iba a ser fácil. Pero nadie conseguiría hacerle cambiar de opinión.

Al menos no después de verter su antiguo corazón allí, en el suelo de aquella habitación, y sentir que crecía uno nuevo en su pecho.

Ya estaba bien de pasarlo mal, se dijo, sus últimas lágrimas empapando la camisa de Eris, y cuando se frotó los ojos, apartándose de ella, solo quedaba una sonrisa triste en su rostro.

—Gracias por todo. De verdad —dijo, y la sinceridad de sus palabras hizo que, esta vez, las que se echaran a llorar fueran Eris y Laura.

—¡Maldita sea, se me ha entrado algo en los ojos! —exclamó Eris, restregándose el antebrazo por la cara insistentemente.

—Karim... —susurró Laura, observándole conforme hacía pucheros.

—¡P... pero no lloréis! —Karim elevó las manos, apurado, mirando a una y a otra.

Kali se echó a reír y le revolvió el pelo.

—Muchacho, eres uno en un millón —le dijo, su tono cariñoso, y Karim esbozó una tímida sonrisa.

Shaneequa, mientras tanto, había vivido todo esto apoyada contra la puerta, muda, su gesto ligeramente satisfecho por presenciar aquel cambio.

—¡Hija de la Luna! ¿No va a decirle nada a su pupilo? —preguntó Kali.

Ella se acercó a paso lento y, con parsimonia, se puso frente a Kali de pie, junto a Laura, y colocó una de sus manos en el hombro de Karim.

—Creo que no es necesario que le diga nada. —Esbozó una leve sonrisa,

ladeando la cabeza—. ¿Me equivoco, Karim?

El muchacho la observó un par de segundos con la boca abierta.

Le devolvió la sonrisa, bajando la mirada, vergonzoso.

—No, no hace falta —susurró, sonrojándose.

Al fin y al cabo, lo había dicho todo al no intervenir.

—¿Cómo están esos cretinos malparidos? —preguntó Eris, sus lágrimas al fin cesando.

—Julio, Esmeralda y Pat les están tratando —respondió Shaneequa, pasándose una mano por sus cabellos.

—Espero que les estén haciendo sufrir —murmuró Laura, irguiéndose, su ceño fruncido.

—Están siendo más agresivos que de costumbre, sí —replicó ella—. Nunca he visto a nadie colocar unos hombros dislocados con tanta furia.

—Yo si fuera ellos no sé si les curaría siquiera —gruñó Eris.

Laura suspiró.

—Como lux, es nuestro deber atender a todos los heridos, sean aliados o enemigos —dijo en un tono monótono—. No estoy muy de acuerdo en este caso, pero especialmente para un animax, es muy importante cumplir su promesa.

—¿Por qué? —inquirió Karim, sus ojos aún hinchados repletos de curiosidad.

—Hoy en día, si eres un mago blanco, estudias en la Academia Luz del Mañana, Karim. —Laura le dio un toquecito en la nariz—. Y allí, si consigues llegar al último año, se te da el título de lux, y en la ceremonia, se te hace jurar eso, entre otras cosas.

—¿Y los animax qué tienen que ver?

—La Academia Luz del Mañana está en Miríade —explicó Laura, cruzándose de brazos—. A la mayoría de los elfos no les gusta compartir escuela con otras especies, sobre todo los animax.

—¿Pero por qué? —insistió él.

—Los animax eran vistos como engendros por todas las especies, hace miles de años —respondió Eris, sacudiendo la cabeza—. Por todas menos por las ninfas, que sabíamos cómo era ser diferente a los demás...

—Por eso a los elfos no les gustó nada cuando con el Tratado de Paz tuvieron que abrir las puertas de la Academia a todas las especies, incluyendo a duendes y animax —suspiró Laura—. Especialmente odiaron tener que aceptar animax, porque al fin y al cabo los duendes jamás pueden llegar a ser lux.

—Los elfos son unos estúpidos —gruñó Kali—. Sin ánimo de ofender, Laura.

Ella se encogió de hombros.

—Es cierto, así que no me ofende —replicó.

—¿Pero qué tiene que ver todo esto con los animax? —Karim frunció el ceño, enfadado por tantas continuas divagaciones y requiebros.

—Esos imbéciles son humanos nigromantes, Karim —respondió Laura—. Tienen influencia en la otra Academia, la Academia Eclipse Lunar, que está en Delinne. Ambas academias tienen una alianza. A regañadientes, pero la tienen al fin y al cabo.

—Y si ellos filtran la palabra de que los representantes de los animax de este año no les han ayudado cuando les han herido... —suspiró Eris—. El acuerdo que tienen de dejarlos estudiar allí podría romperse, o ellos podrían ser asesinados, o ambas cosas.

—Pero han sido ellos los que han sido malas personas —repuso Karim, sorprendido.

—En este mundo, eso no importa si tienes poder —replicó Shaneequa, su voz amarga.

El silencio invadió la habitación durante unos instantes.

—¿Pero, y con Tony y conmigo qué va a pasar?

—¿A qué te refieres, cielito? —inquirió Eris, su voz dulce.

—Los dos hemos atacado a esos... humanos —dijo, mordiéndose el labio.

—¡Oh, Karim! —rio Eris—. ¡De verdad, qué mono eres!

Karim la miró, confuso.

—¿Y esto a qué viene?

Laura no pudo reprimir unas carcajadas, divertida.

—Karim, los magos oscuros y los nigromantes no tienen que atenerse a ningún juramento —explicó Eris—. Es algo normal que combatan entre ellos.

—Y por tu parte —añadió Kali—, no tienes de qué preocuparte. Ni siquiera estás registrado como mago.

—¿Y no sería mejor que yo fuera a una de esas academias? —inquirió él, su tono inocente.

De nuevo el silencio se instauró en el cuarto durante unos momentos, todas las presentes intercambiando miradas cómplices entre sí.

—¿Podéis contarme qué está pasando? —suspiró Karim, cansado.

—Karim. —Laura volvió a agacharse ante él—. ¿No te dijo nada el nigromante de antes?

—Bueno, me dijo que pertenecía a Delinne, no a donde quiera que me estuvieran llevando. —El muchacho parpadeó, perplejo—. ¿Acaso eso es importante?

Laura suspiró y se puso en pie de nuevo.

—¿Quién se lo explica? —preguntó.

—Verás, Karim —empezó Shaneequa—. Los magos rojos han sido casi siempre humanos.

—¿Casi siempre?

—La única excepción es Farha, una maga roja medio elfa y medio humana —aclaró, cerrando los ojos con fuerza unos segundos—. Todos los demás han sido humanos. Es decir, de Delinne.

—¿Y qué? —Karim se revolvió en su sitio.

—Los magos rojos siempre han sido envidiados, el orgullo de la humanidad. Y por eso, tras la muerte de Farha se aumentó el control sobre estos, para que ninguno volviera a desaparecer.

—¿Qué... qué quieres decir? —Karim apretó sus puños, sintiendo que ciertas piezas comenzaban a encajar.

—Cuando Farha existía, había alrededor de cien magos rojos. —Shaneequa suspiró—. Como eran considerados los mejores magos de los que se tenía constancia, los demás países hicieron una cacería.

—¿Ca... cacería? —tartamudeó él.

Shaneequa asintió.

—Para cuando Farha murió, apenas quedaban veinte. El gobierno de Delinne se dio cuenta de que esto no era en absoluto beneficioso para ellos, así que comenzó a imponer restricciones.

—Pero... Eso fue hace mucho tiempo, ¿no? —Torció el gesto.

—Tras la Guerra Entre Especies, hace más de un siglo, todas las naciones fueron obligadas a firmar el Tratado de Paz —continuó Shaneequa, su rostro impasible—. Y la cacería paró oficialmente.

—Eso es bueno, ¿no?

—Ha dicho oficialmente, Karim —susurró Laura, incómoda, mirando hacia el suelo.

El estómago de Karim se revolvió.

—Por supuesto, los sicarios como tú y como yo están fuera de la ley —explicó Shaneequa—. Y, aunque a mí me parece repulsivo secuestrar personas, hay gente que lo haría por cualquier precio.

—¿Cuántos magos rojos quedan ahora? —musitó Karim, sus ojos fijos en sus pies.

—Tres —respondió ella, fría—. Contigo, cuatro.

—¿Y dónde están?

—A eso vamos, Karim —replicó ella—. Debido a esto, el gobierno de Delinne tomó la decisión de proteger a sus magos rojos. Y la forma de hacerlo es mantenerlos controlados todo el tiempo, a todas horas, monitorizados por nigromantes y lux. Siempre vigilados, siempre encerrados, obligados a hacer todo lo que el presidente les pida.

—Como pájaros enjaulados. —Karim repitió unas palabras que había escuchado hacía mucho, mucho tiempo.

—Exactamente así. —Shaneequa se llevó una mano al rostro y suspiró—. Y esos nigromantes querían llevarte allí. Volverte un prisionero, un esclavo.

—Pero eso... eso es horrible... —susurró Karim.

—Desde su punto de vista, están haciéndote un favor —gruñó Laura—. Aunque, obviamente, no es así en absoluto.

—Pero... mi madre estuvo conmigo durante unos años... Y nadie la vigilaba —repuso él, levantando la vista hacia su tutora.

—Algunos magos rojos consiguieron esconderse tras la Guerra Entre Especies —respondió ella—. Trataban de no salir, protegiéndose a sí mismos y a los hijos que resultaran ser también magos rojos. Para hacer la compra o ir a pasear, adquirirían una apariencia alternativa utilizando magia blanca sobre ellos mismos o sus críos. Pero hace muchos años que los pocos que quedaban fueron descubiertos y, o bien amenazados para ponerse bajo tutela del gobierno, o bien secuestrados, o bien asesinados.

—¿Hace cuántos años de eso? —Karim temblaba. Toda aquella descripción le resultaba demasiado familiar.

Shaneequa le miró con fijeza unos segundos.

—Doce años —respondió, su voz solemne.

Y Karim, por toda respuesta, se echó a llorar de nuevo.

Sin embargo, esta vez era un llanto suave. Un llanto de alivio.

—Ella... no nos abandonó después de todo —susurró, entre lágrimas, sonriente.

Las presentes, esta vez, no supieron qué hacer ante su expresión.

Y entonces, como una señal de buena suerte y esperanza, los primeros rayos de sol aparecieron por el horizonte.

Capítulo 21
Cambio de planes

El resto de los días pasaron perezosamente, como una flor abriéndose poco a poco.

Al principio, Karim estaba aún preocupado por lo que pudiera pasar con los humanos, pero estos ni siquiera se atrevieron a mirar en su dirección en los breves momentos en los que coincidían en cubierta. Pronto, los nigromantes abandonaron el barco en otro puerto de Delinne y, por fin, tanto pasajeros como tripulación pudieron respirar tranquilos.

Lo que quedaba de viaje transcurrió entre risas y anécdotas, en un ambiente distendido y amable que permitió que Karim se relajara de verdad.

Sin embargo, la noche antes del desembarco de Shaneequa y su pupilo, casi una semana tras su partida, hubo un imprevisto.

Sucedió justo tras la cena, cuando todos los magos se encontraban haciendo un círculo alrededor del fuego creado por Shaneequa, charlando con animosidad.

—¿Hacia dónde vais vosotros? —inquirió Karim, sorbiendo zumo de su vaso.

—Nosotros volvemos a Alma —respondió Pat—. Cada uno a su ciudad, hasta que la suerte o el destino nos reúna de nuevo.

—¡Vamos, Pat! —Bárbara le dio un codazo—. Sabes que voy a ir a tocarte las narices en cuanto tenga tiempo libre.

El hombre libélula le observó con sus ojos caleidoscópicos.

—¿Te crees que voy a dejar que una rana vaya a la ciudad de los insectos?

Bárbara se echó a reír, dándose palmadas en la rodilla.

—¡Sabía que dirías algo así! Entonces, Julio, ¿puedo ir a la tuya? —La lux se echó hacia delante, de forma que su compañero pudiera verla.

—Como te atrevas a acercarte a mí a menos de cinco bosques después de esto, te prometo que te saco los ojos de un picotazo, Barb —replicó él, calmo, y continuó bebiendo cerveza.

—Ua, eso es frío —dijo Laura.

—¿Y vosotros dónde vais? —Esmeralda se giró hacia Laura mientras Barb le sacaba la lengua y le hacía gestos obscenos a Julio, que trataba de ignorarla como bien podía.

—A Arrecife —respondió ella—. Ernesto no se encuentra bien. A decir verdad, ya nos están esperando un par de personas por allí.

—Así que vais a nuestra patria. —Pat esbozó una tímida sonrisa—. ¿Quiénes os esperan?

—Bueno, tenemos a un hada de aire y una ninfa de agua esperando —respondió ella, sus dedos en su barbilla, sus ojos hacia el cielo.

—¿Pero les conocéis? —inquirió Karim, entusiasmado por el tema de conversación.

—Claro. —Laura sonrió y se dirigió hacia Tony—. ¿Hace cuánto que conocemos a Saehi y Chie?

Justo cuando ella pronunció aquellas palabras, Shaneequa escupió toda el agua que acababa de sorber, empapando por completo a Tony, que estaba sentado a su lado.

—...No era necesario que hicieras esto, Shan —suspiró el nigromante, sus gafas llenas de gotitas, su gesto exasperado.

—¿Saehi? —dijo ella por toda respuesta mientras, con un par de gestos de sus dedos, extraía el agua sobrante del ropaje, gafas y pelo del duende y la lanzaba por la borda.

—Sí, ¿qué pasa? —Laura pestañeó, confusa—. Ya sé qué la conoces, así que no entiendo qué te sorprende tanto.

—Bueno, me sorprende que precisamente a ella era a quien íbamos a ver

mañana en Madir. —Shaneequa suspiró, dejando el vaso ante ella y pasándose una mano por sus cabellos siempre húmedos.

—La avisamos a toda prisa, Shan —respondió Tony, llevándose su copa decorada con una sombrillita a los labios.

—Sí, tuvo que salir corriendo hace una semana —añadió Laura—. Ernesto ha empezado a desarrollar tumores a una velocidad vertiginosa y por desgracia no podíamos ir para allá más rápido, así que ella se adelantó.

—Así que Saehi ha ido porque él no puede siquiera levantarse de la cama para ir a tomar aire —completó Shaneequa.

Laura asintió.

—Así es.

Shaneequa cerró los ojos, cansada, durante unos segundos. Acto seguido, inspiró profundamente y elevó las manos, su mirada fija en la fogata.

—Está bien, esto no cambia mucho de momento. —Elevó la cabeza, clavando sus pupilas en Laura—. Llevaos a Karim con vosotros.

—¿¿Cómo?! —Esta vez, quien casi se ahogó con su bebida fue el muchacho.

—Saehi es tu maestra del aire, Karim —dijo ella—. Y yo tengo que irme mañana.

—¿Que tienes que irte mañana? ¿A dónde? —Aquellas palabras le inquietaron, y más aún que no le hubiera avisado hasta aquel momento.

—Una misión, Karim. —Las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente—. Una misión en la que tú solo estorbarías, de momento.

—Por mí no hay problema —se apresuró a comentar Laura, evitando un silencio incómodo—. ¿Tú qué opinas?

Tony se encogió de hombros.

—Que venga. —Se subió las gafas con cuidado—. No tardaremos más de una semana en terminar de tratarle.

—En ese caso, que después se marche con Saehi a su casa. —Shaneequa frunció los labios y dio una palmada—. Bien, decidido. Karim, te dejo en buenas manos.

El muchacho asintió, nervioso por la aventura que se avecinaba, alejando pensamientos negativos, y entonces su maestra se puso en pie.

—Me voy a la cama. —Se despidió con un gesto de cabeza—. Hasta mañana.

—¡Hasta mañana! —corearon todos a la vez, interrumpiendo sus conversaciones durante un instante.

Y cuando Shaneequa hubo desaparecido por las escaleras, el fuego aún presente pese a ello, una pregunta surgió en la mente de Karim.

—¿Y qué es ese sitio?

—¿Arrecife? —Laura esbozó una amplia sonrisa—. Es una de las dos ciudades de annimax acuáticos.

—¿Annimax... acuáticos? —repitió Karim, atónito.

Ella asintió.

—Eso quiere decir que... ¿Están bajo el agua?

Laura se echó a reír.

—Por supuesto. —Le dio un golpe amistoso en el hombro—. ¿Por qué si no iban a estar Saehi y Chie allí, aparte de para ayudar a Ernesto?

—¿Para qué? —El rostro de Karim se iluminó.

—Saehi es un hada de aire y Chie es parte de la tripulación de Eris —explicó Tony, revolviendo su cóctel—. También va a venir Ardhanari.

—¿Ardhanari?

—Otra ninfa de agua, como Chie y Eris —dijo Laura—. Seguro que le has visto por aquí, es bastante delgado y tiene el pelo siempre recogido en una coleta.

—Creía que todas las ninfas eran mujeres —musitó él, rascándose la cabeza.

—Las ninfas no son mujeres ni hombres —comentó Tony—. Es cierto que tienen pechos, pero también son hermafroditas.

—Oh. —Karim enarcó las cejas, sorprendido—. No lo sabía.

—Pues ahora sí —rio Laura.

—Pero ¿para qué necesitamos ayuda de ellas? —insistió Karim.

—Hasta donde yo sé, Karim, nadie excepto los annimax acuáticos pueden respirar bajo el agua o moverse con agilidad en ella. —Tony soltó una suave carcajada y elevó su copa—. Pero si tú puedes, brindo por ti.

Laura le lanzó una mirada fulminante.

—Creo que has tenido suficientes cócteles por hoy.

—No eres mi madre —replicó él, cortante, llevándose la bebida a los

labios sin dejar de observar fijamente a su compañera, desafiante.

Karim, mientras tanto, había elevado la cabeza, observando con admiración el cielo nocturno. Poco a poco, sintió que desconectaba de todas las conversaciones y, sintiéndose en paz con el propio universo, cerró los ojos, dejando que la brisa marina agitara sus cabellos, las palabras de sus amigos llegando a sus oídos como si se encontrara en el fondo del mar.

Y, sin quererlo, se quedó dormido.

Capítulo 22

Preludio

—Karim.

El muchacho gimió y abrió los ojos con lentitud.

Parpadeó, confuso.

Estaba en la cama de Eris, aún con las ropas del día anterior. Ante él, Laura le dedicaba una dulce sonrisa.

—Buenos días, campeón —susurró—. Has dormido casi doce horas.

—¿Doce horas? —Karim se sentó con rapidez, asustado—. ¿Y Shaneequa?

—Se fue hace unas siete horas —rio—. No es de dormir mucho.

Karim se frotó los ojos, confuso, conforme se acostumbraba a la luz del día de nuevo.

—Entonces, ¿ya es la hora de comer?

Laura asintió, divertida.

—Y poco después llegaremos, así que prepárate. —Le pellizcó con suavidad una mejilla y, sin añadir nada más, se irguió y se dirigió hacia la puerta.

Karim se despidió de ella con la mano y se sentó al borde de la cama, desperezándose con un gran bostezo.

Se permitió contemplar sus propios pies durante unos segundos, moviendo sus dedos ante los rayos del sol. Esbozó una sonrisa y, dando una palmada, se levantó, animado.

Quince minutos más tarde, estaba en la cubierta. Eris se encontraba con Laura y Tony, los tres en la popa, enfrascados en una intensa conversación.

Karim se acercó con precaución, curioso, y cuanto más próximo estaba a ellos, menos entendía.

—Te digo que sabremos localizarles —decía Laura, agitada.

—Como nos ahogemos ahí abajo te vas a acordar de mí —gruñó Tony en respuesta, cruzándose de brazos.

—Ardi sabe qué tiene que hacer y a dónde va, Tony. —Eris le pasó un brazo por los hombros y restregó su rostro contra la camisa del nigromante—. Vamos, no seas enfadón.

—Ardhanari es apenas un niño —replicó él. Sin embargo, no rechazó sus gestos cariñosos.

—Oh, pero tiene mucho talento. —Eris le dio un toque en la nariz y rio—. No por nada está ya en este barco.

Tony calló, frunciendo el ceño.

Fue entonces cuando la tríada vio al pequeño mago rojo.

—¡Karim! ¡Hola! —Eris se acercó a él rápidamente y le apretó el rostro, llenándole de besos—. ¡Qué guapo eres, madre mía!

Karim hacía lo que podía por zafarse de sus manos, pero la ninfa era fuerte y tenaz.

—¡Eris, déjame! —comenzó a exclamar, al borde de la risa.

La ninfa se separó, su gesto insatisfecho.

—Mala persona... —musitó, su boca en forma de beso todavía.

—¿De qué hablabais?

—De nada importante, Karim —dijo Laura, y ante estas palabras Tony bufó. Laura le ignoró—. ¿Tienes hambre?

Karim decidió no preocuparse por la conversación que acababa de escuchar y asintió. Sus tripas, como si hubieran decidido apoyarle, comenzaron a rugir.

Laura y Eris rieron, divertidas.

—Ven, cielito, voy a darte unas legumbres —dijo la capitana, y se dirigió a unas cajas cercanas. Desató las cuerdas, dejando que la tela cayera al suelo, y con cuidado abrió un baúl de madera muy simple y extrajo una lata

—. No es lo mejor del mundo y está frío porque Shani no puede calentarlo, pero es mejor que nada, ¿no crees? —le dedicó una amplia sonrisa y le tendió su comida.

—Gracias —respondió Karim, indiferente. Había ingerido cosas peores.

—¿No le das un abrelatas ni una cuchara? —suspiró Laura.

—¿Abrelatas? ¿Para qué tenemos aquí a un nigromante entonces? —rio Eris por respuesta—. Ahora mismo traigo la cuchara.

Eris se marchó hacia la proa y, mientras tanto, Tony, sin decir absolutamente nada, cogió el bote y, haciendo con su dedo un rápido círculo sobre él, lo abrió. Con otro dedo, hizo que la tapa se elevara y, justo cuando estaba en pleno vuelo, cerró el puño, haciendo que esta se arrugara como si fuera un papel. Justo antes de que cayera al suelo, la atrapó con un gesto natural.

Karim se quedó boquiabierto, sus manos aún extendidas, y seguía igual cuando Tony le devolvió la conserva.

—...¿Qué pasa? —inquirió el nigromante, extrañado.

—Qué guay... —susurró Karim, sus ojos destellando admiración.

—N... No es para tanto. —Tony desvió la mirada, vergonzoso, llevándose la mano libre a la nuca.

Laura ahogó una carcajada.

—Míralo, se hace el difícil —dijo, burlona.

—Cállate —siseó Tony, su ceño fruncido, dándole un golpe en el costado.

Sin embargo, esto no amainó la risa de Laura sino que, por el contrario, la avivó hasta tal punto que para cuando Eris regresó con el cubierto prometido, Tony estaba de espaldas a Laura, malhumorado, cruzado de brazos, y la lux se hallaba en el suelo, llorando de la risa.

Karim había contemplado todo esto entre divertido y confuso, sin entender a qué venía aquella reacción por parte de la elfa.

—Aquí tienes —le dijo Eris, tendiéndole la cuchara e ignorándolos

categoricamente.

Karim la miró, cogiéndola, y volvió a observar a aquel dúo tan singular. Perplejo, se giró de nuevo hacia Eris, sus ojos interrogantes.

—¿Esto? Ah, no te preocupes, son así todo el rato. —La capitana le quitó importancia moviendo la mano con desdén—. No les hagas ni caso, bonito. —Le pellizcó la mejilla y, tras besarle la frente con ternura, se marchó a proa de nuevo a paso ligero.

El muchacho devoró las legumbres mientras Laura y Tony se reconciliaban. Legumbres que, a pesar de todo, no sabían del todo mal, y cuando quiso darse cuenta, Eris comenzó a silbar y dar órdenes por doquier. El movimiento sobre cubierta aumentó, las ninfas yendo de acá para allá frenéticamente.

—Estamos llegando —dijo Tony, recostado contra la borda, otra vez sentado.

Karim tragó saliva, sintiendo que sus nervios le pasaban factura.

—Creo que voy a vomitar —susurró, angustiado.

—Tranquilo —respondió Tony, sereno—. Dentro de unos minutos no podrás hacerlo o te ahogarás.

—¡Tony! —exclamó Laura.

El duende se encogió de hombros y esbozó una leve sonrisa. Acto seguido, se puso en pie y sacudió sus ropas.

—Vamos allá, supongo —suspiró, y sin esperarles comenzó a dirigirse a donde se encontraba Eris.

—Vamos, Karim —sonrió Laura, levantándose también y animando al joven a que hiciera lo mismo.

Él, sintiendo sus piernas temblar, consiguió erguirse. Dejó que Laura se adelantara un poco y, entonces, inspiró en profundidad, llenándose los pulmones por completo, y dejó que el aire saliera poco a poco de él, calmándose.

Iba a encontrarse con su nueva maestra.

Una sonrisa afloró en sus labios, y entonces, un pie tras otro, se dirigió hacia su destino.

Capítulo 23

Ninfas y hadas

El barco no tardó en quedarse quieto e, inmediatamente, Karim sintió que este se elevaba en el aire.

—¿Qué... Qué está pasando?! —exclamó, asustado, agarrado con todas sus fuerzas a la borda. Observó, atónito, cómo el mar se alejaba del barco, como si ellos estuvieran volando.

—De alguna manera tendréis que bajar, Karim —respondió Eris, que no dejaba de hacer gestos con los brazos, y con un movimiento de cabeza, hizo que una escalera de agua salada apareciera a la altura de la pasarela.

Una ninfa con coleta la bajó con rapidez y se giró hacia ellos.

—¿Estáis listos?

Laura y Tony asintieron.

—¿Y tú?

Karim le miró, perplejo. Aquel debía ser Ardhanari.

Le resultaba familiar de haberle visto alguna vez por el barco, pero por algún motivo le extrañó lo joven que parecía... Casi tanto como él. Asintió también, curioso por el muchacho.

—Entonces, vámonos —dijo él, y se hizo a un lado, dejando pasar a los magos primero.

Karim se despidió de la tripulación con una sonrisa y comenzó a bajar las escaleras detrás de Laura y Tony, con cuidado de no resbalarse y caer sobre ellos, algo que produciría un desastroso efecto dominó. Tras él, Ardhanari caminaba con agilidad por la estructura, como si lo hiciera todos los días.

Justo antes de llegar al nivel del mar, la procesión se paró en seco. Sin intercambiar una sola palabra, Laura empezó a entrar en el océano mientras

Ardhanari realizaba movimientos con su cabeza y hombros, y Karim se sorprendió al notar que había escalones bajo la superficie que se hundían hasta lo más profundo.

Una vez Laura estuvo totalmente sumergida, Tony le siguió y, acto seguido, Karim fue tras ellos sin pestañear.

Le resultó extraño, una vez su barbilla estuvo bajo la superficie, notar que esta no se mojaba en absoluto. Cuando por fin sus ojos estuvieron bajo el agua, se percató de lo que sucedía.

Tanto Laura como Tony tenían alrededor de su cabeza una gran burbuja de aire.

Una vez estuvo a su altura, Laura le tocó el hombro. Al instante, notó que tanto sus pensamientos, como los de Tony y los de la propia lux, estaban en contacto, como si fueran la misma mente.

«¿Quién ha hecho esto?».

Laura sonrió y señaló tras él.

Ardhanari bajaba los últimos peldaños, pero ya no era el niño de antes. Su cuerpo, por el contrario, parecía estar totalmente licuado: era translúcido, casi fusionándose con el agua a su alrededor. Solo los rayos del sol que le golpeaban a contraluz desvelaban su figura.

Ardhanari se acercó a ellos y tocó tres veces el último escalón. De forma inmediata, estos se disolvieron y, unos metros más allá, Karim observó que la sombra del barco descendía de nuevo junto con la descomunal columna acuosa que la sostenía, posándose suavemente sobre el océano.

Laura le puso la mano en el hombro a él también, y fue entonces cuando Karim se dio cuenta de que se encontraba justo bajo el mar, donde ninguna especie, en general, debería poder ir.

«Por aquí», dijo Ardhanari, tomando la delantera con su poder. «Solo tenemos media hora antes de que vuestro oxígeno se acabe».

Karim no dijo nada, aunque aquello le inquietó. Preocuparse, después de todo, no era muy útil en esa situación.

Ardhanari les ordenó colocarse tras él y, entonces, envolvió a todo el

grupo en una burbuja menos densa que el mar. Karim, gratamente impresionado, sintió que era algo parecido a volar.

Y antes de que nadie pudiera decir nada más, Ardhanari les impulsó con fuerza hacia delante, moviendo sin parar sus manos y cabeza.

Pronto, el inhóspito suelo de piedra dio lugar a un barranco. La ninfa se arrojó por él sin preocupaciones, primero hacia abajo y, una vez casi se dieron de bruces con el suelo, hacia delante. Esto se repitió varias veces, y tras atravesar unas cuevas que brillaban con luces azuladas, casi místicas, llegaron a una calle sin salida.

«Nos hemos perdido», afirmó Tony. «Os lo dije».

Ardhanari soltó una carcajada.

«No estamos perdidos en absoluto».

Señaló hacia arriba y, apenas un momento después de que los magos se percataran del gran túnel vertical bajo el que se encontraban, Ardhanari los lanzó por él a la mayor velocidad que Karim jamás habían sentido en su cuerpo.

Por fin, tras un minuto que pareció interminable, salieron del túnel como una bala, y la ninfa hizo que la burbuja se ralentizara poco a poco hasta quedar flotando sobre un paisaje increíble.

Una gran meseta se presentaba ante sus ojos. A su alrededor, miles, millones de esponjas de diversos colores, anémonas y demás fauna y flora marina se extendían hasta donde llegaba la vista, el agua tan clara como el mismísimo aire. En la meseta en sí, una ciudad compuesta por caminos de piedras de colores y conchas y casas construidas en rocas, cubiertas de montones de plantas y vida marina, les saludó. En medio de esta, un edificio de piedra rosa se elevaba por encima de los demás.

«Precioso, ¿verdad?», dijo Ardhanari. «Os llevaré ante Ernesto».

De nuevo, puso en marcha la burbuja y, en apenas un suspiro, se encontraron ante la casa rosada y sus puertas llenas de corales rojizos. La ninfa deshizo su vehículo y les hizo quedarse firmemente pegados al suelo con algunos gestos de dedos, facilitándoles además el movimiento por el

agua.

«Mañana tendré que renovar vuestro anclaje, pero por hoy estáis bien», comentó, como si aquello fuera algo cotidiano, su cuerpo casi líquido flotando a su lado con total tranquilidad. «Creo que deberíais llamar ya».

La ninfa echó un vistazo a su alrededor.

Un montón de personas de ojos saltones y pieles cubiertas de escamas les miraban con curiosidad. A pesar de que Karim no podía escuchar sus pensamientos, sabía que todos aquellos animax acuáticos hablaban sobre ellos.

«Allá vamos», dijo Laura, inspirando con fuerza, y tocó en la puerta con fuerza.

Unos segundos más tarde, esta se abrió, y una figura también translúcida, bajita y regordeta, apareció tras ella.

La nueva ninfa esbozó una sonrisa, y Laura la correspondió, tocándola en el hombro.

«Hola, Tony, hola, Laura, hola, Ardi», dijo, dulce. «¿Quién es nuestro invitado?».

«Te lo explicaremos dentro, Chie», repuso Laura, mirando, nerviosa, a los curiosos a su alrededor.

Chie no rechistó y se hizo a un lado, invitándoles a entrar.

Una vez la puerta estuvo cerrada tras ellos, la ninfa comenzó a contarles todo lo que estaba sucediendo en aquel momento.

«Saehi y yo hemos estado ayudando a Ernesto con su enfermedad, pero no ha tenido mejoría ninguna», suspiró, sacudiendo la cabeza, conduciéndoles a través del hermoso palacio, que parecía de mármol rosado, sus muebles de piedra blanca. «Nos preocupaba que si tardabais un día más, Ernesto podría no contarle...».

«Entonces hemos llegado en buen momento», respondió Laura. «¿Su familia cómo está?».

«Decaídos», sacudió la cabeza. «Su esposa y su hijo no quieren

abandonar su lecho por si algo ocurriese, y tanto el mayordomo como la criada están muy afligidos».

«Ya veo, por eso has sido tú la que ha venido a abrirnos la puerta», replicó Tony.

Chie asintió, subiendo unas grandes escaleras.

«Casi no son capaces de cocinar y hacer las tareas básicas», explicó, su tono preocupado. «Azahara incluso se ha puesto enferma de pura angustia y está ahora mismo en cama».

«¿También necesita tratamiento?», Tony enarcó las cejas.

«Lo suyo es una enfermedad de pura pena, no físico o mental», repuso ella. «No es algo que vosotros podáis tratar».

«Espero que se ponga bien una vez pase todo esto», añadió Laura.

Chie se paró ante unas puertas también blancas, estas con un intrínseco diseño esculpido en la roca, y miró un momento hacia ella antes de llamar.

«Eso espero yo también».

Tras unos segundos, las puertas se abrieron y la habitación apareció ante sus ojos.

Las paredes del cuarto eran de un hermoso mármol rosa, igual que el del resto de la casa, y los muebles de piedras translúcidas que, a pesar de todo, no dejaban ver lo que tenían dentro. Repartidas por el cuarto, plantas acuáticas colgaban de aquí y allá, e incluso algunos mosaicos hechos de pequeñas piedras redondas decoraban las paredes. A la derecha, un gran espejo alargado ocupaba casi medio muro.

Justo frente a ellos, en una enorme cama de agua con dosel, un gran animax les contemplaba con ojos entrecerrados. Medía alrededor de cuatro metros y, al igual que los otros dos seres a su lado, aunque era antropomorfo, no tenía nariz ni cabellos y lucía una gran cola, su piel azulada. Sus brazos estaban tendidos a sus costados, junto a sus aletas, y tenía un aspecto demacrado y grisáceo, como si estuviera en sus últimos momentos de vida. Algunas arrugas adornaban su rostro, revelando que no era precisamente joven.

A su lado, dos animax más le contemplaban con angustia. Uno medía alrededor de cinco metros y parecía ser su esposa por las pulseras que lucía en sus muñecas. El otro apenas superaba los tres metros, por lo que Karim pronto dedujo que debía ser su hijo.

Ambos se encontraban sentados junto al lecho, observando cómo una minúscula figura movía sus manos. Fue entonces cuando Karim se percató de que el animax postrado en cama tenía una burbuja en su pecho, donde se situaba un agujero, aunque nada parecía estar cambiando a pesar de las acciones de la figura.

Laura se acercó, agachando la cabeza como saludo, y tocó a todos los presentes uno tras otro.

Karim la siguió con la mirada y, finalmente, distinguió el rostro de la pequeña figura.

Se trataba de una mujer joven, de pelo blanco y corto. Sus ojos, afilados, eran del color de la miel, y su piel de color almendra contrastaba con el color de sus cabellos. Sus pecas y su baja estatura le daban un toque adorable que, sin embargo, su ceño fruncido y gesto enfadado contrarrestaban casi en su totalidad.

Una vez Laura hubo tocado al hada de aire, esta no tardó en hablar, resoplando dentro de su burbuja.

«Ya era hora, ¿no?», se giró hacia los demás conforme se acercaban a la cama. «¿Y este niño quién es?».

«Es Ardi, Saehi», respondió Chie en tono calmo.

«¡Él no, cabeza hueca! ¡El de los ojos negros!».

«Soy Karim», dijo él, apresurado, dando un paso al frente. Apenas era capaz de contener su emoción. «Shaneequa me dijo que tú ibas a ser mi maestra de aire».

Saehi parpadeó, confusa, enarcando sus cejas.

«Oh, así que así están las cosas».

«Shan dijo que una vez acabásemos aquí te lo llevaras para casa», añadió Tony.

«O sea que me toca hacer de niñera», bufó el hada.

Tony rio, divertido.

«Sí, así es».

«Disculpen, señora y señorito Sánchez», dijo Laura, volviéndose hacia los animax y haciendo una profunda reverencia. «Perdonen nuestra repentina intrusión».

Tony, dándose cuenta de la situación, la imitó con rapidez.

«Entiendo que tenéis cosas sobre las que hablar, Laura», respondió la mujer. «Pero, por favor, comenzad el tratamiento cuanto antes. No quiero ver a mi marido así durante más tiempo del necesario».

«¿Cuándo podéis empezar?», inquirió el hijo.

Laura se irguió, junto con Tony, y se miraron entre sí.

«Ahora mismo, señorito, pero deben abandonar el cuarto», dijo él.

«¡Tonterías!», exclamó la esposa.

«Señora Sánchez, comprenda que es un proceso delicado», explicó, su voz tranquila y profesional. «Es posible que el señor sufra durante el proceso y, aunque comprendemos su preocupación, debe entender que necesitamos la máxima concentración posible para realizar esta operación».

«Es una operación tremendamente delicada», añadió Tony en el mismo tono. «Nos llevará varios días limpiarle del todo y asegurarnos de que no vuelve a repetirse esto».

«¿Varios días?!», exclamó la esposa, escandalizada, apenas manteniéndose sentada. «¡Pensé que erais los mejores en esto!».

«Y lo somos, señora», replicó Tony. «Pero entienda que, dada la envergadura de su marido y la rapidez con la que este empeora, debemos ser cuidadosos y meticulosos hasta en el más mínimo detalle».

«Le garantizo que a peor no puede ir, señora», completó Laura. «Así que, por favor, le ruego que usted y el señorito abandonen el cuarto. En unas horas les avisaremos para que entren de nuevo y puedan ver a su esposo y padre».

La señora pareció pensarlo unos instantes, dubitativa. Al fin, suspiró.

«De acuerdo, confiaré en vosotros y en vuestra reputación».

«¡Pero, mamá!», protestó el hijo.

«¡Cállate, Luis!», replicó ella. «Vamos, vamos fuera. Vas a ponerte ahora mismo a estudiar».

Entre quejas, madre e hijo abandonaron el cuarto y, en cuanto las puertas se cerraron tras ellos, Tony y Laura suspiraron.

«Por los pelos», dijo Laura.

«Saehi, creo que va siendo hora de que nos cambies el oxígeno», repuso Tony, aliviado, estirando sus brazos. «Nos esperan unas horas complicadas».

Saehi suspiró y comenzó a mover sus manos como había hecho momentos antes al lado del animax.

Pronto, Karim notó que su respiración se volvía más ligera.

«¿Qué ha pasado?», inquirió, confuso, mirando a su alrededor.

«Que he evitado que os muráis por falta de oxígeno, eso ha pasado», respondió el hada.

«Y yo he hecho que vuestros residuos respiratorios no formen burbujas de aire innecesarias aquí abajo», añadió Chie, orgullosa.

Saehi puso los ojos en blanco.

«Sí, sí, lo sabemos».

«Bueno, callaos ya», gruñó Tony. «Y subamos al lado del paciente».

Chie y Ardhanari les impulsaron hacia arriba, logrando que todo el grupo se posara con suavidad junto al animax moribundo.

Tony se ajustó las gafas, humedeciendo la montura sin querer, y se arremangó.

«Laura, ¿estás lista?».

La elfa asintió, seria.

«Pues vamos a curar a este pobre hombre», repuso él.

Y, acto seguido, comenzó la operación, y Karim supo que jamás podría olvidar una escena tan majestuosa como aquella.

Capítulo 24

Instrucciones

Tony y Laura se colocaron de rodillas junto a su paciente. Con gesto decidido, la elfa posó una mano en la garganta del animax y otra en el hombro del duende.

«Dios mío», dijo ella, frunciendo los labios. «Pobrecito».

«Debe haber alrededor de cien», afirmó Tony. «No tenemos tiempo que perder. Laura, déjame ver el cerebro primero».

La elfa cerró los ojos un instante, y entonces el duende suspiró.

«Bien, aquí hay solo tres. Acabemos con estos antes de nada. Después iremos al corazón, pulmones, hígado y demás órganos».

«¿Crees que podremos eliminar todos esos hoy?», Laura sonaba realmente preocupada.

«No lo sé», respondió Tony. «Pero debemos intentarlo».

Y de esta forma, durante dos largas horas, Tony y Laura se mantuvieron totalmente concentrados en Ernesto, sus frentes cada vez más sudorosas, sus rostros cada vez más cansados, sus manos moviéndose por el torso y cabeza del paciente con presteza.

De vez en cuando, paraban para que Saehi y Chie renovaran el oxígeno de todos los presentes, conscientes de que si se ahogaban no serían de ninguna ayuda.

Al terminar, Laura apartó la mano de Tony, y ambos se levantaron a duras penas, doloridos.

«¿Hasta dónde habéis logrado llegar?», inquirió Saehi.

«Hemos conseguido eliminar alrededor de veinte tumores», Tony se frotó los ojos. «Cerebro, corazón, pulmones e hígado están libres por ahora».

«Están en proceso de sanación», añadió Laura, estirando sus brazos.

«Ahora debe reposar hasta la hora de la cena, y entonces podré aplicarle el tratamiento para que no vuelvan a aparecer».

Chie suspiró, pequeñas burbujas revoloteando alrededor de su boca.

«Al menos tenemos buenas noticias para su familia», dijo, contemplando el suelo.

«Vamos a hablar con ellos, Tony», dijo Laura, haciendo un gesto para que su compañero le siguiera.

La pareja de sanadores abandonó la sala con premura, nadando con gracilidad gracias a los poderes de Ardhanari.

«¿Y ahora qué?», preguntó Karim, incómodo por el repentino silencio.

«Ahora a comer algo», respondió Saehi. «Y después de comer empezaremos tu entrenamiento».

«¿Ya?», exclamó el mago rojo, sus ojos abriéndose de pura sorpresa, reflejando su entusiasmo.

«¿Qué te pensabas? ¿Que iba a dejar que hicieras el vago por ahí?». Saehi soltó una carcajada. «Entonces esa vieja bruja no me dejaría en paz cuando volviera».

Karim se reservó su opinión sobre que se refiriera a Shaneequa como “vieja bruja” y, emocionado, siguió a las ninfas y el hada hasta el comedor, bajando las escaleras.

Sin embargo, le sorprendió comprobar que lo que les esperaba para merendar era nada más y nada menos que pescado crudo y moluscos. Conteniendo su gesto de asco, Karim y sus acompañantes tomaron asiento alrededor de la hermosa mesa de cuarzo blanco y procedió a engullir, uno tras otro, los alimentos que había en su plato. Frente a él, Chie y Ardhanari conversaban de forma perezosa, y Saehi comía sin ganas.

«¿Y vuestros platos?», preguntó él, extrañado por la ausencia de estos frente a las ninfas.

«Las ninfas no necesitamos comer, tonto», replicó Ardhanari esbozando una mueca burlona.

«¡Ardi! ¡No seas borde!», protestó Chie.

«Tampoco os perdéis gran cosa», comentó Saehi entre dientes, su ceño fruncido conforme terminaba su último bocado. «Por lo que más quieras, Chie, dame agua».

Inmediatamente, el hada separó los labios y Chie hizo un leve gesto con el dedo. Una suave corriente de agua marina se introdujo en forma de torbellino en su boca con gentileza. Saehi no tardó en hacer un gesto de aprobación y, despacio, el torbellino se retrajo de nuevo hacia el océano.

«¡Yo también quiero!», exclamó Karim, su rostro brillando de pura ilusión.

Chie esbozó una sonrisa y repitió el proceso. Karim, sorprendido, notó que el agua que tocaba su lengua no era en absoluto salada.

Una vez el remolino cesó, Karim no pudo reprimir su curiosidad.

«¿Por qué no sabe a mar?».

«Porque la hago potable conforme entra en la burbuja», replicó Chie, orgullosa de sí misma.

«Bueno, basta de chorradas. Tenemos que volver para renovar el aire de Ernesto. Y tú, Karim», Saehi le señaló. «Vas a empezar tu entrenamiento».

El mago rojo asintió y se puso en pie de un salto con tanta fuerza que salió despedido hacia el techo, causando la risa de Chie.

«¡Ten cuidado!».

El muchacho bajó nadando, despacio, el rubor subiendo a sus mejillas.

Saehi entornó los ojos y, sin decir nada, abandonó el cuarto, seguida por las ninfas. Karim no tardó en alcanzarles y, no mucho después, se encontraban de nuevo en la habitación. Allí, alrededor de la cama, estaban Tony y Laura junto a la esposa y el hijo del animax.

«¿Cómo está el señor?», inquirió Saehi conforme se acercaba al lecho.

«Bastante mejor», replicó Tony. «Incluso parece tener algo más de color».

«¿De verdad que no va a volver a empeorar?», preguntó el niño animax, su gesto preocupado.

Su madre le pasó una mano sobre los hombros, su mirada llena del cansancio que solo una persona con un largo historial de vivencias dolorosas podría tener.

«Laura y Tony se encargarán de eso, cariño. ¿Verdad?».

«Así es, señorito», sonrió Laura. «No tiene de qué preocuparse».

El niño asintió, triste, no del todo convencido.

Antes de que nadie pudiera añadir o preguntar nada más, el hada repitió su ritual, renovando el aire de todos los que poseían burbujas. Acto seguido, asió a Karim del hombro y le arrastró fuera de la sala.

Una vez Chie hubo cerrado las puertas tras ellos, el hada se giró hacia el joven, elevando la cabeza desde su metro y medio de estatura para poder mirarle a los ojos.

«¿Estás preparado para empezar el entrenamiento?».

Karim asintió con vehemencia, su corazón latiendo con fuerza.

«Bien», Saehi torció los labios, pensativa. Suspiró y, entonces, sacudiendo la cabeza, le dio las instrucciones pertinentes, tratando de que se le entendiera lo mejor posible.

Una vez hubo acabado, Karim la contempló de hito en hito, perplejo ante la sencillez de sus indicaciones.

«O sea, ¿que solo tengo que tratar de mover el aire dentro de esta burbuja?».

Saehi asintió.

«Primero el que esté más cerca de ti. Deberías ser capaz de crear brisas y mantenerlas ahí dentro durante al menos una hora para cuando nos marchemos de aquí».

«¿Debería?», gimió Karim.

«Bueno, conseguiste ya dominar el rayo, ¿no es así?», las pupilas de

Saehi se clavaron en las suyas, taladrando su alma sin piedad, exigiendo una respuesta sincera.

«No diría dominar... Sé controlarlos más o menos bien, pero creo que aún tengo mucho que aprender...».

Saehi volvió a poner los ojos en blanco.

«Una vez controlas un elemento, eso significa que lo dominas. Otra cuestión es si eres maestro o no».

«Oh», Karim enarcó las cejas, sorprendido. «¡Entonces sí!».

Saehi sacudió la cabeza.

«En fin... Deberás practicar a todas horas. Y no puedo abandonar el lado de Ernesto hasta que esté recuperado del todo, así que estarás ahí conmigo».

«Sin problema».

«Y ni se te ocurra preguntarme absolutamente nada delante de la señora y el hijo, ¿entendido?», elevó un dedo, amenazadora.

«¿Por qué?», Karim frunció el ceño.

«Podrían considerarlo una falta de respeto», respondió ella, girándose y dando unos suaves golpes en las puertas. «Y créeme, si es así, no saldremos bien parados».

Karim se mantuvo en silencio conforme las puertas daban paso, de nuevo, a la habitación.

Inspiró, dándose valor a sí mismo.

No iba a defraudarla.

Capítulo 25

Las palabras de Ernesto

Y, de esta forma, la semana pasó con rapidez.

Cada mañana, tras desayunar pescado crudo con ellos, Tony y Laura volvían al cuarto para continuar con el tratamiento de Ernesto. Luego de comer juntos, cuando el atardecer hacía resplandecer con brillos naranjas las casas de Arrecife y las algas bioluminiscentes comenzaban a iluminar sus calles, Laura se dedicaba otra hora a la curación del annimax, sus manos despidiendo destellos plateados. Después de cenar, dormían en turnos de una hora, cuando despertaban a Saehi para que realizara el cambio de oxígeno.

Ernesto, por otra parte, no tardó en recuperarse lo suficiente como para poder conversar y bromear: al tercer día, junto con su capacidad del habla, también retornó el tono azulado su piel, tranquilizando a todos los miembros de la casa, especialmente a su señora, quien apenas pudo contenerse para no abrazarle cuando él abrió sus ojos de nuevo.

El cuarto día, una vez solo quedaron en la sala el annimax, Karim y Saehi, se giró hacia ellos, la curiosidad reflejada en su rostro.

«Veo que hay por aquí un jovencito que no conozco», dijo, su voz casi tan profunda como sus ojos. «¿Cómo te llamas, muchacho?».

«Karim», replicó él, sintiéndose tremendamente pequeño ante su presencia, olvidando mantener su concentración en mover el aire de su burbuja.

«¿Y qué haces aquí, jovencito?».

«Es mi aprendiz, señor», respondió Saehi, haciendo una leve reverencia de cabeza. «Perdone su falta de educación. No tiene muchos conocimientos sobre protocolo».

Karim le fulminó con la mirada.

«Bueno, perdona si no nací sabiéndolo todo», gruñó por lo bajo, cruzándose de brazos.

Saehi, a su lado, se volvió, su gesto afable, y colocó una mano en su hombro. Sin embargo, en cuanto sintió su firme agarre, Karim supo que aquella sonrisa era pura fachada.

«¿Qué has dicho, Karim?», preguntó, su tono suave a pesar de la sensación de desasosiego que le hacía sentir.

Ernesto se echó a reír, sorprendiéndoles.

«¡Me gusta este chico!», exclamó, con una enorme sonrisa. «¿Cuántos años dices que tienes, Karim?».

«Veintidós», respondió él conforme la mano de Saehi aflojaba su agarre.

«¿Veintidós años y aún pareces un niño?», Ernesto se frotó la barbilla con lentitud. «Tu entrenamiento no ha empezado hace mucho, ¿no es así?».

«¿Cómo...?», musitó Karim.

Ernesto rio, y con un dedo le dio unos suaves golpecitos en la cabeza, tratando de no hacerle daño.

«Joven Karim, puedo ser un animax viejo y lleno de tumores, pero el tiempo es un gran maestro», le observó, la ternura en su mirada. «No eres el primer mestizo que pasa por Arrecife, y seguramente no serás el último».

Karim abrió la boca, asombrado, pero no logró que ni una sola palabra saliera de sus labios.

«¿Va a delatarnos?», inquirió Saehi, colocándose justo ante Karim.

«¿Delataros?», Ernesto soltó una carcajada que se transformó en una tos. Una vez hubo recuperado la compostura, continuó. «¿Por qué querría yo delataros?».

«No creo que sea usted tan despistado como para pasar por alto el otro gran detalle del muchacho, ¿me equivoco?», el hada elevó la cabeza, sus ojos desafiantes.

«Soy viejo, Saehi, pero mi vista sigue intacta», replicó el anciano, su voz fría. El hada y él se miraron con fijeza unos segundos, la tensión

creciendo en la sala por momentos. Por fin, el animax suspiró. «¿Pero qué ganaría yo con eso?».

«Sabe muy bien qué ganaría», replicó ella, suspicaz.

«A mi edad, uno ya sabe que cosas tan innecesarias como el dinero, la fama o la reputación no tienen valor ninguno, Saehi», el animax esbozó una sonrisa sin dientes. «Tú lo sabes mejor que yo».

Saehi se relajó poco a poco y suspiró, devolviéndole el gesto.

«Claro que lo sé, Ernesto».

La sonrisa del animax se amplió.

«Nada bueno saldría de entregar a este chico a los humanos. Solo más dolor y guerras», volvió a girarse hacia Karim. «Muchacho».

«¿Sí, señor?», Karim, aún confuso por la repentina confianza entre el animax y su maestra, casi tropezó al intentar realizar una reverencia.

«Mírame».

Karim obedeció, elevando el rostro y aguantando su inspección, sintiendo cómo el señor de la casa escaneaba cada milímetro de su rostro.

Finalmente, el animax asintió gravemente.

«Tus ojos demuestran que conoces el dolor», afirmó. «Este mundo está en buenas manos».

Karim quiso preguntar qué significaba aquello, pero las puertas se abrieron, dando paso a las ninfas, Tony y Laura, y la familia del señor.

«Hora de la curación», dijo Ernesto, su tono de voz cambiando de uno solemne a uno alegre.

Y los días restantes transcurrieron, sin que Karim se atreviera a volver a sacar el tema de conversación, concentrado en su entrenamiento.

Sin embargo, no pudo dejar de darle vueltas al asunto, haciendo mil y una conjeturas sobre qué podría y qué no podría ser lo que el animax había querido decir de aquella forma tan críptica.

La última noche llegó y, con ella, el amanecer. Cuando el sol apenas

había comenzado a iluminar el hogar de Ernesto, todos, excepto los animax, ya se hallaban afuera.

«Muchas gracias por todo, Laura, Tony, Saehi, Chie», dijo la señora, su brazo-aleta rodeando a su marido con afecto.

«Yo no os agradezco nada», refunfuñó Ernesto. «Ahora no tengo excusas para quedarme en la cama todo el día».

La señora le dio un golpe cariñoso conforme los demás reían, divertidos.

«Me alegro de que esté bien», respondió Laura. «Ha sido un placer».

«Y tanto», musitó Tony, su mochila al límite por la bolsa de almares con la que les habían pagado.

«Buen viaje», dijo la señora, sonriendo.

«Gracias. Que todo vaya bien, señora», Saehi hizo una reverencia. «Señor...».

«Hasta otra, Sae», Ernesto inclinó la cabeza.

El grupito comenzó a alejarse con la fuerza de Ardhanari y Chie, los animax despidiéndoles con la mano, dejando atrás la hermosa ciudad que apenas parecía despertar.

Y entonces, una voz irrumpió en sus mentes de nuevo.

«¡Karim!», gritó Ernesto, sus brazos gesticulando con fuerza, haciendo que, a pesar de que su transporte no paraba, el muchacho se girara para contemplarlo. «¡Haz de este un mundo digno de amar!».

Y, con estas palabras, Karim perdió de vista al animax y a Arrecife, y tanto él como su grupo se sumergieron en el túnel del que habían emergido una semana antes.

«Nadie diría que esa vieja ballena tiene casi ciento cincuenta años», rio Saehi, situada en la burbuja ante ellos junto con Chie.

«¿Qué quería decir eso?», susurró Karim.

«¿Quién sabe?», replicó Saehi. «Conozco a Ernesto desde que nació y, a día de hoy, sigo sin entenderle muchas veces».

Laura y Tony callaron, mirándose entre ellos con expresión perpleja.

Durante el trayecto, todos continuaron hablando de unas anécdotas y de otras. Sin embargo, Karim no podía quitarse esas palabras de la cabeza, repitiéndolas una y otra vez para sí mismo.

No fue hasta que las escaleras reaparecieron ante él que despertó de su letargo. Cansado, sacudió la cabeza, despejando sus pensamientos.

«¡Vamos, Karim!», dijo Laura, casi rozando la superficie. «¡Date prisa!».

El muchacho comenzó a subir y, una vez su cabeza estuvo fuera del agua y su burbuja hubo desaparecido, elevó los ojos.

La tripulación esperó a que saliera del mar para darle un abrazo, alegres de volver a verle. Acto seguido, Ardhanari eliminó el agua que sobraba de sus ropas y la tiró por la borda, prosiguiendo con Tony y terminando con Saehi.

—¡Karim, bonito! —exclamó una voz conocida, y Karim pronto se vio envuelto en un cariñoso abrazo. No tardó en reconocer el olor a jazmín.

—Hola, Eris —dijo, apenas capaz de respirar—. No aprietes tanto, porfa.

—¡Uy, lo siento! —Eris se separó de él, y su expresión tornó en una de grata sorpresa—. ¡Pero mírate!

—¿Eh? —Karim parpadeó, confuso.

—¡Has crecido un poquito!

—¿Estás segura, Eris? —Tony frunció el ceño—. Yo le veo igual.

Eris le fulminó con la mirada.

—Eso es porque no te fijas en nada porque eres un insensible.

Tony se llevó una mano al pecho, abriendo la boca, fingiendo sorpresa.

Karim rio.

—No sé si he crecido o no, ¡pero mira lo que puedo hacer ahora! —exclamó.

Inspiró profundamente y, acto seguido, en apenas un instante, su rostro se tornó en uno de pura concentración. Elevó las manos a la altura de su pecho y, con las palmas arriba, comenzó a mover los dedos suavemente. Al momento, una gratificante brisa alborotó los cabellos de todos los presentes, inundando la cubierta aún más de olor a mar.

—Aprendes rápido —sonrió Saehi, apoyada contra la borda con los brazos cruzados.

—¡Saehi! ¿Le has enseñado tú? —exclamó Eris, sorprendida.

—Ha aprendido por sí mismo, con algunos consejillos míos —respondió ella—. Y ahora, ¿a qué estamos esperando? Quiero volver a mi casa y meterme un buen pollo asado entre pecho y espalda lo antes posible.

—Nosotros tenemos que volver a Miríade —dijo Laura, bostezando—. Tenemos asuntos que tratar allí.

—¡Pues no se hable más! —exclamó Eris—. ¡En marcha!

Karim notó cómo, bajo sus pies, la columna de agua descendía de nuevo, volviendo, junto a las escaleras, al océano. El barco no tardó en virar, tomando de nuevo rumbo hacia Madir.

—Karim. —Saehi se acercó a él, y el muchacho se giró—. Esta tarde comenzaremos tu entrenamiento. Seriamente.

El muchacho asintió, animado.

A decir verdad, no le había resultado difícil aprender a crear vientos. Había sido casi innato, como si él, de alguna forma, formara parte del aire.

Sin embargo, lo que Karim no sabía era que el verdadero entrenamiento empezaba ahora.

Capítulo 26

Nueva amistad

—¡Vamos, Karim! ¡No podrías cortar ni un trozo de tarta con eso!

El muchacho cayó de rodillas sobre la cubierta, su torso desnudo cubierto de sudor, su moño empezando a deshacerse en mechones desordenados.

—¡Levántate! ¡Vamos, rápido!

Karim, jadeando, obedeció, sin poder reprimir un sonoro gemido de dolor.

—¡Es más fácil decirlo que hacerlo! —exclamó él, molesto por la exigencia de Saehi. No había sido sencillo aprender con Shaneequa, pero aquello, por algún motivo, le estaba resultando más complicado.

—Sería mejor si le dieras un descanso. —Ardhanari balanceaba sus piernas, sentado en la borda del barco—. O a este paso va a morir.

—¿Qué tal si te mato a ti por abrir la maldita boca, Ardhanari? —gruñó Karim, visiblemente enfadado por su tono burlón.

Ardhanari se llevó una mano a la boca, atónito.

—¡Así que no eres tan tonto como parece, vaya!

—Ardhanari, corta el rollo —dijo Saehi, su ceño fruncido—. Karim, controlar un elemento no es algo que alguien consiga en un chasquido de dedos.

—Pues no lo parecía cuando estaba entrenando el rayo —gruñó, recuperando, al fin, el ritmo de su respiración.

—El rayo es algo que va ligado a un mago rojo —replicó Saehi, poniéndose en jarras—. Los demás elementos no.

—Me sorprende que fueras capaz de dominar el rayo viendo el numerito

que estás montando ahora, la verdad —rio Ardhanari.

—Puedo mandarte uno directo a tu boca, a ver si así te callas de una vez —escupió Karim, girándose hacia él.

—¡Karim! —exclamó Saehi, en tono de advertencia—. ¡Cálmate!

El joven resopló, frunciendo el ceño, y se volvió hacia el hada, pasándose las manos por el rostro.

—Lo siento. Estoy nervioso porque veo que no estoy consiguiendo lo que me pides.

—Disculpas aceptadas —respondió Ardhanari.

—No estaba hablando contigo, estúpido —bufó Karim, sin siquiera mirarle.

—No vamos a este ritmo porque yo quiera, chaval —intervino Saehi, ignorando la tensa interacción entre los adolescentes—. Shan va a venir a vernos en menos de un mes, y para entonces, si no has conseguido dominar el aire hasta cierto nivel, esa víbora es capaz de cortarme la cabeza.

Karim quiso negarlo, pero algo en su interior le dijo que aquello no era ninguna broma. Ansioso, se mordió el labio y, tras inspirar de nuevo, trató de concentrarse.

Llevaba prácticamente todo el día practicando con Saehi la presión del aire. Si conseguía controlarla, sería capaz de crear toda clase de objetos: desde cuchillas, hasta soportes y escudos, pasando por plataformas deslizantes que crearían la ilusión de que estaba volando.

Y aun así, tras varias horas que parecieron una eternidad, el atardecer comenzaba a acechar en el horizonte, y no había conseguido nada en absoluto.

Mientras tanto, Ardhanari se había dedicado a lanzarle pullas e indirectas hirientes, divertido por las reacciones agresivas y violentas, a veces incluso cortantes, del mestizo.

—Una vez más, Karim —exclamó Saehi—. Lánzame todo lo que tengas.

El muchacho abrió los ojos y movió ambos brazos como si estuviera lanzando cuchillos. Una fuerte brisa se formó y, justo antes de chocar con el hada, esta la paró extendiendo una sola mano, y el viento se deshizo por completo, alborotando sus cabellos ligeramente.

—¡Y de nuevo, otro fallo para el señorito Karim!

El nombrado se giró con tal rapidez que sus mechones sueltos bailotearon alrededor de su rostro deformado por la furia. En apenas un parpadeo, estaba sujetando a Ardhanari del pecho de la camisa, elevándole unos dedos del suelo a pesar de que él era más alto.

—Te lo aseguro por lo que más quieras, o te callas o...

—Oblígame. —Ardhanari enarcó una ceja, en absoluto impresionado.

Karim le sostuvo la mirada unos segundos en silencio, el ambiente electrificándose con hostilidad por momentos.

—¡Niños, no tenemos tiempo para esto! —se quejó Saehi, entornando los ojos.

—Cállate de una maldita vez —murmuró Karim, soltando al otro muchacho de golpe y volviendo a su lugar.

Ardhanari no respondió, siguiendo al mago rojo descalzo con la mirada.

No parecía para nada el mismo chico que había embarcado con ellos hacía más de dos semanas.

Contuvo una sonrisa.

No le disgustaba el cambio.

Por fin, al anochecer, Saehi dio por terminada la lección del día. Karim, completamente derrotado, se dejó caer al suelo, jadeando.

—Asegúrate de descansar bien esta noche —comentó Saehi, alejándose, estirando sus brazos—. Mañana estamos en mi territorio, y me aseguraré de que sea igual o peor.

Karim dejó escapar un quejido de entre sus labios, despatarrado en la

cubierta como una estrella de mar.

—Gracias por los ánimos —musitó a pesar de que ella ya no estaba para escucharle, sus ojos fijos en las miles de estrellas que cubrían el cielo nocturno.

—Parece que no eres tan crío como pareces. —Una voz le sorprendió a su lado.

Asustado, giró la cabeza con brusquedad. Ardhanari estaba sentado junto a su costado, su mirada también fija en el firmamento.

—Creo que eso era obvio —gruñó él.

—No, lo digo porque tienes vello en las axilas.

Karim se levantó de golpe, sonrojándose.

—Bueno, todos pasamos por la pubertad —dijo, incapaz de mirarle.

Ardhanari rio, y una leve brisa marina sacudió su camisa.

Karim se encogió sobre sí mismo, apoyando sus brazos sobre sus rodillas.

—Y bueno, ¿cuántos años tienes? —preguntó.

—¿En serio? —Ardhanari enarcó las cejas, mirándole fijamente.

—¿Qué?

—¿Hace un rato me amenazabas de muerte y ahora me preguntas mi edad?

—¡Eso es una cosa y esta es otra distinta! —exclamó Karim, elevando una mano—. ¡No me dejabas en paz!

Ardhanari rio.

—Tranquilo, lo decía de broma —respondió.

—Oh. —Karim se quedó sin habla, aturdido.

—Y sobre tu pregunta, cincuenta y dos años.

—¿Eso es mucho?

—Para una ninfa, no —replicó él, echándose hacia atrás, sus manos tras la nuca—. Digamos que soy considerado un adolescente. —Se mantuvo pensativo unos momentos antes de continuar—. A duras penas.

—Como yo —Karim volvió el rostro de nuevo hacia las estrellas.

—Como tú —afirmó él.

El silencio de la noche les cubrió como una suave manta, y Karim se sintió en paz de nuevo.

—Oye, llevo ya bastante preguntándomelo —dijo, rompiendo la quietud—. ¿Pero por qué no sale humo de las chimeneas?

—No las usamos. —Ardhanari rio—. Yo también lo pregunté en su día.

—¿Que no las usáis?

—No. La capitana, Kali y el resto de la tripulación nos vamos turnando para dirigir el barco. Por algo somos ninfas de agua. —Se encogió de hombros.

—¿Y entonces para qué las hicisteis?

—Parece ser que la capitana y Kali opinaban lo mismo cuando mandaron construir el barco. Pero la Asociación Internacional Marítima se puso un poco tonta al respecto.

—¿Cómo que tonta? —Karim esbozó una sonrisa, divertido por la respuesta.

—A ver, la cosa fue así. —Ardhanari se sentó de nuevo y continuó, observando fijamente a Karim, sin escatimar en gestos ni expresividad—. La capitana y Kali estaban en plan: “Pero somos ninfas, no necesitamos unas horrorosas chimeneas”. Y la Asociación estaba en plan: “¿Tenemos cara de que nos importe? Según el código de navegación tenéis que tener las chimeneas. A menos que queráis un barco de vela”. Y la capitana tipo: “No, no vivimos en la época de Farha, muchas gracias”. Y Kali dijo: “Al menos la piscina la tendremos, ¿no?”. Y la Asociación a lo: “¡Vale, tomad vuestra maldita piscina, pero las chimeneas no podemos quitarlas!”. Y la capitana aceptó, a regañadientes.

Karim no podía parar de reír por sus imitaciones, llenas de burlas y

muecas.

—¿De verdad? ¿Eris, enfadada?

Ardhanari abrió los ojos, asintiendo con gravedad.

—Oh, no lo sabes bien. —Soltó una risa ahogada—. Es más, ni siquiera le saques el tema de conversación.

—¿Por?

—Se pone de los nervios y se pasa horas hecha una furia después, diciendo cosas por lo bajo.

—No puede ser. —Karim enarcó las cejas, su boca abierta. No podía imaginarse a Eris de otra forma que no fuera contenta y repartiendo besos por doquier.

—Sí. Así que si quieres llegar mañana a Madir de una sola pieza, yo que tú no le decía nada.

—Gracias por la advertencia —respondió, alegre.

—De nada —sonrió Ardhanari.

—¿Sabes? —Karim volvió de nuevo la vista hacia el cielo, tumbándose a su lado.

—¿Mmm? —inquirió él.

—No eres tan estúpido como pensaba.

Ardhanari contuvo una carcajada.

—Lo mismo digo, mestizo.

Y, como si les hubiera escuchado, una fuerte brisa cruzó el barco de proa a popa, alborotando sus cabellos.

Capítulo 27

La escritora

Karim era casi incapaz de asimilar la belleza de Madir.

Ante él, filas de cabañas de madera blanca se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Mientras que las más cercanas a la playa y el puerto colindaban con la arena, todas frente al agua, las demás formaban una serie de calles e incluso una hermosa plaza, la cual era el único lugar de la Isla de los Vientos que estaba hecho de piedra.

Ardhanari fue el responsable de bajar la pasarela. Tras él, las demás ninfas decían adiós con gesto melancólico.

—No me olvides, cielito —dijo Eris, separándose de él tras darle uno de los abrazos más fuertes de su vida.

—Hasta pronto —sonrió Karim por respuesta, y tras despedirse con la mano, siguió a Saehi, quien esperaba junto a la salida.

Sin decir nada, Saehi comenzó a bajar por lo que parecía ser una escalera totalmente invisible. Karim, dubitativo, la observó llegar al muelle. El hada se giró y, al verle allí plantado, no pudo evitar entornar los ojos, llevándose una mano al rostro.

—Karim, no tenemos todo el día —suspiró.

—V... voy —tartamudeó, nervioso.

Mordiéndose los labios, puso un pie fuera del barco, en lo que parecía el vacío. Pronto, se vio a sí mismo suspendido en el aire.

—¡Karim!

—¡Voy, voy! —exclamó él, el nerviosismo invadiéndole por momentos.

—Intenta sentir los escalones o nos tiraremos aquí lo que queda de mañana.

—Gruñona... —susurró el muchacho entre dientes, concentrándose.

—¿Qué has dicho?

—Nada, da igual. —Y, con esas palabras, la escalera se volvió palpable para él. Intranquilo a pesar de saber dónde iba a poner el próximo pie, bajó con cuidado.

Cuando por fin Karim se encontró en el muelle de madera, las ninfas subieron la pasarela y partieron, asomándose por la borda y gritando, de nuevo, sus despedidas.

—Vamos —dijo Saehi, y sin darle apenas tiempo a reaccionar, se puso en marcha hacia la plaza del pueblo.

Karim le siguió, apresurado, algo triste por haber abandonado el barco, y pronto se vio ante dos grandes edificios de tres pisos, con ventanas aquí y allá, justo frente al camino principal.

Saehi, aproximándose a uno de ellos, sacó una llave de su bolsa, empujó la puerta y, antes incluso de que esta estuviera totalmente abierta, inspiró profundamente.

—Hogar, dulce hogar —canturreó el hada, y acto seguido entró en la estancia.

Karim la siguió, tímido. Pronto, comprobó que no solo el pueblo era bonito, sino que la casa de su maestra también.

Los techos eran algo más bajos que aquellos a los que estaba acostumbrado. Por otra parte, resultaba muy acogedora. Además, todas las paredes, a diferencia de las externas, eran de un hermoso color madera que a Karim le recordaba a su propia piel, así como el suelo. Por el contrario, los muebles eran blancos.

Saehi no tardó en mostrarle toda la casa, como si estuviera intentando vendérsela.

Primero, le enseñó la planta baja, llena de grandes ventanales con etéreas cortinas aguamarina. Plantas decoraban la gran estancia, que reunía salón, cocina y comedor, colgando de las paredes, decorando la hermosa encimera de mármol blanco y repartidas por el suelo en grandes macetas.

Acto seguido, le mostró la segunda planta, que consistía en un pequeño pasillo. A ambos lados, dos puertas, que Saehi pronto señaló como la de su

propia habitación y la de su compañera de piso. Karim, aunque curioso, se refrenó de hacer preguntas sobre esta última.

Finalmente, subieron al último piso. Este era una sola sala de techos inclinados debido al tejado. Karim pronto reparó en todos los muebles que la decoraban: una cama individual, situada bajo una de las dos únicas ventanas del cuarto; cuatro pequeñas estanterías, una de las cuales servía de mesilla; un armario con puertas de espejo, y un enorme escritorio junto a la otra ventana, en el cual se hallaba recostada una figura claramente femenina. Un sonido repetitivo, como un pequeño chasquido, inundaba el cuarto.

En cuanto sus ojos se posaron sobre ella, el gesto de Saehi cambió a uno lleno de hastío.

—Ivy, ¿otra vez aquí?

La figura se sobresaltó, dando un pequeño brinco en la silla, y una cabeza repleta de rizos morenos se giró hacia ellos.

Una chica de gafas redondas les miró unos instantes, parpadeando confusa, sus ojos del color del cielo.

—¡Saehi! —Su rostro de desconcierto pronto se tornó en uno de alegría pura conforme se ponía en pie, corriendo hacia ella—. ¡Ya has vuelto!

El hada de aire no dijo nada, dejándose envolver en el abrazo de la chica.

—¡Te he echado de menos!

—Ah, ¿pero te diste cuenta de que me había ido?

Ivy se separó de ella, mirándola con ojos entrecerrados y la boca abierta, aún sujetándola por los hombros.

—Tan borde como siempre, ¿eh?

—La verdad es que sí. No sé de qué te sorprendes después de todos estos años —bufó el hada de aire. Apartó las manos de su amiga de sí y se giró hacia Karim—. Karim, este es el desastre que tengo por compañera de piso, Ivy. Ivy, este es Karim, el que va a ocupar esta habitación el próximo mes.

—Entonces, ¿no puedo escribir aquí? —Ivy hizo pucheros.

—Cuando Karim y yo estemos entrenando, solo y exclusivamente. — Saehi frunció el ceño.

—Perfecto. —La morena sonrió de nuevo, volviéndose hacia Karim y tendiéndole una mano—. Encantada, Karim.

El muchacho aceptó el gesto. Una vez hubieron estrechado manos, señaló al escritorio.

—¿Escribes?

—Oh, no, otra vez esto no —musitó Saehi, llevándose ambas manos a la cabeza.

Mientras tanto, el rostro de Ivy se iluminó por completo.

No fue hasta que esta carraspeó, preparándose para su discurso, que Karim intuyó que, quizás, había cometido un error.

—A decir verdad, Karim, llevo escribiendo desde hace más de ciento cincuenta años. Todos los libros que hay en esta casa son míos. Bueno, no todos, pero sí la gran mayoría. —Pausó un instante, pensativa. Sin embargo, no tardó en hacer un gesto despectivo con la mano—. He escrito de todo, pero principalmente fantasía, sobre todo historias situadas en la Tierra, un planeta sin magia. ¿Puedes imaginártelo? Gente sin poderes. Son personas más tranquilas y tienen menos conflictos que nosotros. —Se encogió de hombros y suspiró, cruzándose de brazos—. Y por supuesto, aunque el romance no suele ser la trama principal, trato de meter personajes diversos, que amen a personas de todo tipo. Al fin y al cabo, el amor es amor, ¿no? —Esbozó una sonrisa y, antes de que Karim pudiera intervenir, continuó hablando—. Aunque bueno, esa duende puritana no opina lo mismo. Según ella, historias con personajes que quieran a otros de su mismo género o sexo es “propaganda”. ¿Puedes creértelo? ¡Propaganda! —Dejó escapar una sonora carcajada—. ¡Como si eso no pasara constantemente en la vida real! —Sacudió la cabeza—. Y bueno, ese maldito elfo estirado tampoco es mucho mejor. Aparte de que se pasa páginas y páginas hablando de árboles y caminos y cosas parecidas. ¿A quién le interesa la historia de una hoja de arce? Yo te diré a quién: a él, y nadie más que a él. —Volvió a mirar a Karim

y abrió los ojos al ver su mueca de perplejidad, llevándose las manos a la boca—. Estoy hablando demasiado, ¿verdad?

—Como siempre —resopló Saehi—. Deja al pobre muchacho en paz.

—No, si no me importa —afirmó él, raudo, gesticulando con energía—. ¿Quiénes son esos de los que hablas?

—¡Oh! ¿El elfo y la duende? Jean R. R. Ticklein y Lauren Haeyo.

—Sus eternos rivales. —Saehi entornó los ojos—. Los únicos otros autores que han escrito lo mismo o más que ella.

—Y no son malos, precisamente, pero tienen sus... defectos —añadió Ivy—. Defectos que odio a muerte y por los que les pegaría con su propia obra una y otra vez, la verdad.

Karim rio, divertido por la forma de expresarse del hada. Esta, sintiéndose animada por su reacción, señaló hacia la máquina de escribir encima del escritorio, la causante del ruido similar a chasquidos.

—¿Quieres ver lo que estoy escribiendo ahora?

—Venga, val...

—En realidad —Saehi le asió por el hombro, fulminándole con la mirada—, nosotros tenemos que ir a entrenar. Ya tendréis tiempo de hablar a la hora de comer.

—Por fin, comida caliente —susurró Ivy, aliviada.

—¡Aprende a cocinar, maldita vaga! —gritó Saehi conforme arrastraba a Karim escaleras abajo, perdiendo de vista a la escritora con rapidez.

Una vez estuvieron en la puerta, Saehi soltó a Karim, suspirando.

—No le hagas mucho caso. Está obsesionada con la escritura. Quitando eso y que no tiene ni idea de hacer siquiera un huevo frito, es una chica fantástica.

—¿Desde cuándo os conocéis? —preguntó Karim, curioso. Desde luego, el nivel de interacción que había logrado observar entre ellas no era producto de unos pocos meses.

—Ella me conoce desde que yo nací —respondió ella, abriendo la puerta—. Tiene apenas cuatro años más que yo.

—¿Y cuántos tienes tú?

—Ciento ochenta y tres —replicó. Karim guardó silencio, asombrado por lo joven que parecía—. Y ahora, jovencito, si no tienes más preguntas estúpidas, es hora de ir a entrenar.

Capítulo 28

En la Isla del Viento

A pesar de que Saehi ya le había advertido de ello, Karim no pudo evitar sorprenderse al ver los platos en la mesa del comedor.

—Si apenas he tardado cinco minutos en ducharme —repuso, tomando asiento ante la ventana, las cortinas aguamarina acariciando su espalda.

—¿Qué te ha parecido el baño? —preguntó Ivy, sentada frente a él, en tono animado.

—Bueno, se me sigue haciendo raro tener baño propio. —Karim se llevó una mano a la nuca—. Aunque nunca me hubiera esperado que estuviera tan bien escondido.

—Eso fue idea de Ivy. Le gusta la idea del misterio. —Saehi llevó el último plato, su tono exasperado, y tomó asiento entre los dos.

—Las puertas secretas son divertidas, no sé de qué te quejas.

—Era un gasto innecesario.

—Nada es innecesario si queda bien.

Saehi entornó los ojos y volvió a girarse hacia Karim.

—Buen trabajo. Ha sido poco tiempo, pero parece que por fin hemos progresado.

El muchacho sonrió, bajando la vista hacia su plato de pasta boloñesa, y notó que su camisa roja se había mojado debido a su trenza, aún húmeda.

—Bueno, se hace lo que se puede —dijo.

—¿Qué ha pasado? —Ivy les miró de hito en hito a ambos, su tenedor ya rodeado de espaguetis, y procedió a comer con ansia mientras atendía a la respuesta.

—Karim ha conseguido hacer un corte en un tronco —replicó Saehi, orgullosa.

—Ha sido un corte demasiado ancho, como si fuera de algo romo. Y además, me ha costado demasiado hacerlo... —repuso con rapidez el chico.

—Sigue siendo un avance —sonrió Ivy—. ¡Enhorabuena, Karim!

—Gra... gracias —Karim parpadeó, confuso y, sin saber qué añadir, empezó a devorar su plato de pasta.

—Oh, Ivy, ¿acabaste aquella historia? —inquirió Saehi, su tono despreocupado, llevándose el vaso de cerveza a los labios.

—¿Cuál? ¿La primera parte de la saga que te hablé?

El hada de aire asintió.

—Sí, la acabé. Es más, ya he empezado la segunda parte. —Ivy sonrió, orgullosa—. Aunque sigo teniendo dudas.

—¿Qué historia? —preguntó Karim inocentemente.

—Oh, esta ocurre en un mundo donde la magia existe, pero no como aquí —explicó Ivy, sus ojos haciendo chiribitas—. Hay personas que pueden asesinar y demás, similar a la magia oscura o negra, pero, sobre todo, existen los cambiaformas.

—¿Cambiaformas?

—Sí, ya sabes, personas que pueden cambiar, transformarse.

—Pero... pensaba que eso solo podía hacerse tipo... crear una ilusión, no cambiar de verdad.

—Así es aquí, sí. —Ivy elevó un dedo—. Pero allí el cambio no es ilusorio, sino físico.

—Ojalá eso se pudiera hacer aquí —suspiró Karim, imaginando todas las posibilidades, llevándose más pasta a la boca.

—Karim, ¿no estarás pensando en cosas indecentes, no?

El muchacho se atragantó, tosiendo con fuerza, golpeándose el pecho para intentar frenar el ataque.

—¡Ivy, por lo que más quieras! ¡Es un niño!

—Un niño no es, Saehi, y lo sabes. Mírale, si tiene hasta bigotillo y todo.

Karim soltó el tenedor y se llevó las manos a la cara, tapándosela.

—¡Ahora mira lo que has hecho!

—Ni que fuera malo, a todos nos pasa.

Saehi la contempló, muda, su cara descompuesta en una mueca de incredulidad. Sacudió la cabeza, entornando los ojos otra vez, y se volvió hacia Karim.

—No le hagas caso, Karim. Tiene la cabeza llena de dragones y cosas por el estilo y no se acuerda de cómo se socializa con la gente. —Fulminó a Ivy con la mirada.

—No pensaba que se notara tanto —murmuró Karim por toda respuesta, pillando desprevenida a Saehi. Ivy, por otra parte, se echó a reír.

—¿Ves? —replicó.

—Cállate —farfulló Saehi, e, ignorando a ambos, se dedicó a comer, indignada por el desenlace.

Finalmente, entre broma y broma, terminaron de almorzar. Saehi se levantó, haciendo todo el ruido que fue capaz.

—Karim, vamos.

—¿Ya? —gimió, quejumbroso—. Si acabamos de comer.

Saehi le dirigió una mirada llena de advertencias. Karim, que la conocía lo suficiente como para intuir las consecuencias de desobedecer, se levantó también, mudo.

—Hasta la noche —dijo Saehi, dirigiéndose a la puerta. Ivy se despidió con la mano, alegre, recogiendo la mesa.

No tardaron en llegar al bosque y, al igual que aquella mañana, continuaron practicando la presión del aire. Saehi empujó a Karim a su límite una y otra vez, exigiendo más y más, y tras realizar el entrenamiento físico, algo ya rutinario para él, regresaron a casa.

Al subir a su cuarto, Karim se encontró a Ivy en el escritorio, totalmente absorta en la máquina de escribir, que repiqueteaba sin parar. Sudoroso, procurando no hacer ruido, pasó tras ella, una muda colgando de sus brazos y, tras echar el armario a un lado, se introdujo en el baño secreto.

Media hora más tarde, las lámparas ya prendidas en toda la casa, los tres se encontraban en el primer piso, charlando con despreocupación tras la cena.

—Ivy, ¿has hecho el papeleo mientras estaba fuera? —preguntó Saehi, lavando los platos de la cena de aquella noche.

—¿Por quién me tomas? —Ivy fingió que se ofendía, limpiando la mesa con energía.

Saehi paró de fregar un instante, mirándola fijamente.

—¿Te tengo que recordar aquella vez que me tuve que ir a Vitta y se te olvidó hasta comer?

—¡Teníamos setenta años! ¡Estaba escribiendo el último libro de una saga!

Saehi suspiró y continuó con su tarea.

—¿Ves con lo que tengo que convivir, Karim?

El muchacho, tirado en el sofá con una coleta alta, de nuevo recién duchado, esbozó una sonrisa.

—A mí me parece que os lleváis muy bien.

—¿Sabes, Karim? —intervino Ivy, colocando los productos de limpieza en su sitio—. Yo fui la que le enseñó a Sae todo lo que se debe saber sobre su elemento, y aun así, me trata como si no hubiera hecho nada por ella.

—¡No lo hiciste! —exclamó Saehi, su rostro contrariado—. Solo me diste algunos consejos. Lo hubiera conseguido igualmente.

—¿También eres un hada de aire? —inquirió Karim, elevando las cejas, conforme Ivy se acercaba y se sentaba a su lado.

Esta negó con la cabeza y se giró, dándole la espalda. Se apartó el pelo, echándoselo para delante, y se bajó el cuello de su holgada camisa, dejando al descubierto su omóplato izquierdo. En él, había un intrincado y hermoso

tatuaje de un árbol a todo color, las hojas de un verde profundo destacando contra su pálida piel.

—¿Un hada de tierra? —Karim abrió los ojos, asombrado.

—¿Ves por qué digo que no me enseñó nada? —Saehi elevó la voz, secándose las manos—. Se cree que es la más lista.

—Técnicamente, lo soy —replicó Ivy—. Si no no viviría aquí.

—¿Qué quiere decir eso? —Karim estaba cada vez más confuso.

—¿No viste el otro edificio igual que este? —contestó Ivy conforme Saehi se acercaba y tomaba asiento en el otro sofá.

Karim asintió.

—Estos dos edificios están reservados para las administradoras de la Isla de los Vientos.

—¿Entonces vosotras sois...?

—Las mejores hadas de la isla. —Ivy se recostó en el sofá, satisfecha de sí misma.

—Te recuerdo que yo soy, oficialmente, la mejor hada de aire, no de la isla, sino del mundo entero, Ivy —gruñó Saehi.

—Nadie puede demostrar que yo no sea la mejor de tierra —replicó Ivy. Saehi la miró con fijeza.

—Ya hemos tenido esta conversación miles de veces. La mejor hada de aire soy yo; la de fuego es Irma, de Dyara; la de tierra es Leila, de Solaire, y la de agua es Kiara, de Aimon. Por algo tenemos el torneo cada década.

—...Nadie puede demostrarlo —insistió Ivy, frunciendo los labios.

—Puede que llegaras a las últimas fases pero perdiste miserablemente, tienes que admitir eso al menos —replicó Saehi.

El silencio invadió el salón y entonces, Ivy, a todas luces incómoda, decidió romperlo.

—¿Qué tal el entrenamiento, Karim?

Saehi se echó a reír, llevándose las manos a la barriga.

—¡Ya está intentando cambiar de tema! —exclamó entre carcajadas.

—No es verdad. —Ivy se cruzó de brazos.

—Sí lo es. Te conozco de toda la vida, no puedes negarlo.

—Enana... —gruñó en tono despectivo.

—¿Qué has dicho? —Su voz se volvió amenazadora.

—Nada, da igual —replicó Ivy en tono sarcástico, y volvió a girarse a Karim—. Entonces, ¿qué tal?

—Sigo sin creerme que estés haciendo esto —susurró Saehi.

—Bien, por fin pude cortar un tronco entero y hacerle un ligero corte a una roca —sonrió el muchacho, ignorando la tensión que crecía en la sala.

—¡Oh, entonces ya mismo empezáis con el último paso!

—¿Último paso? —A Karim, por algún motivo, no le gustó la forma tan entusiasta de Ivy de pronunciar aquellas palabras.

—Control de los elementos del aire —contestó Saehi—. Y una vez hayas empezado con todos, podremos profundizar en las tres ramas.

—Nunca hubiera pensado que la magia de aire fuera tan compleja —dijo Karim, cruzándose de piernas y pasándose la mano por la coleta de forma perezosa.

—Cada magia tiene su complicación —replicó Saehi—. Cuando estudies el agua y la tierra comprenderás a lo que me refiero.

—En realidad, creo que ya lo entiendo —repuso Karim—. Cuando controlo el rayo, mi aura vibra muchísimo. Noto un hormigueo por todo el cuerpo, como si me picara, aunque es algo leve, y me siento muy seguro y protegido. Con el aire... Con el aire es diferente. —Torció la boca, pensativo, sus ojos fijos en una gran maceta, jugando con su pelo—. Mi aura, más que vibrar, simplemente se mueve para todas partes a la vez, nunca se para, como si fuera viento. Y más que un hormigueo, lo que noto es una especie de serenidad, y me siento más... tranquilo, y a la vez imparable.

Ivy y Saehi sonrieron.

—Ese tipo de sensaciones siempre han sido descritas por los magos rojos —dijo Ivy—. Aunque para nosotras, realmente, no significan nada.

—Desventajas de controlar un solo elemento —añadió Saehi.

—Para nosotras, es todo natural. No nos hace sentir nada. —Ivy se encogió de hombros.

Karim quiso responder, pero su cuerpo se negó y, en su lugar, dejó escapar un gran bostezo.

—Hora de dormir —comentó Saehi, levantándose con esfuerzo conforme Karim cerraba la boca de nuevo.

—Yo no quiero dormir aún. —Ivy hizo pucheros.

—Pues haz lo que quieras. No soy tu madre —gruñó Saehi, estirándose.

Karim dejó escapar otro bostezo conforme se erguía, haciendo que Ivy se riera.

—Bueno, me iré a mi cuarto. ¿Mañana salís temprano?

—Al amanecer, desayunamos y nos vamos hasta la hora de comer —respondió Saehi, ya casi en las escaleras. Karim, tras ella, se frotaba los ojos.

—Y yo que pensaba que podría descansar más que con Shaneequa... —refunfuñó él, frunciendo el ceño en un gesto de disgusto.

—Si quieres aprender rápido, el precio a pagar es el tiempo —replicó Saehi, y comenzó a subir hacia el segundo piso—. Hasta mañana, chicos.

—Despertadme mañana cuando vayáis a iros, porfa —pidió Ivy. Karim asintió, luchando por no quedarse dormido al parpadear.

—Sin problema.

Ivy esbozó una dulce sonrisa y le dio un abrazo, enternecida por la cara de sueño del joven.

—Que descanses, Karim —dijo, y él la observó subir hacia su cuarto, sus pantalones anchos ondeando con cada paso, manteniendo sus ojos abiertos a duras penas.

Cuando escuchó la puerta de su habitación cerrarse y hubo al fin procesado lo que acababa de ocurrir, se encogió de hombros, ya acostumbrado a las muestras de cariño gracias a Laura y Eris, y comenzó a subir las escaleras.

Finalmente, tras casi tropezar un par de veces, se dejó caer sobre la cama, sin siquiera preocuparse por bajar las persianas, y antes de que pudiera preguntarse cómo sería el día siguiente, cayó profundamente dormido, su rostro transmitiendo una calma que, meses atrás, le hubiera sido imposible sentir.

Capítulo 29

Despedidas

Para cuando Karim quiso darse cuenta, el mes prometido había pasado. Durante aquel tiempo, Ivy había conseguido engancharle a la lectura de sus libros, y ahora se veía a sí mismo impulsado a leer cada noche varios capítulos antes de dormir.

Este hecho, aunque no sorprendió a Saehi, sí que causó conmoción en el hada de tierra, quien, a pesar de todo el reconocimiento que ya tenía, aún era reticente a creer en su capacidad como escritora.

Karim se encontraba tumbado en su cama en su última noche. Ivy le observaba con atención conforme este leía el último capítulo que había escrito.

—¿Y bien? —preguntó, ansiosa, una vez él levantó la vista del papel.

—¿Por qué me haces sufrir de esta manera? —Karim hizo pucheros, tirándole los papeles en el regazo con fuerza—. Sabes que no podré leer más hasta quién sabe cuándo.

—¿Y? —Ivy asió los papeles y los ordenó con cuidado.

—¡Que me has dejado en medio de todo el meollo del asunto, eso pasa! —chilló Karim, elevando los brazos, recostado contra la pared.

Ivy no pudo reprimir una risa conforme colocaba sus páginas sobre un montoncito, boca abajo.

—En eso consiste escribir, creo —replicó, ingeniosa, tapándose la boca.

—Y encima te ríes. —Karim cogió la almohada y se la tiró. Ivy, observando el gesto del muchacho, echó a correr en un intento de esquivarla, risueña, pero esta impactó contra su cara—. ¡Y te mereces más que solo un almohadazo!

—¡Pero si no he hecho nada malo! —exclamó ella, agarrando la

almohada y lanzándola de vuelta a la cama.

—¡Para ti, porque para mí sí! —gruñó el chico, cruzándose de brazos—. Dime, ¿quién es el heredero? O heredera, porque claro, a saber.

Ivy esbozó una misteriosa sonrisa y se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? —dijo, su tono misterioso.

Karim le fulminó con la mirada e infló las mejillas y, antes de que el hada pudiera reaccionar, se irguió, persiguiéndola por el cuarto con su mullida arma en alto.

Saehi apareció por las escaleras, asomando la cabeza, perturbada por el ruido y los gritos que llegaban de la habitación.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —inquirió, sin entrar del todo en la sala.

Ivy y Karim pararon al momento, hiperventilando debido al ejercicio físico y a la risa.

—Estaba... vengándome de Ivy... por engancharme a su nueva saga —dijo entre carcajadas.

—Bueno, pues cortad el rollo. Ivy, tú a tu cuarto. Karim, tú a dormir. Maldita sea, mañana llega Shani, ¿creéis que es normal andar así a estas horas? —resopló.

—¡Oh, vamos, Sae! ¡Es su último día aquí! —se quejó Ivy, sentándose de nuevo en la silla, no sin esfuerzo, su respiración volviendo a la normalidad.

Saehi enarcó las cejas.

—Y eso me da más motivo para enviaros a dormir. Los dos.—Les señaló—. Ahora.

—No esperarás que me tome eso en serio viniendo de una cabeza flotante —replicó Ivy.

Saehi le miró fijamente, su gesto totalmente serio. Ivy, reconociendo el gesto y sus consecuencias, suspiró, echando la cabeza para atrás con exasperación.

—¡Está bien, está bien! —Elevó las manos y, acto seguido, se puso en pie—. Ya me voy. Buenas noches, Karim.

—Buenas noches —replicó él, sonriente, y el hada se marchó tras Saehi.

Una vez estuvo solo, Karim apagó la luz y, echando las cortinas a un lado, se asomó por la ventana, contemplando las hileras de casas que llegaban hasta las lindes del bosque donde, aquel mismo día, había logrado dominar del todo las tres ramas del control del aire. Una brisa le acarició el rostro, y Karim sonrió de nuevo.

Una de las cosas que había aprendido durante sus lecciones con Saehi era que los elementos tenían su propio idioma, su propia forma de comunicar sucesos. No tenían sentimientos en sí, pero sí que existía cierta consciencia en ellos, cierto patrón. Y, aunque le había costado familiarizarse con el del aire, ahora le era sencillo entender que aquella brisa era un tímido agradecimiento.

Karim se mantuvo allí, dejando que el viento enfriara su cara, sus ojos cerrados. Las estrellas no tardaron en empezar a aparecer, el sol escondiéndose hasta el día siguiente.

Cuando por fin vio que todas las luces del pueblo estaban apagadas, le dio al interruptor de su lámpara, sumiéndose en la oscuridad. Se acomodó en el lecho, cubriéndose con las sábanas, y se preparó para dormir.

De nuevo, igual que la primera noche, las persianas permanecieron sin bajar. Sin embargo, esta vez, este gesto, al igual que el de mantener las ventanas abiertas, no era accidental, sino premeditado.

Puesto que, ahora que el aire y él eran amigos íntimos, sabía que este se ocuparía de que el joven mago rojo no sufriera pesadillas aquella noche.

A la mañana siguiente, los rayos del amanecer le despertaron con gentileza.

Karim se irguió y se desperezó con un gran bostezo, sintiéndose descansado por primera vez en mucho tiempo, a pesar de que el día anterior había sido uno de los más intensos de todo el mes.

De pronto, recordó que aquel día abandonaba la Isla de los Vientos y, nostálgico, no pudo evitar volver a asomarse.

El pueblo, Noia, aún dormía, y el silencio lo invadía todo. Karim suspiró. Sabía que iba a echar de menos todo: desde la plaza donde los niños solían corretear después de comer, hasta el bosque, pasando por los simpáticos vecinos y vecinas, que siempre le saludaban con alegría, como si le conocieran de toda la vida.

Pero, sobre todo, iba a echar de menos aquella casa, y a ambas hadas.

Aunque Saehi había parecido ser dura y gruñona durante aquella primera semana en Arrecife, Karim pronto se había percatado de que el hada solo utilizaba su carácter como una coraza. Además, era una mujer trabajadora y madura, que se preocupaba constantemente por su compañera, por los habitantes de la isla y, a pesar de no conocerle apenas, por él. Por esto, no le sorprendió cuando le reveló que era, de hecho, profesora de lucha cuerpo a cuerpo: tenía tanto las aptitudes físicas como mentales propias de alguien que desempeñaría una profesión así.

Ivy, por otra parte, era tal y como se mostraba, sin engaños. Talentosa, insegura, alegre y cariñosa. Se emocionaba con facilidad y era sencillo saber cuándo fingía cualquier emoción, algo extraño viniendo de alguien que sabía describir a personajes misteriosos, llenos de secretos y engaños. Pero también por esto, le había resultado muy natural entablar una profunda amistad con ella, y ambos habían llegado a tener un nivel de confianza que, de otra forma, no hubiera sido posible.

Karim sonrió. Desde que Shaneequa le había rescatado, su vida había dado un gran giro, presentándole a personas nuevas y diferentes, empujándole más allá de su zona de confort, y todo aquello le había ayudado de una forma o de otra.

Observó sus manos, sus marcas más visibles que la última vez.

El muchacho que, aterrado, había huido de su padre en una fría noche de verano ya no existía. Por fin, tras todo aquel viaje, podía afirmar que creía en sí mismo. Que creía en el cariño, en el amor, y que nada de esto le asustaba. Porque, aunque existía un riesgo de salir herido por todas las personas que le habían ofrecido su ayuda, sin ellas seguramente no habría visto aquel

amanecer.

Sintiendo una mezcla de satisfacción, orgullo y melancolía, se levantó de la cama y, rehaciéndose el moño con el que había dormido, bajó hasta la cocina con el máximo sigilo del que fue capaz.

Es entendible, pues, el nivel de asombro que sintió cuando vio a Saehi y Shaneequa sentadas a la mesa, tomando un café, con el aspecto de llevar un largo rato levantadas.

—¡Shaneequa! —exclamó, incapaz de contenerse.

—Buenos días, Karim. —Su tutora sonrió, las ojeras de su rostro destacando aún más con aquel gesto.

—¿Cuándo has llegado? —El muchacho tomó asiento, extrañado.

—Como siempre, alrededor de las cinco de la mañana. —Saehi suspiró, frotándose el rostro, claramente cansada—. Un asco, si me preguntas.

—Sabes por qué elijo esa hora —respondió Shaneequa, llevándose la taza a los labios, y volvió a girarse hacia Karim una vez hubo tomado un trago—. Y ahora, Karim, desayuna y prepara tus cosas. En media hora nos marchamos.

—¿Ya? —exclamó él, sorprendido.

—¿No podéis bajar la voz? Algunos intentamos dormir por aquí. —Ivy apareció en las escaleras, sin gafas, frotándose los ojos, su pijama arrugado. Fue entonces cuando notó la presencia de la Hija de la Luna en la estancia. Entrecerró los ojos, y cuando por fin estos la enfocaron, todo su sueño desapareció de golpe—. ¡Shaneequa!

Se acercó con rapidez, dándole un abrazo a pesar de que esta estaba sentada.

—Hola, Ivy —sonrió Shaneequa—. ¿Qué tal va la nueva saga?

—Bien, bien. —El hada, aún de pie, era toda sonrisas—. Karim me ha hecho comentarios muy constructivos.

Shaneequa se giró hacia el chico, enarcando una ceja.

Él se encogió de hombros, sintiendo que se sonrojaba.

—Sonaba interesante.

—Bueno, Ivy, antes de que te enrolles te aviso —intervino Saehi—. Karim y Shani tienen que marcharse en media hora.

—¿Ya? —dijo, esta vez, Ivy, su sonrisa tornándose en una mueca de tristeza.

—Antes de que la gente de Noia despierte —respondió Shaneequa, y ante la cara de pena del hada, tuvo que añadir algo más—. Sabes que no puedo permitir que me vean por aquí tan a menudo, Ivy.

—Ya, pero aun así tengo derecho a ponerme triste, ¿sabes? He cogido mucho cariño a Karim...

—Es un buen niño, es normal que se haga querer —replicó Saehi.

Shaneequa inspeccionó con la mirada a su pupilo.

—No parece tan niño para mí. Has crecido, Karim —dijo, esbozando una de sus sonrisas sin dientes.

—¡Te lo dije! —se regodeó Ivy. Saehi comenzó a resoplar mientras el hada de tierra presumía una y otra vez, ante la mirada divertida de Shaneequa, quien aprovechó para continuar bebiendo su taza de café.

El muchacho se sonrojó, mordiéndose el labio. Fue en aquel momento cuando se percató de que tenía la coartada perfecta para huir de aquella incómoda escena.

—Voy a preparar mis cosas —murmuró, y echó a correr escaleras arriba con tal velocidad que nadie tuvo tiempo siquiera de responderle.

Quince minutos más tarde, la habitación se encontraba en perfecto estado, como si nadie hubiera vivido allí durante tres semanas. Karim echó un último vistazo al cuarto, tratando de memorizar cada detalle, cada mota de polvo. Suspiró y, ajustándose al hombro la mochila que Ivy le había regalado, volvió a la cocina.

Ignoró la conversación que mantenían sobre procesos rutinarios y todo lo que suponía la burocracia y la responsabilidad y, tras dejar la bolsa a un lado, ya acostumbrado a aquel lugar, se sirvió a sí mismo un vaso de leche fría y dos dulces que devoró con apetito. Una vez hubo terminado, lavó los

utensilios y, cogiendo su mochila de nuevo, se acercó a la mesa. La charla cesó de inmediato y todas se volvieron hacia él, sus rostros de pronto graves.

—¿Listo? —preguntó Shaneequa.

Karim asintió, y esta se puso en pie.

—En marcha, entonces —añadió, y dio dos breves abrazos a las hadas.

Karim hizo lo mismo, pero él no pudo evitar que los suyos duraran unos instantes más.

—Suerte, Karim —sonrió Ivy cuando se separó de ella.

—Menos suerte y más mandarme el libro acabado —bromeó Karim, haciéndola reír.

—Ten cuidado, chaval —le dijo Saehi, su cabeza levantada para mirarle directamente a los ojos. Por algún motivo, aquellas palabras no consiguieron tranquilizarle lo más mínimo.

—No te preocupes. He tenido una buena maestra —replicó él y, con una sonrisa triste, se giró hacia Shaneequa, quien ya se encontraba en el marco de la puerta, su capucha ocultando su rostro. Suspiró y se subió la suya propia, acercándose hacia ella.

Y justo antes abandonar todo tras de sí, se volvió una vez más, reteniendo las lágrimas a duras penas.

Lo último que vio fue a ambas hadas, sus brazos entrelazados en gesto de apoyo mutuo, despidiéndose de él con ojos acuosos.

La puerta se cerró con un sonido seco, y tuvo que enfrentarse a Shaneequa, que le contemplaba con curiosidad.

—L... lo siento. —Karim se apresuró a limpiarse las pequeñas gotas de agua de sus mejillas—. Es solo... Las voy a echar de menos.

Shaneequa se mantuvo inexpresiva y se pasó una mano por los cabellos. Pareció dudar unos instantes y, entonces, colocó una de sus manos en el hombro del muchacho.

—No te preocupes, Karim —le dijo en tono confidente, agachándose un poco para estar a su altura—. Estoy segura de que volverás a verlas.

Karim asintió, sintiendo en lo más profundo de su alma que aquella predicción se cumpliría.

—Y ahora, vámonos. Tenemos una misión esperándonos —añadió, irguiéndose de nuevo.

—¿Dónde vamos? —preguntó Karim.

—A Sino —respondió ella, y sin añadir nada más, se dio la vuelta y comenzó a andar en dirección al bosque.

Karim, por otra parte, permaneció unos instantes inmóvil, notando sus tripas revolverse.

Sino.

El país de los duendes.

Inspiró profundamente, evocando aquellos momentos con Laura en su propia mente, tratando de controlar sus sentimientos.

Aquella misión no iba a ser un simple paseo por la playa, aquello estaba claro. Tendría que enfrentarse a su peor miedo.

Karim se obligó a poner un pie delante del otro, caminando tras su tutora.

Iba a ser complicado, pero lograría hacer que todas las personas que habían confiado en él se sintieran orgullosas.

Porque se lo había prometido a sí mismo.

Y así, su paso cobró vigor, y pronto se vio manteniendo el rápido ritmo de la Hija de la Luna, caminando a su lado.

Sin embargo, en el fondo de su mente sabía que algo fallaba.

Un asunto aún pendiente.

PARTE III
LUCHAS INTERNAS

Capítulo 30

La duende oscura

Por fin, tras una semana de viaje, llegaron al lugar donde les esperaba la clienta.

Aunque no habían encontrado nada interesante por el camino, a Karim le fascinó tanto el puente que unía la Isla de los Vientos con la Isla de la Lluvia como los dos barcos que habían tenido que tomar para llegar al continente. Una vez de nuevo en él, se sumergieron en los bosques, ignorando los retorcidos caminos de tierra de Madir.

Fueron días tranquilos, llenos de entrenamientos diversos e incluso varios enfrentamientos amistosos entre Karim y Shaneequa. Por supuesto, el muchacho siempre perdía, pero eso no le desanimaba en lo más mínimo, sino que, por el contrario, le hacía querer intentarlo con más ahínco. Todo esto hizo que, en aquella semana, su control del rayo y del aire aumentaran considerablemente, igual que su creatividad.

Ahora, crear espadas de aire, o escudos, o cualquier otro objeto, le resultaba tan sencillo como chasquear los dedos.

Pero nada ni nadie le había preparado para encontrarse con aquella mujer.

Una duende oscura de aspecto nervioso les esperaba justo ante la verja de madera, ahora casi totalmente podrida, que delimitaba la frontera entre Delinne y Sino. Su vestido, de color crema con flores amarillas, le llegaba hasta los tobillos, y su recatado recogido indicaba que era miembro de la conocida Sociedad Antivicios, formada exclusivamente por duendes que creían que la magia oscura era algo denigrante y depravado.

—¿Eres tú la Hija de la Luna? —inquirió, su gesto serio, cruzándose de brazos.

Shaneequa asintió y se apostó ante ella. Aquel gesto pareció incomodar a la duende, que movió los hombros con nerviosismo.

—¿Ese quién es? —preguntó, señalando con la barbilla a Karim, su ceño fruncido.

—Mi aprendiz —replicó, cortante, Shaneequa.

Karim, mientras tanto, se agarraba con fuerza al asa de su mochila, su corazón latiendo con fuerza en sus oídos.

—¿Y bien? —Shaneequa enarcó las cejas, y la duende abrió la boca. Su barbilla tembló y, solo entonces, comenzó a hablar.

—Me llamo Irina —empezó, y Karim no tardó en notar que, para ella, estaba siendo bastante difícil contarles todo aquello—. Mi hijo, Misha, ha sido secuestrado. Por favor, ayúdenme a localizarle y traerle de vuelta a casa.

—¿Tiene el dinero? —intervino Shaneequa. Su frialdad sorprendió a Karim. ¿Cómo podía responderle aquello a una madre desesperada?

La mujer asintió, angustiada, y rápidamente extrajo de su pequeña cartera de piel una bolsita de dinero. Rauda, se la tendió a Shaneequa, asegurándose de mantener las distancias.

—¿Puede describirnos su aspecto? —Mientras pronunciaba estas palabras, Shaneequa guardó el dinero en su mochila.

—Es bajito, de pelo rubio como la hierba en verano. —Irina apretó los labios, conteniendo el llanto—. Tiene unos grandes ojos oscuros, redondos. Una naricilla... —Una lágrima se escapó de su ojo derecho y, disculpándose, se la limpió con un pañuelo de seda antes de continuar—. Una naricilla respingona. Le falta un diente, una de las paletas. —Cerró los ojos, compungida, e inspiró profundamente—. Tiene una voz aguda y le gustan mucho los perros. Llevaba... Llevaba una camiseta azul y unos pantaloncitos negros cuando... cuando desapareció. —Su voz se quebró con esta última palabra y se tapó la cara, vencida por las circunstancias.

—¿Alguien que quisiera vengarse de ustedes, o incluso del niño? ¿Un viejo amante, una hermana celosa? —El tono monótono que empleaba hizo que Karim se diera cuenta de que aquella no era la primera misión de secuestro que su tutora manejaba.

—No... no sé... —Irina, temblorosa, se pasó la mano por la frente una y otra vez—. Quizás... gente contraria a la Sociedad...

—Señora. —La mirada de Shaneequa se clavó en la duende,

inexpugnable—. Ha dicho que su hijo tiene los ojos negros, ¿cierto?

La mujer asintió, palideciendo.

—Como usted.

—No sé a dónde quiere llegar con todo esto —espetó la duende, volviendo a cruzarse de brazos.

—Si no me equivoco, la Sociedad Antivicios está en contra de que gente como usted y su hijo desarrollen sus poderes.

—¿A dónde quiere llegar? —espetó Irina.

—¿Es posible, digamos, que alguien dentro de la organización no estuviera... especialmente feliz de ver que su hijo salía a usted?

—¡Pero, por favor! —exclamó ella, llevándose una mano al pecho—. ¿Cómo puede insinuar algo así de... de...?

—Porque si estoy en lo correcto, usted está casada con un duende blanco. ¿Me equivoco?

Irina calló, confirmando de esta manera la teoría de Shaneequa.

—Bien —asintió la Hija de la Luna, ahorrándose el comentario—. Gracias por la información. Si me disculpa, nos marchamos. Me aseguraré de devolverle a su hijo dentro de los próximos dos meses.

—¿Está segura de que no le habrá pasado nada hasta entonces? —La duende avanzó un paso hacia ellos, ansiosa.

—Los secuestradores no han contactado con usted, ¿cierto?

Irina negó con la cabeza.

—Ni una sola vez desde que fue... secuestrado hace una semana. —Sus labios temblaron otra vez.

Shaneequa la miró con fijeza.

—No puedo prometerle que no le habrá pasado nada, entonces. Pero créame, su hijo tiene muy pocas probabilidades de aparecer muerto. Ahora, si nos disculpa, hemos de marcharnos.

Y sin darle tiempo a añadir nada más, Shaneequa se dio la vuelta y comenzó a desandar el camino por el que habían llegado allí. Karim permaneció unos instantes observando el rostro descompuesto de la duende y, perplejo, procedió a acudir al encuentro de su tutora.

—¿Por qué le has dicho eso? —inquirió Karim, sintiendo pena por la mujer—. Solo quiere recuperar a su hijo.

—Y dime, ¿cómo exactamente le va a ayudar una mentira? —replicó Shaneequa, sin disminuir su paso.

—Bueno, al menos le darías un motivo para no echarse a llorar. Ya tiene suficientes.

Shaneequa se paró en seco, observándole con sus ojos cansados conforme él, sin querer, le adelantaba y se detenía unos pasos más adelante.

—Karim, llevo ya muchos años en este negocio. Te aseguro que una mentira no hubiera ayudado en nada.

Y, veloz, reanudó la marcha. Karim se apresuró a alcanzarla de nuevo.

—No creo que sea la mejor manera de hacer las cosas... —musitó, contrariado.

—A ese niño lo ha vendido su propio padre, Karim —escupió Shaneequa—. Su propio padre.

El muchacho le observó de hito en hito.

—¿Cómo...?

—¿Que cómo lo sé? ¿No has visto lo mismo que yo? —Sacudió la cabeza—. Esa mujer no es feliz. Casi todos los duendes oscuros dentro de la Sociedad están ahí por matrimonios forzados, concertados.

—No puede ser... —musitó Karim, sintiendo una especie de garra comprimir su corazón.

Si algo podía afirmar de su familia era que, cuando todos estaban juntos, eran felices. Su madre y su padre se amaban, y el ambiente era distendido y acogedor.

Solo de imaginar la tristeza que debían sentir todos los implicados en

una situación así le daban ganas de llorar.

—Sí puede ser. —Shaneequa parecía más y más furiosa con cada palabra que decía—. Los padres de la persona con magia oscura piensan que con esa “ofrenda” —hizo las comillas en el aire con ambas manos—, sus hijos quedarán perdonados por el pecado de nacer con esos poderes. Los padres y la propia persona con magia blanca piensan en ello como un “sacrificio”, un orgullo para ellos. Oh, qué magnánimo, se casó con una duende oscura para librarla del pecado —bufó—. Mentalmente siguen viviendo en los tiempos de Falak.

—¿Y por qué estás tan segura de que ha sido su marido? —preguntó Karim, inquieto por la seguridad con la que compartía toda aquella información.

—¿Has visto sus ropas? ¿Y el bolso? Por no mencionar el hecho de que puede pagar mis... nuestros honorarios —suspiró—. Esa mujer está casada con un pez gordo de la Sociedad. No creo que a este le gustara que su hijo resultara ser un duende oscuro. Si hubiera sido un nulo, aún hubiera podido ignorarlo. ¿Pero un duende oscuro? Una deshonra para alguien con “poderes puros” —respondió, sarcástica.

—Pero eso no asegura que haya sido él.

—Cuando lleves los mismos años que yo en este trabajo, verás que sí —resopló.

—¿Pero por qué te afecta tanto?

Ante esta última pregunta, Shaneequa mantuvo los labios sellados. Finalmente, tras lo que parecieron siglos, habló.

—No soy yo la que debe responder a eso.

—¿Entonces quién? —Karim elevó los brazos, desesperado.

La Hija de la Luna guardó silencio unos momentos más.

—Tony —dijo en voz queda.

Esta respuesta sacudió a Karim en lo más profundo, haciendo que todo su entusiasmo por hacer preguntas se evaporara de golpe.

Ahora entendía el comportamiento y las reacciones del nigromante en el barco.

Ahora entendía por qué no había tardado en acudir en su auxilio ante los humanos.

Tras varias horas caminando entre árboles, volviendo sobre sus pasos, tomaron un descanso para almorzar. Fue entonces, y solo entonces, cuando Karim se atrevió a inquirir sobre su próximo destino.

—Cruzaremos Delinne —respondió Shaneequa—. En la frontera con Miriade hay un lugar donde sospecho que puede estar el niño que buscamos. Si no está allí, tendremos que preguntar por otros sitios —dijo, cavilando, conforme sus filetes crujían, sobrevolando el fuego al son de sus dedos.

—¿Por qué sospechas que es ese el lugar donde está? —Karim observó el crepitar de la carne, hambriento.

—Porque los duendes negros son extremadamente poderosos —replicó ella.

—¿Y? —Karim enarcó una ceja.

—A la gente rica les gusta ese tipo de cosas, Karim. Guardaespaldas capaces, sicarios propios, ya sabes.

—¿Qué clase de sitio es? —preguntó él, dubitativo. No podía pensar en siquiera uno solo que reuniera todas esas características.

Shaneequa elevó los ojos y clavó en él sus pupilas, su gesto grave, serio.

El ulular de un búho llegó a sus oídos desde las lindes del claro.

—Un mercado de personas.

Capítulo 31

Ilusiones

Tardaron cinco días en llegar al otro lado del país, ayudados por una carreta de un joven campesino nulo que llevaba plantas medicinales de una ciudad a otra. De esta forma, solo tuvieron que caminar el primer día.

Así, cuando la noche llegaba, Karim y la Hija de la Luna dormían en la hierba, a un lado del camino, y el comerciante dentro de su carreta, junto a su mercancía. Cuando amanecía, desayunaban por separado y se ponían en marcha, ambos sicarios escondidos entre las cajas de hierbabuena, romero y laurel. El joven campesino, aunque agradeció los delines que Shaneequa le ofreció como pago, no quiso saber absolutamente nada de ellos, ni siquiera sus nombres. Bastante riesgo corría al llevarles a Trev, o eso les dijo.

Una vez llegaron a las puertas del pueblo, el muchacho se marchó fustigando a sus caballos, sin despedidas. Shaneequa y Karim entraron en la ciudad encapuchados, igual que habían viajado, y tras un largo rato, encontraron un tugurio de mala muerte, plagado de humanos de aspecto descuidado y profesión dudosa. El gerente, un humano barrigón de pequeñas gafas redondas, les dio la llave de su habitación tras recibir su pago, evitando preguntas innecesarias.

Una vez estuvieron a resguardo en su minúsculo cuarto, Karim suspiró, dejándose caer en la litera de abajo, revelando su rostro.

—Este sitio da asco.

—He estado en otros peores —repuso Shaneequa, escueta, subiendo a la otra litera de un salto.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Ahora, dormir —replicó ella.

—Pero si es por la mañana.

—El mercado de personas solo abre al anochecer, Karim —respondió, paciente, y dirigió una mano hacia las persianas. Encorvó un par de dedos, como si sujetara la correa, y al ponerlos rectos de nuevo, estas bajaron, dejándolos a oscuras en aquella sucia caja de zapatos—. Que descansas.

Y, acto seguido, se dio la vuelta, su cara hacia la pared, y el cuarto se quedó en silencio.

Karim, resignado, cerró los ojos, tratando de conciliar el sueño. Sin embargo, las horas pasaban, y él no hacía más que dar vueltas en su cama, inquieto.

No podía ignorar el hecho de que el lugar al que iban a ir era peligroso. Un lugar detestable, horrible, donde la vida era vista como algo con un precio, algo capaz de venderse y comprarse al mejor postor. Karim sabía que la esclavitud había sido abolida en el mundo hacía varios siglos, pero, al pensar en todo aquello, era inevitable hacer comparaciones. Al fin y al cabo, era lo mismo: denigrar a ciertos seres humanos hasta el punto de verlos como objetos.

Como su padre había hecho con él.

Sacudió la cabeza, tratando de apartar aquellos oscuros pensamientos, pero era imposible deshacerse de ellos, como si fueran hormigas recorriendo todo su cuerpo, incesantes en su empeño.

La voz de Laura y los recuerdos de aquel tiempo juntos en su mente acudieron en su rescate. Lentamente, inspirando y expirando con cuidado, tratando de no regocijarse en las malas sensaciones, combatió todos y cada uno de los pensamientos intrusivos que le devoraban por dentro. En algún momento, cayó dormido, cansado por el esfuerzo titánico de pelear con sus propios demonios.

Algunas horas más tarde, despertó de un salto, asustado por un toque en su hombro, golpeándose la frente con la cama de arriba. Colocó una mano sobre la zona dolorida, sus ojos llorosos, y se giró hacia su tutora.

Shaneequa le contemplaba con expresión divertida, cruzada de brazos, la luna iluminándola desde un costado.

—¿Listo?

—No creo que lo esté nunca —replicó él, suspirando y bajando del lecho con un quejido.

Shaneequa no respondió, sino que esperó a que él tomara su mochila y, entonces, abrió la puerta, dejando que pasara delante de ella.

Aunque el hostel se encontraba casi inhóspito, solo el gerente leyendo su periódico y algunos paisanos tomando una cerveza, Karim sintió que les observaban con ojos suspicaces. Agradeció la presencia de la capucha: sus marcas eran ya demasiado obvias incluso de noche.

Una vez salieron a la calle, el aire nocturno le golpeó en el rostro. Karim no se hallaba precisamente impresionado por la ciudad: era de casas feas y esperpénticas, marrones o anaranjadas, y de calles estrechas y angostas. Los edificios se amontonaban sin ton ni son, como si fueran juguetes que un niño había ido acumulando conforme pasaban los años, y las gentes, por lo general, tenían cierta energía siniestra: todos parecían sospechar de los demás, y nadie confiaba siquiera en su propia familia.

Era una ciudad repleta de sicarios, ladrones y prostitutas, de drogas y vendedores de objetos prohibidos, eso estaba claro.

Una ciudad perfecta para alojarte con tu esclavo recién adquirido, donde nadie iba a mirarte demasiado tiempo si le abofeteabas o no, o si su sangre o la tuya propia se derramaban por los adoquines, serpenteando entre las baldosas.

Karim se aseguró, por tanto, de mantenerse cerca de Shaneequa. Ambos tuvieron que esquivar borrachos en callejones, un par de mujeres ofreciendo sus servicios y un bulto que daba la impresión de ser un cadáver en descomposición, con moscas revoloteando a su alrededor, antes de llegar a las otras puertas de la ciudad.

Una vez fuera, anduvieron durante alrededor de una hora, recorriendo caminos casi imperceptibles en el bosque, hasta alcanzar un pequeño claro. Shaneequa se detuvo junto a una roca, unas colinas visibles a lo lejos.

—Karim, ponte el traje que te compré —dijo su tutora.

—¿El blanco? —Parpadeó él, perplejo.

Shaneequa asintió.

—¿Para qué exactamente?

—Tardo más en explicarlo que en mostrártelo. Póntelo —suspiró ella, y procedió a darle la espalda, otorgándole algo de intimidad.

El muchacho se desvistió y volvió a vestir con rapidez, tratando de estar desnudo el mínimo tiempo posible. Cuando se giró de nuevo, no pudo contener un grito de asombro.

La mujer que se volvió para observarle no era su tutora. O al menos, no lo parecía. Aunque su estatura era la misma, todo lo demás era... extraño. Sus cabellos, antes cortos y magenta, ahora acariciaban su cintura y eran del color del azabache. Sus ojos, que instantes previos eran negros, sin iris, ahora parecían humanos, azules como el cielo. Todos sus rasgos, aquellos redondeados que tan bien conocía, eran en aquel momento angulosos, y su figura, hasta hace poco algo esmirriada, tenía ciertas curvas donde su vestido blanco aprovechaba para reposar, revelando su cuerpo sutilmente. Tan solo sus marcas se mantuvieron casi iguales y, aun así, resultaban menos oscuras y más borrosas.

—¿Qué...? —chilló Karim. La mujer colocó una mano sobre su boca, callándole.

—Mantén el pico cerrado o estamos acabados —susurró, mirando a su alrededor con cuidado.

Karim reconoció aquella voz inmediatamente.

—¿Shaneequa?! —susurró, escandalizado.

La mujer sonrió y asintió.

—¿Qué... qué te has hecho? —Karim se llevó las manos a la cabeza, sorprendido.

—Una simple ilusión, Karim. Pensé que lo sabías —suspiró su tutora.

—Sí, pero una cosa es saberlo y otra es... —Gesticuló hacia ella, incapaz de acostumbrarse—...verlo.

Shaneequa, sin responder, colocó sus manos sobre su frente dolorida y

Karim, con una cálida sensación, sintió como si una manta se deslizara sobre su piel, abrigándole, cubriéndole con calidez.

—Mírate —dijo ella una vez se hubo separado de él, sonriendo de lado.

Karim observó sus manos, y casi se cayó del susto cuando comprobó que su piel, antes almendra, ahora era blanquecina, sin rastro de marca alguna.

—¿Tengo iris? —preguntó, divertido, el asombro patente en su voz.

Shaneequa asintió.

—Marrones —replicó—. Y un corte de pelo bastante curioso. Creo que el castaño que he elegido te queda bien. —Se llevó una mano a la barbilla, pensativa, claramente entretenida con su reacción.

—¿Y para qué hacemos esto? —sonrió Karim. Sin embargo, su sonrisa se evaporó en cuanto vio cambiar el semblante de Shaneequa, su gesto tornándose serio, casi grave.

—En esas colinas, Karim, está el mercado de personas —explicó, recolocando su mochila—. Y vamos a infiltrarnos.

Capítulo 32

En el mercado

Por suerte para Karim, su papel resultaba bastante sencillo de interpretar.

Shaneequa le había dado instrucciones de no hablar bajo ninguna circunstancia. Desde aquel momento, él era el señorito Duchamps, un niño mimado que pensaba que solo su criada, una humana nigromante que le acompañaba como un perro faldero, merecía su trato directo. De esta forma, sobre los hombros de Shaneequa recayó toda la responsabilidad de la operación.

Karim no las tenía todas consigo. Sabía que solo tenía que seguirla por el mercado y, si encontraban al muchacho, lo comprarían con rapidez. Solo en un improbable caso, el dinero que llevaban no sería suficiente, y entonces tendrían que renunciar a su engaño y recurrir a métodos más... agresivos.

Sin embargo, por muy improbable que esto fuese, no podía evitar sentir cierta inquietud.

A pesar de todo, Karim siguió a su fingida criada hasta los pies de aquellas colinas, sus fardos a resguardo en el claro. Extrañamente, una gran roca llena de hoyos se encontraba recostada contra la pendiente. Shaneequa, ahora Marine, convocó su aura y, en un solo gesto, perforó un agujero en la piedra, apenas del grosor de una aguja. Karim mantuvo su boca todo lo cerrada que pudo, algo complicado debido a su asombro, y fue en ese momento que se percató de lo difícil que le resultaba mantenerse en silencio.

La enorme roca se hundió en la tierra y, echándose hacia un lado, descubrió un oscuro pasillo. Karim no pudo evitar hacer comparaciones no muy a favor de aquel corredor ante sus ojos al recordar el de la posada de Rea.

Marine se introdujo en este, diciendo con voz dulce a su amo que le siguiera. El confuso señorito Duchamps obedeció, tratando de componer una mueca altiva.

No habían avanzado apenas diez pasos cuando la roca volvió a colocarse en su sitio, y una serie de antorchas se iluminaron por parejas hacia las profundidades de la cueva, hacia el interior de la tierra.

Marine y su amo continuaron caminando y, apenas un minuto más tarde, tras varios giros y requiebros, llegaron ante unas descomunales puertas caoba, decoradas por toda su superficie con filigranas doradas y representaciones del cielo, la tierra y el mar. No había pomos, ni agujeros donde introducir una llave, y parecían pesar demasiado para poder moverlas con fuerza bruta. Karim empezaba a pensar si allí acababa todo cuando, una vez más, su tutora le sorprendió.

Marine aporreó las puertas en el centro, con ambas manos, una sola vez. Acto seguido, dio un toque en una de las olas representadas en oro, dos en una montaña y tres en la luna. Sonó un chasquido, y dos rosas sobresalieron de las puertas, haciendo las veces de pomos. Con resolución, Marine las asió y las giró a la vez, una en sentido horario y otra en sentido antihorario.

Las puertas se abrieron y las antorchas se apagaron, dando paso a tanta luz que Karim puso en duda si de verdad se encontraban en un subterráneo.

Tras las puertas, un gran vestíbulo les daba la bienvenida. El suelo, las paredes y hasta el techo estaban revestidos de terciopelo púrpura, con adornos dorados por todas partes. Aquí y allá encontraban tanto una sofisticada lámpara de araña, como hermosas mesas con iluminación propia, e incluso sofás y sillones que parecían resplandecer por sí mismos. La opulencia emanaba de cada rincón, de cada espejo y joya que decoraba el lugar. Ante ellos, la sala se ramificaba en cinco direcciones y, encima de cada uno de los pasillos, cinco enormes retratos de cinco humanos diferentes, sus marcos repletos de diferentes piedras preciosas, reafirmaban la impresión de Karim de que aquel era un lugar de ricos y pretenciosos, un lugar lleno de corrupción.

Las puertas se cerraron y pasaron entre dos mujeres idénticas, cada una tras un mostrador de lo que parecía ser amatista, ambas haciendo una profunda reverencia y dándoles la bienvenida en un tono estudiado para ser amable.

Karim no podía dejar de mirar a su alrededor, fascinado y, a la vez,

disgustado por tanta muestra de riqueza que, en su opinión, no era ni necesaria ni de buen gusto.

—Por aquí, amo Duchamps —dijo Shaneequa en aquel tono suave, y le guió bajo el retrato de un nigromante calvo, de ojeras marcadas y sonrisa impoluta, su marco de esmeraldas a juego con sus ojos.

Tras atravesar el pasillo, este forrado de terciopelo verde, ignorando a los demás, llegaron a una gran sala que parecía ser un gran teatro: cientos de asientos de color bosque se repartían por casi toda la habitación, e incluso había ciertos balcones con hermosas cortinas con decorados plateados. A ambos lados de la sala, pegados a la pared, dos pasillos parecían prometer más diversión a aquellos que estuvieran dispuestos a tomarlos.

Karim tragó saliva conforme su supuesta criada esquivaba a elfos, duendes y humanos, todos visiblemente adinerados y acompañados por mayordomos o similares, y tomó asiento en una de las filas del medio, centrada respecto del escenario. Karim la imitó, y una humana fornida, de facciones duras, no tardó en ocupar su otro costado. A su lado, un escuálido adolescente pelirrojo de piel morena, un humano oscuro, miraba a su alrededor, cauteloso. No tardó en percatarse que aquel chico, tan poca cosa, era el acompañante de la descomunal dama sentada a su lado, y a duras penas fue capaz de contener una carcajada.

Shaneequa, interpretando con soltura su papel de Marine, rápidamente preguntó a un mayordomo a su lado, cortés, cuándo iba a comenzar la puja. Este, un duende nulo lleno de canas, le respondió con educación. Marine, sonriendo con dulzura, se volvió hacia Karim.

—¿Ha escuchado, amo Duchamps? La subasta de esta mañana no tardará en empezar —dijo.

Karim iba a responder cuando, recordando su promesa y sus instrucciones, se percató de que le estaba prohibido decir siquiera una sola palabra. Enarcó una ceja, interpretando su mejor papel de niño malcriado y egoísta, y se recostó en el comfortable asiento fingiendo una seguridad exacerbada en sí mismo, ignorando el nerviosismo, inquietud y disgusto que sentía por encontrarse en una sala con gente como aquella.

Media hora más tarde, el murmullo de la habitación se redujo a silencio,

y las luces bajaron de intensidad. El telón, de un brillante verde menta, se abrió, y el espectáculo comenzó.

Capítulo 33

Impotencia

—¡Bienvenidos, damas y caballeros, a la puja de la mañana! — canturreó la presentadora, una delgada humana vestida de forma estafalaria, agarrando su micrófono con desparpajo—. ¡Estoy segura de que están anticipando con ansias la mercancía que llegó anoche! ¡Pues bien, no les haremos esperar más! ¡Evangeline, si eres tan amable, ¿podrías traernos el primer producto?! —Su tono de voz, animado, daba un aspecto incluso más grotesco a todo aquello.

La supuesta Evangeline, una duende nula de largos cabellos rubios, trajo a rastras a una niña humana de apenas cinco años. Sus grandes ojos marrones observaban todo a su alrededor, el terror reflejándose en sus pupilas. Aunque iba bien vestida y aseada, sus manos estaban atadas a su espalda, y su actitud demostraba que tenía miedo de la duende, algo que daba a entender una relación entre ellas de naturaleza tal que a Karim le revolvió el estómago.

La presentadora comenzó a enumerar las cualidades de la niña, como si fuera un mueble: obediente, tranquila, dócil, con aptitudes para la magia blanca y talento para llegar a ser lux. Sabía cocinar, era muy callada y no daba problemas. Respondía bien al castigo tanto físico como psicológico, el sueño de cualquier amo, y no comía demasiado.

Karim apretó sus puños, tratando de contener su rabia, y miró con el ceño fruncido a Shaneequa.

Esta contemplaba la escena impasible, sin dar muestras de sentimiento alguno, como si estuviera acostumbrada. Karim se mordió las mejillas por dentro, tratando, de esta forma, de calmarse.

No entendía cómo una escena como aquella podía dejarla igual, sin causarle ninguna reacción. Sabía que su tutora ya era familiar con aquel ambiente y aquel tipo de... espectáculo, pero en su fuero interno, creía que nadie podía acostumbrarse a algo así.

La puja comenzó en dos mil delines, y tras varias ofertas en las que los mayordomos se empleaban a fondo, la niña fue vendida a un humano corpulento, con varias cicatrices y un gran bigote. Karim observó a la chiquilla volver entre bastidores, a esperar a que todo aquello acabara para reunirse con su nuevo amo, y se preguntó qué debía sentir en esos mismos instantes.

Durante un momento, dudó de si debía hacer algo. La puja no paraba, y niños y adolescentes no cesaban de acudir al escenario. En total, casi diez, de todas las razas y todos los tipos de magia. Y, con cada venta cerrada, Karim sentía su sangre hervir más y más en su interior.

Finalmente, cuando un adolescente humano nulo fue vendido como “señorito de compañía” a un nigromante elfo, que no paraba de sonreír, sintió que llegaba a su límite. Comenzó a ponerse en pie, apretando los dientes, y entonces notó una mano en su hombro.

Shaneequa, o mejor dicho, Marine, le miraba con fijeza, una advertencia en sus ojos. Karim, entendiendo que si seguía podía poner en peligro no solo su misión, sino también sus vidas y las de los jóvenes, volvió a sentarse, logrando a duras penas mantenerse tranquilo o, al menos, aparentarlo.

La presentadora dio por finalizada la subasta, y Shaneequa, consciente de todas las pupilas que se clavaban en ellos, se forzó a poner aquel tono dulce de nuevo.

—Entiendo que no hemos encontrado nada de su agrado, amo Duchamps, pero, por favor, tenga paciencia. Creo que sería adecuado preguntar a la amable señorita que ha presentado esta puja si próximamente tendrán algo que le resulte útil.

Karim, entendiendo la treta, hizo un gesto despectivo con la mano y asintió, ignorando a los demás. Por suerte, su ira era fácil de enmascarar con una excusa como aquella. En su interior, agradeció a su tutora su rápido proceder. Sin ella, estarían perdidos.

La sala comenzó a vaciarse, y Shaneequa y Karim se acercaron al escenario, al igual que otros tantos peces gordos, entre ellos, los que habían realizado alguna adquisición.

Ya se encontraban cerca de la presentadora, que bebía agua mientras conversaba con Evangeline, cuando esta se vio invadida por una cara que, para su desgracia, ambos conocían.

El nigromante pálido del barco, el bajito, se acercó a ella y entabló conversación. Por suerte, se hallaban lo suficientemente cerca para espiar la charla, pero a la distancia adecuada para no resultar sospechosos.

—Mira, he venido porque me preguntaba si alguno de vuestros agentes acepta encargos —dijo el nigromante.

La presentadora le observó de arriba abajo, sus coletas pelirrojas tambaleándose con su movimiento de cabeza.

—¿Quién lo pregunta?

El nigromante sacó una tarjeta de identificación, y carraspeó con pedantería.

—Ferdinand Julliard, nigromante oficial de Delinne. —El orgullo era evidente en sus palabras. Karim sintió ganas de pegarle un puñetazo, pero, por su propio bien, se contuvo.

—Y bien, Ferdinand. —La presentadora le devolvió la tarjeta, pronunciando su nombre con sorna—. ¿Qué quieres encargar?

—Hace poco me he topado con algo... impresionante, cuanto menos.

—¿A qué te refieres? —La chica le observó con el ceño fruncido.

El nigromante observó a su alrededor, dirigiéndoles a ellos una mirada fulminante en el proceso, y se acercó a ella, diciéndole algo al oído. La presentadora, por respuesta, abrió mucho sus ojos, sus cejas enarcadas.

—Si puedes pagarme ahora mismo cuatro mil delines, considéralo hecho.

Ferdinand rebuscó en su bolsa y, raudo, puso cuatro billetes de mil delines en su mano extendida.

—Vuelve el mes que viene —replicó ella, y le dio la espalda sin añadir nada más, guardando el dinero en los bolsillos de su pantalón con avidez y alejándose a paso rápido.

Apenas hubo dado dos zancadas cuando Shaneequa le interceptó.

—Disculpe, señorita, ¿sería tan amable de responderme a una pregunta?
—Esbozó una educada sonrisa.

La presentadora le miró de hito en hito, observando al chico con cara de malas pulgas tras ella.

—¿Qué quieres?

—Verá, mi amo, el señorito Duchamps —Marine indicó con la cabeza que se refería al muchacho a su espalda—, ha asistido a la subasta de hoy, pero no ha encontrado nada de su agrado. Me preguntaba si recibirían dentro de poco mercancía más... talentosa.

—¿En qué aspecto? —La presentadora frunció el ceño, cambiando su peso de pie, haciendo notar su impaciencia.

—Mi amo busca un joven que pueda crecer junto a él, que pueda criar como a un hermano pequeño y que, además, pueda superarme a mí tanto en poder como en vida. —Se señaló a sí misma, su gesto afligido—. El señorito, como ve, es de una especie bastante más longeva que la nuestra.

La presentadora suspiró, llevándose la mano con la botella de agua a la frente.

—Mire, lo siento por usted y su... amo pero no tenemos nada similar ahora mismo. —Se encogió de hombros—. Si hubieran venido hace dos días, habrían encontrado lo que buscaban.

—¿A qué se refiere? —Marine fingió sorpresa.

—Trajeron a un muchacho, un duende oscuro. No tendría más de seis años. Era muy mono, rubito. Me dio hasta pena tener que desprenderme de él —suspiró.

—Si no le importa, ¿podría decirme quién se lo llevó?

La presentadora le observó con suspicacia.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Bueno, debido a la urgencia de este asunto, había pensado que podría acudir a su comprador o compradora y negociar sobre su reventa. —Marine

esbozó otra inocente sonrisa.

La presentadora le sostuvo la mirada unos segundos, sopesando la respuesta. Finalmente, cansada, puso los ojos en blanco.

—Está bien. La señora Saintpont se lo llevó. Dijo que sería un guardaespaldas estupendo. Conociéndola, dudo que sean capaces de convencerla, pero eso es su problema —gruñó—. Y ahora, si me disculpan, tengo que descansar para mi turno de la tarde.

La presentadora se alejó a paso resuelto, dejando el resto de asuntos a Evangeline, que no paraba de acá para allá, emparejando mercancías con compradores. Shaneequa la observó marcharse, pensativa, y antes de que nadie pudiera sospechar, indicó a su amo que le siguiera.

Volvieron sobre sus pasos, ignorando de nuevo a todos. Las mujeres de recepción se despidieron con buenos deseos y otra reverencia, y una vez las puertas se cerraron tras ellos, Karim sintió que se quitaba un gran peso de encima. Sin embargo, aunque las ganas de llorar acudieron a borbotones, trató de mantener su fachada altanera y enfadada, precavido.

Por fin, una vez estuvieron en el claro, Shaneequa deshizo la ilusión, suspirando y sentándose en una piedra, sus manos cubriendo su rostro, y Karim notó que aquel gesto no se debía solo al cansancio de mantener el hechizo por tanto tiempo. Aguantando sus lágrimas, se acercó a su tutora y, sin dudar un solo instante, la rodeó con sus brazos.

Aquello pilló por sorpresa a Shaneequa, que aún era incapaz de asimilar lo que acababa de ver. Ciertamente era que se le daba bien mantener la compostura, pero jamás podría acostumbrarse a ver aquel carnaval de ricos, aquella feria de monstruos. Nunca podría aceptar que había gente dispuesta a hacer cosas como aquella, a secuestrar y vender personas. Nunca podría aceptar el pánico reflejado en las inocentes miradas de aquellos niños.

Y aun así, de cierta forma, no le sorprendía. Sus ojos habían visto tantas cosas, tantas barbaridades y crueldades innecesarias, que era perfectamente posible que algo así ocurriera.

Sin embargo, jamás se le hubiera ocurrido que ese sentimiento de resignación, de no poder hacer nada, mereciera compasión. Después de todo,

estaba acostumbrada a cargar con el peso de su inutilidad, de su incapacidad de actuar en situaciones como aquella.

Y por esto, este gesto hizo que algo en su interior, algo que había perdido hacía tiempo, se sacudiese. Su corazón comenzó a doler, y las lágrimas acudieron a sus ojos. Sin darse cuenta, de forma automática, correspondió al abrazo y acunó a su pupilo en sus brazos.

Karim, por su parte, no se esperaba aquella reacción. Sin poder evitarlo, su llanto cobró forma.

Y allí, los dos entrelazados, unidos por algo más grande que ellos mismos, dejaron que su impotencia abandonara su cuerpo hacia el suelo, hacia la tierra, hacia el olvido.

Capítulo 34

En la cueva

El camino hacia la frontera de Miríade con el Desierto Blanco fue largo y tedioso, lleno de montañas y colinas. La lluvia les sorprendió más de una vez, retrasándoles a pesar de que ambos podían crear paraguas invisibles para protegerse de ella.

Los primeros días, apenas hablaron. Cierta sensación de incomodidad les rodeaba, les calaba la piel y les hacía conversar como si fueran completos desconocidos. Como si acabaran de conocerse.

La tercera noche, cuando por fin acamparon en una pequeña cueva, Karim no pudo soportarlo más.

—¿Shaneequa? —Pronunció su nombre con cuidado, su pelo aún húmedo a pesar de llevar media hora cerca del fuego.

Ella se giró hacia su voz, sus cabellos alborotados, el vestido que utilizaba como toalla aún sujeto a su cabeza por sus manos, y le miró con interrogantes en los ojos.

—¿Puedo hablar contigo? —Su tono, por algún motivo, se dulcificó al ver su gesto.

—Habla —repuso ella, y continuó secándose el pelo.

—No, me refiero a que si puedes sentarte. Quiero hablar contigo. Seriamente.

—Puedes hablar mientras hago esto.

Karim se mantuvo en silencio, terco en su petición.

Shaneequa, que conocía lo suficiente al muchacho, suspiró. No sabía de qué querría charlar aquella vez, pero sabía que, si le ignoraba, pasaría a responder con monosílabos hasta que la misión hubiera terminado, como mínimo.

Y algo así, en un encargo como aquel, no podía permitírselo.

Tiró el dichoso vestido encima de su fardo y fue a sentarse a su lado, impertérrita. La lluvia, afuera, repiqueteaba en las piedras, como si tratara de hacerles llegar un mensaje.

Cuando Karim al fin se decidió a decirlo, su voz se quebró, transmitiendo toda la preocupación que sentía por su tutora.

—¿Qué te pasa?

Shaneequa no supo responder al principio. La lluvia cayó más fuerte, creando un ambiente incluso más pesado, y entonces, ella se giró hacia su pupilo.

Por primera vez en mucho tiempo, le miró. No solo le vio, le miró. Y algo se revolvió en su interior.

Aquel niño que había rescatado hacía apenas unos meses se estaba volviendo un adolescente. Sus rasgos, antes dulces y redondeados, empezaban a volverse definidos. Su mandíbula, sus pómulos, sus cejas. Todo se había vuelto más afilado.

Sus marcas también eran ahora visibles, incluso bajo la anaranjada luz del fuego. Su altura era diferente, y sus hombros más anchos. Todo él parecía más adulto, más confiado en sí mismo.

Pero, sobre todo, lo notaba en sus ojos y en su forma de hablar. Ya no se estremecía al pronunciar su nombre, ya no dudaba cada vez que quería comentar algo, ya no aguantaba la risa por miedo a resultar irrespetuoso.

Ya no le temía. Solo le respetaba. Y ese respeto había dado paso a un nuevo sentimiento, uno que vio reflejado en sus pupilas. Uno que había olvidado.

Aprecio. Cariño.

Karim le miraba con la ternura de un hermano pequeño, con la inocencia de alguien que te ama desde lo más profundo de su corazón, de alguien que quiere lo mejor para ti.

De alguien que sabe que no estás bien, aunque tú se lo niegues.

Y no supo qué responder. Por una vez, fue ella la que parpadeó con confusión y volvió a mirar sus manos.

No era él.

Apretó los puños, las marcas negras resaltando contra su piel rosácea.

Karim no era él.

Shaneequa apretó los labios conforme su alumno esperaba, paciente, a que ella dijera algo.

—¿Por qué tiene que pasarme algo? —replicó.

—Oh, no. —Karim elevó un dedo, enarcando las cejas en un gesto de advertencia—. No vas a hacer eso.

—¿Hacer qué? —Shaneequa se volvió a mirarle, frunciendo el ceño.

—Esquivar mis preguntas —gruñó él, cruzándose de brazos—. Te conozco lo suficiente para saber que tienes algo que te ronda la cabeza.

—No es nada, Karim —respondió ella, tratando de mantener la calma.

—Puedes contar conmigo. Lo sabes, ¿no? —Karim se acercó un poco a ella, con cuidado. También la conocía lo suficiente para saber que el contacto físico no era algo que a ella le gustara demasiado.

Shaneequa no respondió, cabizbaja, sus ojos fijos en el fuego.

—No sé qué es, pero quiero ayudarte. —Karim aguardó un poco más y, ante el silencio, refuló de nuevo y la acompañó en su contemplación de la hoguera. Dudó unos segundos y, entonces, habló de nuevo—. Sé que quizás esto te parezca... estúpido —rio suavemente, pasándose una mano por el cuello—. ¿Un crío de veintidós años, diciéndome lo que tengo que hacer? —suspiró, su mirada tornándose triste—. Pero no trato de decirte lo que tienes que hacer. Solo quiero que sepas... que sepas que me preocupo. —La observó con fijeza. Ella se mantuvo impassible—. Que sepas que, cuando estés lista, puedes contarme lo que sea. He pasado por mucho, pero estoy seguro de que tú también. —Rodeó sus rodillas con sus brazos—. Y aunque no pueda ser el mejor consejero del mundo... Quiero ayudarte. Quiero que puedas... que sepas que puedes confiar en mí. —Atrapó un pequeño mechón de su propio pelo con su mano derecha, rizándolo una y otra vez—. Tú me

has ayudado a mí. Ahora deja que te ayude yo a ti. —Volvió a clavar sus ojos en ella, su expresión seria.

Shaneequa no sabía qué sentir, qué decir.

Karim no era él.

Pero tampoco era aquel niño desvalido.

Y ahora, el chico que había salvado quería devolverle el favor.

Sintió ganas de reír y de llorar a la vez. No se había esperado esto. No se lo habría esperado ni en un millón de años. Al menos, no tan pronto.

¿Cómo él, en tan poco tiempo, le había superado con tanta facilidad?

Sacudió la cabeza, conteniendo su nerviosismo y su desequilibrio emocional.

Karim se dio cuenta del cambio en su expresión y colocó una mano en su hombro.

—¿Estás bien? —inquirió, obligándola a girarse hacia él.

Shaneequa, por toda respuesta, apartó su mano utilizando todo su brazo. El fuego se apagó un instante, dejándoles a oscuras, pero Karim pudo ver su rostro, contraído en una mueca de dolor.

Y reconoció aquel dolor inmediatamente.

Aquella expresión mostraba una lucha interna, la contradicción de sentimientos y lógica, la confusión de una persona que no sabía quién era, ni cuándo había dejado de saberlo.

La hoguera regresó, y la cara de Shaneequa había vuelto a ser casi imposible de leer, solo sus cejas contraídas, su mirada fija frente a ella.

—Lo siento —susurró Karim, sintiéndose culpable. Bajó los ojos y, haciéndose un ovillo sobre sí mismo, usando su fardo de almohada, fingió caer dormido con rapidez, evitando continuar aquella incómoda conversación.

Poco después, sintió a su tutora hacer lo mismo a su lado.

Y, desde aquel instante hasta que su respiración se reguló, las titilantes

llamas formando sombras chinescas en los muros cubiertos de líquenes de la cueva, Karim se mantuvo alerta, atento a cualquier sollozo, a cualquier gesto sospechoso. No era ajeno a los ataques de pánico, y sabía cómo debía actuar en un caso como este.

No en vano los había sufrido en su propia carne.

Sin embargo, nada hizo sonar sus alarmas. Nada le provocó inquietud. Nada llegaba de ella, de su aura.

Solo un gran vacío, como si ella no sintiera absolutamente nada. Como si sus emociones estuvieran bajo llave, escondidas en lo más profundo de la tierra, y nadie pudiera escucharlas.

Y esto le hizo sentir más pesar que cualquier otra cosa.

Porque Karim sabía cómo actuar ante la histeria, ante el sentimiento de que te falta aire, ante los gritos sin fin, ante la creencia irracional de que mueres.

Pero ¿qué podía hacer con la Nada?

¿Qué podía hacer con una persona a la que le falta el corazón?

Capítulo 35

Solo

La respuesta llegó a Karim antes de lo que hubiera esperado.

Shaneequa y él pasaron de hablar de forma incómoda a, directamente, no hacerlo. En el caso de que tuvieran que dirigirse la palabra, lo hacían de forma tensa.

Los dos sabían que el otro lo percibía, pero ambos se negaban a romper aquel silencio: mientras que Karim no quería ceder y dejar que su tutora diera vueltas en su cabeza una y otra vez a lo que sea que le preocupara, ella no quería admitir su debilidad. Y, aunque en parte era por orgullo, en su fuero interno sabía que había mucho más, tanto que si se atrevía siquiera a pensar en ello, explotaría.

De esta forma, avanzaron lentamente en pos de la mansión de la señora Saintpont.

El día antes de presentarse en la casa, se refugiaron en una pequeña aldea llamada Resoir, mezclándose con las refinadas gentes de las calles. O intentándolo, al menos, puesto que sus túnicas negras y sus rostros cubiertos les hacían ganarse las miradas curiosas de la multitud en aquel luminoso mediodía. Karim procuró no entretenerse en la contemplación del lugar, con sus calles pavimentadas con cuidado y sus casas de fachadas coloridas, y se limitó a seguir a Shaneequa, aunque los cuchicheos a su alrededor se le hacían aún difíciles de soportar.

Pronto, tomaron una dirección que les llevó a calles menos y menos transitadas, hacia las afueras de la aldea, hacia la cercanía de la mansión.

Entraron en otra tasca vacía con un elfo nulo grasoso en el mostrador. Este les observó por encima de sus pequeñas gafas redondas y les dio las llaves tras hablar con Shaneequa, esta vez plateadas. Karim apenas se detuvo a observar el local: desde hacía tiempo, se había percatado de que todas las pensiones para sicarios, viajeros y demás tipos de nómadas eran

prácticamente iguales, con las mismas botellas de alcohol alineadas tras el mostrador y las mismas mesas redondas.

Subieron las escaleras, la madera rechinando con fuerza bajo sus pies, y Shaneequa le tendió una llave y le señaló una puerta. Karim, sorprendido e irritado a la vez, no pudo evitar acordarse de aquel día en la posada de Rea.

Pero aquel lugar, oscuro y con olor a moho, no podía compararse al maravilloso local del hada y, por supuesto, el gerente tampoco.

—¿Habitaciones separadas? —inquirió el muchacho, enarcando una ceja.

Shaneequa asintió.

Karim reprimió una carcajada y frunció los labios, sacudiendo la cabeza.

—En fin. Hasta mañana —replicó, seco, y sin darle tiempo a decir nada más, se colocó ante su puerta y empezó a abrirla.

No soportaba aquella postura fría que Shaneequa estaba tomando. Actuaba de una forma demasiado inmadura, como si apenas fuera una cría.

Giró la llave y empujó la puerta, su ceño fruncido.

Y pensar que ella era la leyenda que todo el mundo conocía, la Justiciera, que puso fin a la Guerra Entre Especies y fue el pilar del Tratado de Paz y del establecimiento del Idioma Único.

Karim bufó, cerrando la puerta tras él y volviendo a echar la llave con furia contenida.

Vaya estafa.

—Bienvenido, chiquillo —dijo una voz desconocida.

Karim, sobresaltado, quiso girarse, pero antes de que pudiera siquiera reaccionar, una mano le tapó los ojos y, en apenas un par de segundos, cayó inconsciente.

Cuando despertó, se encontraba atado de pies y manos, y una mordaza cubría su boca. Pronto, se dio cuenta de que alguien le estaba cargando: era capaz de ver la espalda y piernas de su secuestrador, igual que el suelo, que pasaba con velocidad ante sus ojos.

—¿Sigue tras nosotros? —Fue entonces cuando Karim se percató de que había otra persona con ellos, una mujer.

No habían notado que estaba despierto.

Karim dio las gracias a su padre mentalmente: si hubiera sido una persona normal, habría comenzado a gritar nada más abrir los ojos.

Después de todo, haber sido torturado durante la mitad de su infancia tenía sus ventajas, se dijo con ironía.

—No lo sé —resopló el que le cargaba, entre jadeos—. ¿Qué ha sido de John y Bernard?

—¿De verdad lo preguntas? —replicó la mujer con sorna.

—¿De verdad crees que ella...? —El que cargaba con él no terminó la frase, y Karim supo, por su tono, que sus labios temblaban.

La mujer no respondió, y en instantes, Karim vio el suelo de piedra cambiar a uno lleno de plantas, el ritmo de los pasos de los sicarios aumentando.

Aquella gente debía estar loca, se dijo Karim. ¿Cometer un secuestro a plena luz del día? Y por sus palabras, sospechaban quién era la persona que les perseguía. Sabían de lo que era capaz. Le temían.

Algo comprensible, puesto que no era ni más ni menos que la Hija de la Luna.

Karim cerró los ojos un instante, cansado.

Pero con lo que no contaban, lo que no sospechaban, era que él podía deshacerse de ellos también.

Enfriando sus pensamientos, rememoró las lecciones sobre magia de Saehi.

Por el poco tiempo que le había tomado para desmayarse, podía suponer que el hombre que le cargaba, al menos, era un nigromante: solo ese tipo de mago podía hacer dormir a quienes tocaban con tanta rapidez. La chica bien podría ser otra maga oscura o una blanca, lux o nigromante; no había forma de saberlo.

Pero algo estaba claro: no había sido algo improvisado. Iban a por él desde el principio.

Si no se equivocaba, los nombres que habían mencionado momentos antes eran sus amigos. Probablemente estuvieran en la habitación de Shaneequa, esperando.

Karim se contuvo para no sacudir la cabeza.

Era factible asegurar que no estaban ya con vida.

Respecto al dueño de la tasca... Bueno, seguramente él no sabía quién era Shaneequa. O, al menos, que era ella la que le acompañaba a él, el objetivo de aquella misión.

Y si lo sabía, había tomado un gran riesgo.

Sus secuestradores seguían corriendo entre los árboles, tomando patrones cada vez más extraños, jadeando más y más fuerte, apenas mirando atrás excepto cuando era necesario.

Karim esperaba, todavía fingiendo estar desmayado, al momento oportuno.

Y este no tardó en llegar. Gracias a las abundantes lluvias de los últimos días en aquella parte del país, un pequeño estanque se había formado en una zona entre árboles, como una especie de pantano. Los sicarios, pensando que sería buena idea entrar en él para borrar sus huellas y, desde ahí, escalar a un árbol para huir, aprovechando el espeso techo que formaban las ramas sobre sus cabezas, entraron en él.

Karim sonrió, y sus secuestradores apenas tuvieron tiempo de gritar.

El rayo que Karim había convocado hacia el suelo, junto con su aura protectora, llegó al estanque en menos de lo que dura un parpadeo. La electricidad, aprovechando el agua como conductor natural, se esparció por esta con avidez, devorándola. Y ellos, desprotegidos, desnudos frente a tal ataque, pararon en seco y se desplomaron con un estruendoso chapoteo.

Cuando Karim pudo zafarse del brazo calcinado del hombre, hizo que el aire le librara de sus ataduras, cortando las tres con una fina cuchilla invisible de forma simultánea. Se quitó la venda de la boca y, lanzándola junto a los

cadáveres, se sacudió las manos.

Shaneequa no tardó mucho en alcanzarlos. Observó, su boca entreabierta, los cuerpos inertes, y acto seguido a Karim.

—Un humano nigromante y una duende oscura —dijo él, caminando hasta estar fuera del agua. Acto seguido, se sentó en una roca cercana, quitándose las botas—. Ninguno de los dos era muy listo, parece ser.

—¿Karim? —El tono de preocupación de Shaneequa le fastidió más de lo que podía admitir.

—Estoy bien —resopló—. Eran ellos o yo.

—Podrías haber esperado —dijo ella, llevándose la mano a los cabellos, aún perpleja. Los cadáveres seguían boca abajo, ocultando la mayoría de las venas que, con la electricidad, habían pasado a sobresalir de la piel como si quisieran abandonar sus cuerpos.

—¿Para qué? —Karim vació las botas de agua y las limpió por dentro con gesto de asco—. Diosa mía, ahora se han llenado de barro.

—Para que yo llegar...

—Sí, claro. —Karim soltó una amarga carcajada, frunciendo el ceño.

Aquella reacción confundió a Shaneequa, que solo pudo quedarse allí, inmóvil, contemplándole boquiabierta.

Karim terminó de ponerse su calzado de nuevo y, resuelto, se apoyó en sus rodillas y la miró, su cabeza ladeada. Suspiró, sacudió la cabeza una vez más e, incapaz de contenerse por más tiempo, comenzó a hablar.

—¿Cómo puedo confiar en que llegues a tiempo, Shaneequa? ¿Cómo puedo saber que estarás ahí cuando lo necesite? —dijo, su tono hostil. Ella quiso responder, pero él le cortó antes siquiera de que pudiera empezar, poniéndose en pie—. No puedes. Porque ni siquiera puedo confiar en que me cuentes tus problemas. Así que tendré que aprender a valerme por mí mismo.

Karim echó a andar y, al pasar a su lado, ignorándola, murmuró:

—En todo caso, he tardado demasiado en hacerlo.

Shaneequa permaneció allí, incluso cuando Karim se había marchado,

incluso cuando el viento echó sus cabellos hacia delante, incapaz de asimilar aquella situación.

Solo tras varios minutos de silencio pudo cerrar la boca. Y aun cuando caminaba de vuelta a la posada, pensativa, seguía sin creer que aquella situación no hubiera afectado a Karim. Después de todo, creía conocerle, y era un niño sensible.

Shaneequa se llevó ambas manos a la cabeza y se presionó la frente, volviendo a ponerse la capucha.

No.

Karim ya no era un niño.

Y, por lo que parecía, tampoco era precisamente sensible.

Tras tantos meses, tras tantas peripecias juntos, tras todo aquello...

Seguían siendo desconocidos.

O eso pensaba ella.

Porque, de vuelta en su habitación, Karim lloraba desconsolado, sintiendo la histeria apoderarse de su cuerpo una vez más, ignorando los golpes del gerente de la posada en el piso de abajo, tras el mostrador, quien se desangraba sin remedio y en casi completo silencio, su garganta perforada, pidiendo ayuda.

Él no quería matar.

Pero no le quedaba más remedio que hacerlo.

Porque solo él estaría consigo mismo todo el tiempo que viviera.

Solo él podía protegerse.

Solo él.

Solo.

Capítulo 36

En la mansión

A la mañana siguiente, largo rato tras el amanecer, Shaneequa llamó a la puerta de Karim. Este le abrió, sus ojos aún hinchados, y le miró con el ceño fruncido.

Esperaba una disculpa, al menos. Un intento por su parte de iniciar conversación. Algún gesto amistoso. Algo que indicara que le había entendido, que se arrepentía de tratarle como a alguien ajeno a ella.

Sin embargo, no obtuvo nada de eso. Solo la orden de coger su mochila.

Karim volvió a cerrar la puerta, furioso, y obedeció, cogiéndola con rabia. Antes de abrirla de nuevo, inspiró profundamente, tratando de rebajar su nivel de enfado.

Así que así estaban las cosas, ¿eh?

Pues así sería.

En el rellano, no le extrañó no encontrarse el cadáver del gerente, puesto que ya contaba con que Shaneequa haría limpieza por él. Tampoco le extrañó que ella no le dirigiera la palabra ni una sola vez en todo el viaje, o una simple mirada. Conocía aquel juego. Y no pensaba perder.

Por fin, llegaron a una elevación del terreno, casi una colina, que les bloqueaba la vista de la mansión, y Shaneequa se detuvo antes de poner un solo pie en ella.

—Ponte el otro traje. Volveremos a ser Marine y Duchamps —le instruyó.

Karim, manteniendo su voto de silencio, hizo lo que se le indicaba sin separar los labios. Pronto, Marine y el señorito Duchamps llegaron al hermoso valle donde se encontraba la mansión de la señora Saintpont: aquel, incluyendo su río y su hermosa vegetación, formaba parte de su jardín personal.

Shaneequa saludó al portero con una inclinación de cabeza y este, un anciano de rostro amable, la imitó. Después de que les abriera la verja, Marine y el señorito Duchamps atravesaron el camino principal, rodeados de arbustos, estanques y flores colocados y cuidados de forma tan ambigua que resultaba un jardín entre lo natural y lo artificial.

Aunque no tardaron mucho en alcanzar las puertas de la mansión, sí fue lo suficiente para dejar claro que la señora Saintpont no era una mujer humilde: el empedrado del sendero, junto a toda aquella flora y los múltiples jardineros, atareados en sus deberes, no permitía dudarlos.

Shaneequa tocó en los portones con timidez, interpretando su papel a la perfección. Karim, sumido en su enfado, apenas era capaz de prestar atención. Después de todo, su papel solo servía como excusa barata para que Shaneequa se luciera.

Al menos, pensó, su expresión de molestia iría en concordancia con su papel.

Una de las criadas de la señora Saintpont, una muchacha humana de cara ovalada, les abrió la puerta y, tras las pertinentes presentaciones, les guio hasta la sala principal. Esta, al igual que los pasillos, estaba llena de muebles, retratos y tapices, con una ostentuosidad parecida a la que habían visto en el mercado de personas. Sin embargo, a diferencia de esos corredores, que eran de diversos colores, todo en este cuarto era una hermosa combinación entre el oro y el blanco.

No transcurrió mucho rato hasta que la vieron llegar, atravesando la puerta con orgullo, escoltada por un canoso humano nigromante y un niño de ojos negros.

Y, durante un instante, Karim olvidó su ira, reconociendo el rostro del pequeño por la descripción de su madre.

Misha.

La señora Saintpont llegó a su altura con parsimonia, pavoneándose, su bata carmesí semitransparente rozando el suelo con cada movimiento que realizaba.

Shaneequa hizo una reverencia y Karim la imitó, incapaz de apartar los

ojos del chico a pesar del poderío que emanaba la elfa.

Era aún más pequeño de lo que le había dicho su madre, y más rubio también. Sus rasgos eran dulces, y su piel morena casaba perfectamente con la dulce redondez de sus ojos y sus labios.

Sin embargo, había algo en su forma de mirar. Algo fuera de lugar.

Karim solo tardó unos instantes en notarlo.

Aquellos eran los mismos ojos que tenían los peces recién atrapados en la Isla del Viento, antes de ser limpiados y servidos a la mesa por Saehi.

—¿Y bien? —intervino la señora Saintpoint, inspeccionándolos con la mirada, moviendo las manos para que sus joyas brillaran bajo la luz de la mañana—. ¿Qué queréis?

—Verá, señora Saintpont. —Marine hizo otra reverencia, educada, su tono manso—. Mi señor estaría interesado en comprarle a ese chico que tiene usted a su lado.

—¿Hablas de Lewis o de Misha? —replicó ella con burla, cortante, revisando los botones de su camisa con gesto altivo.

—Del duende oscuro, mi señora —respondió Marine, su cabeza gacha.

—¿Y por qué, si puede saberse? —La señora Saintpont puso una mano sobre la cabeza del chico, posesiva, haciendo que este se acercara. La expresión del niño, a pesar de ello, seguía siendo totalmente neutral.

—Mi señora. —Volvió a hacer una reverencia e hizo una pausa premeditada antes de volver a hablar—. Mi señor es el futuro heredero de su casa, pero solo existo yo para protegerle. Como ve, mi especie y la de mi señor son diferentes, y por ello puedo permitirme el placer de servirle hasta el fin de mis días. Pero, por esto mismo, cuando yo no esté, a mi amo no le quedará nadie que pueda protegerle como se merece.

—¿Y a mí por qué me importa todo esto, decías? —le espetó, irritada, la señora.

—Señora, hace unos días fuimos al mercado de personas a buscar un niño, alguien de una raza más longeva que la mía, que pueda crecer junto a mi amo como un hermano pequeño, que le sirva y proteja cuando yo no esté.

Pero nada le satisfizo, y por ello nos hallamos aquí hoy. Fuimos informados de que un chico de esas características había sido comprado por usted, y aquí venimos para pedirle su consideración en vendérselo.

—¿Y por qué debería haceros caso? —bufó ella—. Podríais ir al mercado y esperar más días hasta que tengan algo que os guste.

La ira de Karim aumentó, el desprecio que aquellas palabras expresaban por la vida calando en sus huesos.

Como si nadie, excepto ella, fuera digno de considerarse algo más que un objeto.

A duras penas, se contuvo para no gritarle en la cara, apretando los dientes. Sus dedos temblaban, deseosos de convertirse en puños y comprobar con ellos si aquel rostro de serpiente era propio, pero no se lo permitió.

Había demasiado en juego.

—Tanto usted como yo sabemos, señora, que eso no es tan sencillo como suena —respondió Marine.

La tensión creció en la sala, y el canoso nigromante cambió ligeramente su postura. Para cualquier otra pareja, esto hubiera pasado desapercibido como un gesto natural, pero para ellos era claro que el humano estaba adoptando una posición defensiva, preparándose para acabar con ellos si era necesario.

—El muchacho no está en venta —replicó la señora Saintpont, su voz fría, aliviando un poco el nerviosismo del ambiente. El nigromante se relajó de nuevo, volviendo a su posición inicial—. No lo he comprado solo por su potencial, sino por su edad. Nada os debo a vosotros para haceros tal favor. Y ahora, si me disculpáis, tengo asuntos más importantes que atender.

La señora se giró sobre sus propios talones y comenzó a llamar a gritos a la criada de antes, dirigiéndose de forma enérgica a la misma puerta por la que había entrado. La sirvienta llegó, rauda, antes de que ella saliera del cuarto, como si hubiera estado escuchando tras la puerta.

—Victoria, dales una habitación a nuestros invitados. A pesar de su descaro, no voy a ser una mala anfitriona. Pueden quedarse hasta el

anochecer, y serán servidos con el mayor respeto. Pueden unirse a nuestra comida o almorzar en sus aposentos, como prefieran. Pero si antes del atardecer no han abandonado mis terrenos, ya sabes qué hacer.

—Sí, señora —replicó la criada, cabizbaja.

La señora les fulminó con la mirada una última vez y, de forma melodramática, se marchó del cuarto, dando un portazo tras de sí.

—Por favor, si son tan amables... —La criada se acercó a toda prisa y les indicó que le siguieran. Acto seguido, con paso apresurado, abrió las otras puertas de la estancia y esperó a que ellos las atravesaran.

Karim y Shaneequa lo hicieron, presionados por el protocolo de la alta sociedad. Sin embargo, a pesar de su aparente indiferencia, a ninguno de los dos se les escapó la mirada del humano nigromante, fija en sus nuca, quemándoles.

Tras recorrer pasillos repletos de tapices y grandes ventanales con vistas al valle, por fin llegaron a los que serían sus aposentos.

—Esta puerta es de la estancia del señorito Duchamps. —Victoria señaló una puerta de doble hoja, de color turquesa—. Y esta, de la estancia de la señorita Marine. —Señaló otra, de una sola hoja y del mismo color, a varios metros de la primera—. Encontrarán que ambas habitaciones están conectadas por un pequeño pasillo y dos puertas. Espero que les resulte útil. Cuando deseen almorzar, cojan el aparato de sus mesillas y hablarán con alguna de las criadas. ¿Tienen alguna duda? —Esbozó una sonrisa, profesional.

Marine contempló al señorito Duchamps, expectante. Karim, que por un momento había olvidado su papel, negó con la cabeza.

—Bien, pues si me disculpan, sigo con mis tareas.

Y con una reverencia, la criada abandonó los pasillos casi al trote, visiblemente apurada por salir de allí.

Karim no se molestó en intentar hablar con Shaneequa: sabía que sería inútil. Así pues, se dirigió a su cuarto, ignorándola por completo.

Una vez las puertas se cerraron tras él, se apoyó en ellas y suspiró,

llevándose una mano a los ojos y frotándose los.

Todo aquello le resultaba exasperante.

Podrían haber entrado allí sin disfraces, sin tapadera ni engaño alguno, y llevarse al muchacho por la noche, cuando nadie prestaba atención. Hubiera sido muy sencillo.

Sacudió la cabeza.

De nada servía pensar en eso ahora.

Karim abrió los ojos y contempló la vasta estancia ante él: todo el suelo estaba cubierto por una hermosa alfombra azul oscura. Su cama, a mano izquierda, era incluso más grande que la que Eris tenía en su barco, y encima de ella había varios cojines de diferentes patrones y formas, todos azules y verdes. Las paredes estaban repletas de cuadros de bodegones y paisajes hermosos, todos en consonancia con el azul pastel de los muros. Unas grandes puertas de cristal, que hacían las veces de ventanales, se encontraban ante él, al otro lado de la sala, dando paso a una terraza de mármol blanco que asomaba al río del valle. Al lado de estas y hasta la otra pared se hallaban un espejo, un escritorio, un enorme armario y varios sofás y sillones alrededor de una mesa de cristal. A la derecha del todo, la habitación descendía, y tres escalones llevaban hasta una puerta del mismo tono madera que los muebles.

—No está mal —dijo Karim, y fue hasta la cama, donde dejó su fardo, que ahora parecía una lujosa mochila, y se dirigió hacia la terraza.

Se apoyó sobre la gruesa barandilla, dejando que el aire le acariciara el rostro, y contempló el paisaje, vaciando su cabeza de pensamientos. Permitió que el calor del sol, el olor de la vegetación, el cantar del río y el sonido de los animales inundaran sus sentidos y le hipnotizaran, calmándole y arrullándole como los brazos de una afectuosa madre.

Durante unos instantes, solo existió él. Ni Shaneequa, ni su padre, ni Eris, ni Saehi, ni Laura, ni Tony. Nadie. Solo él, la naturaleza, y nada más.

Ensimismado en el ambiente, no se percató de que alguien había entrado en su habitación.

Por esto, cuando una mano se posó en su hombro, su susto fue tal que

casi cayó de la terraza hacia el valle.

Y así deseó que hubiera sido cuando, al girarse, vio un rostro más que familiar.

Capítulo 37

Nina

Una vez Shaneequa se hubo marchado, Karim suspiró, pasándose las manos por el rostro, cansado.

Estaba tan harto de aquella tensión entre ellos...

Y todo por el estúpido secretismo de su tutora, por su reticencia a expresar sus preocupaciones.

Karim sacudió la cabeza y se dirigió de nuevo hacia su cama, dejando las puertas de la terraza abiertas. Tomó una cómoda posición, y se dispuso a ensayar de nuevo su control del aura, puesto que desde que Shaneequa y él habían discutido en la cueva, no había vuelto a realizar su entrenamiento diario. De esta forma, transcurrió una hora, y el único sonido que llegaba a sus oídos mientras tanto era el cantar de los pájaros.

Cuando Karim dio por terminada la sesión, se deslizó por la cubierta hacia la mesilla, y sobre ella vio una especie de campana conectada a un cable. Este, por otra parte, atravesaba la pared hacia lugares desconocidos. Karim, algo perplejo por cómo funcionaría algo tan extraño, asió la supuesta campana y miró dentro.

El metal dorado refulgía bajo la luz del sol. Al fondo de la campana, había una especie de rejilla redonda. Karim, sabiendo que ese era el objeto al que se había referido la criada, puesto que era el único en la mesilla, probó a hablar por él.

—¿Hola? ¿Me escucha alguien?

Hubo unos segundos de silencio, los suficientes para hacerle sentirse idiota. Justo cuando iba a rendirse y colocarla de nuevo en su sitio, una voz algo metálica llegó a él a través de la rejilla.

—¿Sí? ¿Es el señorito Duchamps?

Karim, altamente confuso, se apresuró a responder manteniendo su papel lo mejor que pudo. A pesar de que aún no estaba de acuerdo con la

actitud de Shaneequa, sabía que era importante seguir el plan que acababa de contarle hacía largo rato, en la terraza, en aquel tono frío.

—Sí, me gustaría que nos sirvieran el almuerzo a mi sirvienta y a mí. — Procuró sonar amable, pero, a la vez, lo suficientemente impertinente como para pasar por un niño malcriado—. Deberíamos marcharnos pronto de este... lugar. —Recalcó la última palabra, a sabiendas de que sonaba despectivo.

Hubo otro pequeño silencio al otro lado de la línea, esta vez uno incómodo. Karim se mordió el labio, aguantando la risa. La alta sociedad elfa se ofendía con cualquier tontería, ya lo había escuchado, pero aquello rozaba la ridiculez.

—En unos minutos estaremos con ustedes, señorito Duchamps. Ahora, si me disculpa, voy a comunicar su petición.

—Dense prisa. Tengo hambre —espetó Karim, y sin esperar a una respuesta, colocó la campana boca abajo, tirándose sobre la almohada y desahogando su risa en ella.

Para cuando llamaron a su puerta, Karim había dominado la pose despectiva, sentado con descaro en un sofá, sus piernas abiertas, sus brazos colocados a lo largo de los respaldos.

—Adelante —dijo, en tono aburrido.

Una muchachita humana entró en la estancia. No debía tener más de trece años. Era menuda, de piel oscura y cabellos extremadamente rizados recogidos en un pequeño moño. Se acercó a la mesa, cerrando la puerta tras de sí, y dejó una enorme bandeja plateada ante él, rebosante de todo tipo de alimentos lujosos y coloridos. Karim se regocijó en sus fueros internos por su suerte, pensando en el festín que iba a darse minutos después.

—Señor. —La criada hizo una reverencia y trató de marcharse, pero el señorito Duchamps no parecía estar muy de acuerdo con esto.

—¿Cómo te llamas, chica? —inquirió, ladeando la cabeza y esbozando una sonrisa felina.

La criada, que no estaba acostumbrada a preguntas por parte de los

huéspedes, juntó sus manos y bajó la cabeza, haciendo una reverencia leve cada vez que terminaba una frase.

—Nina, señor.

—Nina, ¿eres nueva en la casa?

—Sí, señor.

—¿Podrías contarme algo sobre ella?

Nina le miró durante unos instantes, asustada, y procedió a elegir sus palabras con cautela.

—¿Por qué querría saber algo de parte de una insignificante criada como yo, señor? —dijo, su tono humilde.

—Ah, Nina, Nina... —Karim negó con la cabeza y se echó para delante, observándola fijamente—. Verás, Nina, estoy seguro de que tú no entiendes mis problemas. —Por dentro, Karim le pidió perdón a la chica. No tenía culpa ninguna de tener que tratar con alguien tan inmundo como era el señorito Duchamps—. Pero ya que me siento magnánimo, te lo contaré.

—Gracias, señor —dijo, su voz tranquila. Karim contuvo su impulso de enarcar una ceja.

Después de todo, parecía acostumbrada a las faltas de respeto.

Canalizó la ira que aquello le hizo sentir a mejorar su actuación, a interpretar el mejor papel de niño que podía permitirse en aquellas circunstancias.

—Mi padre está enfermo, y pronto podré hacerme yo cargo de la casa. Pero es vieja, húmeda y anticuada, así que estaba pensando en reconstruirla desde cero. —Puso un codo en su rodilla y apoyó la cabeza en su mano, emanando petulancia—. Mi padre, a pesar de todo su dinero, es una persona de gustos... desagradables. —Puso una estudiada mueca de asco y entornó los ojos—. Pero hacer una renovación no debería ser complicado una vez muera. Aquí es donde entras tú, pequeña Nina. —Volvió a echarse para atrás.

—¿Cómo puedo ayudarle, señor? —Su voz ya no transmitía cuidado, sino disposición, incluso cierto entusiasmo.

—Bien, ese tono me gusta más. —Karim esbozó una sonrisa ladeada y se pasó la mano por el pelo—. Esta casa parece estar bien distribuida y está decorada con buen gusto. Me gustaría que me contaras cómo se han dispuesto las habitaciones, las cocinas, la despensa, los jardines... Los horarios que seguís los trabajadores, cuántos sois, ya sabes —esbozó otra sonrisa, esta algo más amable, tratando de que la chica empatizara con él.

Nina parpadeó, confusa, y acto seguido asintió.

—Aunque soy una simple novata, señor, daré lo máximo de mí para complacerle, señor.

—Bien. —Karim se cruzó de piernas, sus brazos de nuevo colocados a lo largo de los respaldos—. Adelante, Nina.

La criada comenzó a hablar, y en apenas diez minutos le dio información más que suficiente para ejecutar el plan. Karim sentía lástima de la chiquilla, puesto que, una vez se supiera que ella había sido la que había filtrado la información, era bastante seguro que la despedirían, en el mejor de los casos.

Una vez terminó, Karim le dio las gracias y, con gesto despectivo, le dijo adiós. La puerta se cerró tras la nerviosa criada, y él se dispuso a comer, tranquilo a pesar de todo.

Para cuando llegó al postre, había tomado una decisión.

Él no era como su tutora.

No dejaría a la chica a su suerte, sin importar lo que le costara.

Capítulo 38

Venganza

Shaneequa no tardó en regresar a su cuarto y deshizo la ilusión, devolviéndoles sus aspectos reales. Karim agradeció, en su interior, dejar de ser al fin el repelente señorito Duchamps. Se cambiaron de ropa, poniéndose las suyas de diario, más cómodas, y se colocaron las túnicas. Sin embargo, no se echaron la capucha sobre la cabeza, puesto que no era necesario.

Después de todo, nadie sería capaz verles aunque quisiera.

Shaneequa le observó, junto a la puerta, y Karim asintió, nervioso. Ya sabían dónde tenían que buscar.

Shaneequa cerró los ojos y, en un parpadeo, Karim sintió el aura de su tutora expandirse varios metros a su alrededor. Creó una capa protectora de su propia aura, protegiéndose de ella, conociendo lo que, en breves instantes, Shaneequa iba a hacer.

Shaneequa abrió las puertas y, en silencio, comenzaron a deslizarse por los pasillos, pegándose con cuidado a las paredes. Antes de girar cada esquina, comprobaban si había alguien cerca que pudiera verles y, si así era, Shaneequa empleaba su aura para hacerles perder el conocimiento. Ellos, pillados por sorpresa, apenas tenían tiempo de darse cuenta antes de que esta les rozara y les hiciera desmayarse.

Aunque seguía enfadado con ella, Karim tuvo que admitir que era aterradora. Era cierto que, para hacerle aquello a un mago, era conveniente tener contacto físico, pero sabía que incluso para un nigromante resultaba complicado hacer algo como aquello.

Así, no tardaron en llegar a las anchísimas escaleras que llevaban al piso de arriba. Gracias a Nina, Karim ahora sabía que la planta superior era de uso exclusivo para la señora y sus guardaespaldas más cercanos, que eran, al parecer, Lewis y Misha. Según la criada, mientras ella hablaba con el señorito Duchamps, la señora ya se habría retirado a sus aposentos para echar la

siesta, y tanto Lewis como Misha estarían en sus respectivos cuartos, que estaban junto al de la doña.

Apenas habían subido dos escalones cuando Shaneequa extendió un brazo, impidiendo que Karim avanzara más.

—No estamos solos —susurró.

Karim quiso preguntar a qué se refería, pero, en ese instante, lo sintió.

Un aura se extendía por todo el piso superior y el pasillo hasta el principio de la escalera. Y el origen, el poseedor de tamaña energía, no se encontraba demasiado lejos.

—Karim —musitó su tutora—. Vas a tener que rescatar tú al muchacho.

—¿Qué? —Karim apenas fue capaz de contener su voz, sorprendido por aquel anuncio.

—Conseguiré reunirme contigo. Pero tienes que coger al muchacho y huir de aquí lo más rápido que puedas.

—Pero, Shaneequa, ¿qué estás hablando?

—No hay tiempo. —Las manos de Shaneequa se volvieron puños y, suspirando, comenzó a subir la escalera.

Antes de que Karim pudiera suplicarle que esperara, de que pudiera exigirle alguna explicación, el causante de aquella descomunal energía vigilante habló.

—Sabía que eras tú, Hija de la Luna.

Sorprendido por la profundidad de su voz, Karim elevó la vista.

Lewis, el nigromante humano, les miraba desde el principio de la anchísima escalera.

—¿Te acuerdas de mí? —El humano comenzó a bajar escalones, y cuanto más próximo estaba, más fuerte sentía Karim su furia en su aura, sus ganas de asesinar y destripar, todas dirigidas hacia su tutora.

—¿Acaso debería? —Shaneequa, aunque aparentaba estar tranquila, no deshacía sus puños. Karim empezó a darse cuenta del alcance de la pelea

cuando notó el aura de su tutora cambiar a un modo defensivo.

—Tú, Dama de Sangre, asesinaste a mi hermano y a mi madre en uno de los bosques de Delinne, hace cerca de cuarenta años. —La expresión del nigromante se tornó en una de dolor visceral, de una tristeza tan grande que solo alguien que hubiera sentido lo mismo podría entenderlo—. He estado esperando a que enseñaras tu sucia cara todos estos años.

—Una pena —replicó ella, dando un paso hacia atrás, colocando una mano ante Karim de forma disimulada—. Has malgastado tu tiempo.

—Lo sabía. —El nigromante paró en medio de la escalera, apenas a unos brazos de distancia de Shaneequa—. Ni siquiera les recuerdas. —Cerró los ojos unos segundos, como si lo estuviera asimilando y, ante el asombro de Karim, empezó a reír. Con cada amarga carcajada, su ira parecía aumentar más y más y, con ella, la violencia de su aura.

—¡Ahora! —gritó Shaneequa, y Karim echó a correr escalera arriba, rodeando el aura del nigromante como bien pudo. Este le ignoró, sus ojos desorbitados fijos en su maestra.

Casi al mismo tiempo que Karim pasaba a su lado, Lewis elevó los brazos y, formando dos garras con sus manos, su risa se tornó en un grito, lanzando su aura contra la Hija de la Luna.

Karim no se dio tiempo a mirar para atrás, pero sabía que los refuerzos no tardarían mucho en acudir a ver qué sucedía. Era de esperar que los demás guardias fueran a socorrer a su camarada.

Karim recorrió el pasillo y, al final, a la izquierda, vio unas enormes puertas de caoba. Deduzco que aquella era la habitación de la señora y, raudo, corrió a la que estaba más alejada de esta.

Quiso abrirla, pero estaba cerrada con llave. Gruñó. No tenía tiempo para tonterías. Inspiró y, en un instante, derritió el pomo de la puerta usando un pequeño rayo. El metal, caliente, se deslizó hasta la alfombra, quemando la madera en el proceso, y dejó sendos agujeros en el suelo. Karim, sintiendo la adrenalina en sus venas, dio una patada a la puerta y esta se abrió con fuerza, golpeando la pared.

Ante él, una hermosa ventana horizontal iluminaba un lecho violeta y,

sobre él, el niño duende se acurrucaba, observándole con miedo en los ojos, tapándose con las sábanas.

—¿Misha? —inquirió Karim, nervioso, acercándose al chico. Este intentó alejarse más de él, asustado, sin apartar la vista del joven mago rojo —. Misha, me ha mandado tu madre para rescatarte. No te voy a hacer daño. Voy a llevarte a casa. Ven.

Misha no reaccionó, manteniéndose en su sitio. Abrió la boca, y sus labios temblaron, pero ni una sola palabra salió entre ellos.

—¡Misha, por favor! ¡No tenemos mucho tiempo! —Karim se llevó las manos a la cabeza, descompuesto, y empezó a mirar la habitación. No se detuvo a contemplar los lujos y la belleza de los muebles y la decoración: no tenía tiempo. Pronto, localizó lo que le interesaba y, raudo, lo agarró.

Misha observó al chico rellenar la bolsa de viaje en silencio, sus pequeñas manitas agarrotadas, todo él temblando.

—Misha, sé que tienes miedo. Créeme, yo también lo he tenido. Por la Diosa, lo tengo ahora. —Karim no paraba de meter ropa en la mochila, incluso zapatos y algún libro, todo lo que creía que sería de valor o útil para el niño—. Y es una mierda, pero puedo sacarte de aquí. Puedes volver a casa, ¿entiendes? —Cerró la bolsa y se giró hacia él. El niño seguía sin reaccionar —. ¡Misha! ¡¿Entiendes?!

El chico, aterrado, se echó a llorar y asintió, dejando caer las sábanas sobre su regazo, frotándose los ojos.

Karim no había notado lo tenso que estaba hasta que, con ese gesto, toda su desesperación se desvaneció.

—Está bien, vámonos de este antro. —Se dirigió hacia el chico y entonces, en aquel instante, un calor le recorrió de arriba abajo, paralizándole. Karim, sorprendido, intentó boquear, respirando a duras penas.

Una risa resonó tras él, y fue entonces cuando Karim se percató de que la situación se había complicado más de lo que esperaba.

Capítulo 39

Parálisis

—¿Dónde crees que vas, jovencito?

Karim sintió que su cuerpo se movía solo, haciéndole girarse hacia la puerta. Apretó los dientes, intentando resistirse, y un dolor agudo le atravesó la cabeza de parte a parte.

—Ni lo intentes. —Se carcajeó Lewis, observándole con expresión ladina—. He visto a muchos desangrarse por intentar hacerse los listos escapando a mi control.

Karim terminó de darse la vuelta, como si sus miembros fueran de madera, sintiéndose como una marioneta y fue entonces cuando vio una estampa desoladora.

Shaneequa estaba junto a él, la mano del nigromante en su cabeza. Parecía ocurrirle lo mismo que a él, puesto que tenía la misma expresión de esfuerzo y dolor en su rostro.

Karim se maldijo a sí mismo por haber bajado la guardia tan fácilmente.

Lewis esbozó una siniestra sonrisa y se volvió hacia el pequeño duende.

—Misha, ¿de verdad te has creído las mentiras que te ha contado este... —Observó a Karim de pies a cabeza, con desprecio, sin siquiera reparar en sus marcas—...despojo?

—No... eran mentiras —consiguió decir Karim a duras penas, respirando con dificultad.

Lewis se volvió a él, mirándole con severidad en sus ojos. Karim sintió su agarre afianzarse, y entonces fue cuando se le ocurrió, las lecciones de Saehi acudiendo a su rescate de nuevo.

El nigromante, por muy poderoso que fuera, era humano, por lo que su aura estaba en cierto modo limitada por su esperanza de vida. Era casi un anciano, por lo que aunque tuviera semejante poder, no podía tener tanta

resistencia como él o Shaneequa. Y él lo sabía. Por eso había optado por el ataque sorpresa, y por eso había usado toda su inteligencia y sabiduría para burlar a Shaneequa y ponerla en aquel aprieto. Porque sabía que, en una batalla larga, no tenía oportunidades de vencer.

Sin embargo, esa era también su mayor desventaja.

Lewis estaba concentrando la mayor parte de su poder en Shaneequa, quien era evidente que no podía mover ni un músculo a menos que él le obligara a ello. Por lo tanto, la mayoría de su aura estaba concentrada en ella, en su cuerpo, y el resto iba dirigida a Karim.

Y cada vez que hablara, cada segundo que transcurriera, tendría que elegir el nivel de energía que mantenía en cada uno, puesto que consumía más y más de su aura, demasiado rápido para reponerla.

Y, por lo que parecía, estaba más que decidido a mantener a Shaneequa así. Seguramente, trataría de regodearse en su triunfo y, acto seguido, asesinarle, u obligar al niño a hacerlo, antes de pasar a matar a la Hija de la Luna y consumir su venganza.

Si el rostro de Karim no hubiera estado paralizado, le habría costado ocultar su sonrisa.

—Misha, ¿cuántas veces he de decírtelo? —La voz del humano, aunque suave, ocultaba una fuerte amenaza. Karim reconoció aquel tono, tan familiar, y sintió la sangre hervirle en las venas, su padre acudiendo a su mente—. Aquí es donde mejor estás.

Sigue hablando, pensó Karim, la ira borboteando, haciéndole más poderoso. Sigue hablando, sigue haciéndome enfadar, sigue ignorándome.

—¿Quién va a quererte más que la señora? ¿Más que yo? ¿Acaso crees que tus padres te aprecian? —El nigromante rio—. Si así fuera, tu padre no te habría vendido al mercado, ¿cierto?

Misha empezó a llorar más y más fuerte, desconsolado, intentando, sin éxito, esconderse entre las sábanas.

—Llora, Misha, llora. —Enarcó una ceja, regodeándose en el llanto del niño—. Pero nadie vendrá a ayudarte. ¿Lo entiendes?

Karim notó su parálisis reducirse un poco y se mantuvo atento, cada segundo que pasaba más enfadado, cada segundo creando muertes en su mente más y más creativas para aquel trozo de basura.

—Estás solo, Misha —anunció Lewis, su voz gélida—. Solo.

Aquellas últimas palabras fueron lo último que pudo pronunciar el nigromante.

Su aura se aflojó lo suficiente para dejar a Karim tomar el control de su cuerpo durante un par de segundos. Este, fuera de sí, movió sus dedos, sin siquiera tratar de controlar la intensidad del ataque. Diez agujas, totalmente invisibles, se dirigieron hacia el humano a velocidades estremecedoras, perforándole por diez lugares diferentes, entre ellos, la garganta y el corazón.

Lewis, sorprendido, soltó a Shaneequa, su agarre ya inservible, y cayó de rodillas. Boqueó, pero solo salió sangre de entre sus labios, que goteó y cayó, mezclándose con la demás, formando un charco en el suelo que a Karim le recordó al color de las rosas del jardín.

—Nadie está solo, escoria —le espetó, y fue al pronunciar aquellas palabras que se dio cuenta de que, después de todo, él tampoco lo estaba.

Cerró los ojos, asimilando esta revelación, y notó cómo su ira hacia Shaneequa disminuía poco a poco.

Unas voces llegaron por el pasillo conforme Lewis se reducía a un frío cadáver teñido de rojo, y Karim se giró hacia Misha.

—¿Nos vamos? —Se acercó a él y le tendió la mano.

El chico, asustado, sus mejillas aún brillantes, observó alternativamente el cuerpo inerte en el suelo, a Shaneequa, que sonreía, y a Karim, cuyo rostro expresaba ternura. Dudó unos instantes y, escuchando la familiar voz del segundo guardia al mando, le asió la mano, asintiendo.

Cuando los soldados llegaron, apenas pudieron creer lo que veían sus ojos. Varios de ellos se apartaron, vomitando junto a la pared, y un par se echó a llorar.

El segundo guardia al mando observó el cadáver desmadejado de su superior, sus botas pisando la enorme mancha de sangre que decoraba la

alfombra malva del cuarto. La ventana estaba abierta, y una suave brisa hacía que el ligero olor a óxido y vísceras inundara su nariz.

Gerald se permitió unos instantes de calma para asimilarlo. Tras ver lo que le había ocurrido a la escalera, esperaba un cuerpo, pero no el de Lewis. No el de su tutor, no el de su mejor amigo.

Inspiró y, comprendiendo lo que aquello significaba, comenzó a dar instrucciones.

—Primer, segundo y tercer batallón, tratad de encontrarlos. Traedlos vivos o muertos, no me importa, pero quiero sus cabezas. Cuarto batallón, conmigo. Vamos a averiguar cómo han logrado hacer esto delante de nuestras narices.

Los soldados tomaron posiciones y asintieron, haciendo chocar sus botas de cuero al unísono, y Gerald volvió sobre sus pasos, mirando las marcas casi negras de su piel.

Apretó el puño, guardándose su ira para sí.

Había un traidor en la casa, y él iba a descubrir quién era.

Capítulo 40

Liberación

Misha sonreía, aún sorprendido por el inesperado vuelo desde su cuarto hasta el valle subido a los hombros de Karim. Sin embargo, a pesar de su corta edad, no era estúpido, y sabía que les perseguían. A decir verdad, lo sabía incluso mejor que los dos magos que le acompañaban, puesto que llevaba ya unos días en aquella casa. Así, les indicaba, con su vocecilla, algunos de los senderos semiescondidos que había descubierto en sus cortos descansos, guiándoles hacia la salida lo mejor que podía. Karim corría todo lo rápido que sus piernas le permitían, esquivando perplejos jardineros, Shaneequa defendiendo su retaguardia.

Algunos magos les iban alcanzando en sus caballos, y Shaneequa les inutilizaba sin pudor ninguno, haciendo uso de todas sus magias, destrozando los jardines a su paso. Los guardias, que no se esperaban ataques elementales, estaban completamente indefensos, y pronto se encontraron inconscientes o gritando de dolor, con huesos partidos, dislocados y fracturados en varias partes. Incluso un par de ellos había tenido la mala suerte de acabar con el cráneo en una roca, exhalando su último suspiro antes de que nadie pudiera remediarlo.

No tardaron en llegar a la verja, y el portero no les abrió la puerta a pesar de que temblaba como un conejo acorralado. Esto no fue un problema para Karim ni para Shaneequa, que volvieron a utilizar sus poderes de aire para sobrepasarla ante los ojos del atónito anciano.

Fue entonces, solo entonces, cuando Karim bajó a Misha de sus hombros y se agachó junto a él.

—Esta es mi maestra. Ella cuidará de ti mientras yo no estoy, ¿vale?

Misha hizo pucheros y le abrazó. Karim, que no se esperaba aquel gesto, sintió que su corazón se derretía en su pecho y, a duras penas, contuvo sus ganas de llorar, emocionado

Misha se apartó de él y le dio la mano a Shaneequa, su expresión decidida. Esta, para sorpresa de Karim, no se apartó, y fue entonces cuando notó la ternura con la que miraba al pequeño.

Sonrió.

Quizás, después de todo, no tenía por qué seguir enfadado.

Se giró, dispuesto a regresar a la casa, y entonces la voz de su tutora le paró.

—Karim, ¿dónde crees que vas?

Karim esbozó una sonrisa ante el tono contrariado de la Hija de la Luna y se volvió hacia ella.

—Voy a rescatar a la criada que me dio la información —dijo, y un galopar de caballos resonó en la lejanía.

—Karim, sabes que eso no es necesario. Son consecuencias irreparables de las misiones. La gente que nos ayuda sufre, y a veces muere, pero es por una buena causa. —Shaneequa parecía más inquieta que de costumbre, y fue entonces cuando todas las piezas encajaron.

Karim esbozó una sonrisa, confundiendo aún más a Shaneequa, y se acercó a ella. La abrazó de nuevo, sintiendo que todo volvía a su lugar, que su furia hacia ella desaparecía por completo.

Después de todo, no era el único que conocía la soledad.

—Shan —dijo, y notó la sorpresa en el rostro de ella cuando pronunció su mote—. Ya no estás sola. ¿Entiendes? —Se separó de ella y mantuvo una mano en uno de sus hombros—. Son consecuencias, sí, pero no tienen por qué ser irreparables.

El labio inferior de Shaneequa tembló.

—He confiado en ti todo este tiempo. Ahora te toca a ti confiar en mí. —Dio un paso atrás, hacia la puerta, los gritos de la guardia acercándose—. ¿Cómo era? —Puso gesto pensativo y chasqueó los dedos, alegre—. ¡Ah, sí! Conseguiré reunirme contigo. No te preocupes más por mí.

Volvió a girarse, dándoles la espalda con decisión, y se acercó a la valla.

Shaneequa, temblorosa, dio un paso hacia él, extendiendo la mano, pero Misha tiró de ella hacia atrás. La Hija de la Luna se volvió hacia el duende, más confusa que nunca, y este negó con la cabeza.

—Mi madre dice que si alguien confía en ti, debes hacer lo mismo por ellos —dijo con su voz aguda, rebosando inocencia—. Y Karim es fuerte.

Shaneequa posó sus ojos sobre su alumno conforme este sobrepasaba la verja y, con rapidez, echaba a correr, al encuentro de los magos.

Parpadeó, forzándose a volver al aquí, al ahora, y formó un puño con la mano que tenía libre.

Mientras Karim se deshacía de todos los jinetes con dos simples gestos de los brazos, derribándoles de sus caballos sin necesidad de asesinarlos, Shaneequa se echó a reír, llevándose la mano a la cara.

Misha le contempló de hito en hito, sus grandes ojos negros llenos de curiosidad.

Cuando por fin dejó de reír, Karim ya no estaba a la vista. Los jinetes, aún doloridos y sorprendidos por el desenlace de su encuentro, se dirigían hacia la casa como bien podían.

—Después de todo, he sido superada por dos mocosos. —Sacudió la cabeza, su mirada triste, y bajó la vista. Sus ojos se encontraron con los del duende y, sonriente, se colocó la capucha y le hizo un gesto para que se subiera a su espalda.

El niño, alegre, obedeció, y sintió cómo el cuerpo de Shaneequa, a pesar del esfuerzo, no estaba tan tenso como momentos antes.

—¿Nos vamos?

Misha, agarrado al cuello de Shaneequa, asintió y le dio un beso en la mejilla como bien pudo. Shaneequa, risueña, se puso en marcha, dejando a Karim detrás y, con él, el gran peso que durante tantos años la había acompañado.

Después de todo, Karim tenía razón.

Era hora de que confiara en él.

Capítulo 41

El despertar del Amo del Rayo

A Karim no le costó acabar con cada guardia que se interponía en su camino. Por algún motivo, todos pensaban que era un mago oscuro, hecho que aprovechó ocultando su rostro con la capucha, y por tanto sus ataques de aire les pillaban desprevenidos.

No tardó en entrar en la casa y, sorteando sirvientes confusos en medio del caos, llegó a las habitaciones de las criadas.

Abrió la puerta a toda prisa, su corazón palpitando con fuerza en sus oídos, ignorando los gritos a su alrededor. Un grupo de mujeres, todas con la vestimenta de sirvienta, chillaron al verle, acumulándose al fondo de la habitación repleta de literas.

—¡No vengo a haceros daño! —dijo Karim, elevando las manos—. ¡¿Podríais decirme dónde está Nina?!

—¿Quién pregunta? —inquirió una de las mujeres mayores, de piel pálida y que ostentaba un tirante moño canoso.

—¡Se la ha llevado Gerard al establo! —balbució una niña, con rasgos parecidos a los de Nina.

—¡Diana! —gritó la mujer, tirando de ella hacia atrás, lanzando miradas desconfiadas al muchacho.

—¿Eres su hermana? —inquirió Karim, dejándose guiar por un palpito.

La niña asintió, y Karim notó que ella estaba dudando sobre su decisión de revelarles su paradero.

—Por favor, ayúdala —rogó Diana, mordiéndose los labios.

Karim, sin dudar un solo instante, tomó otra decisión.

—Sé que no tenéis motivos para creerme, pero si elegís confiar en mí, id

hacia la verja. Procurad que no os vean. Puedo sacaros a todas de aquí. —Un murmullo recorrió la sala, y las mujeres se miraron entre sí, dubitativas—. Por favor, por favor, creedme —suplicó y, sintiendo que el tiempo apremiaba, sacudió la cabeza—. Voy a rescatar a Nina. Nos vemos en la verja en diez minutos.

Y, sin esperar a ver qué hacían, echó a correr de nuevo, esta vez camino a los establos. Gracias a la disposición de Nina, sabía dónde se encontraban, y por suerte no era muy lejos.

Salió por la puerta trasera de las cocinas y, veloz como el viento, llegó al cobertizo. Irrumpió en él sin muchos miramientos, y escuchó un sollozo provenir de uno de los cubículos. Guiándose por el sonido, recorrió el sitio a toda prisa, la paja crujiendo bajo sus pies, ignorando a los pocos caballos que resoplaban al pasar a su lado.

Por fin, alcanzó el origen del llanto. Y lo que vio le hizo quedarse inmóvil durante unos instantes.

Nina estaba atada a una traviesa del techo por las muñecas, totalmente desnuda, y sangraba por varias heridas por todo el cuerpo. Karim las reconoció inmediatamente: eran latigazos. Sintió una garra oprimirle el pecho y se acercó a ella, cortando la cuerda con un gesto de sus dedos.

Nina, cayó y al percatarse de su repentina libertad, se miró las manos, confusa, y acto seguido vio a Karim. Asustada, se irguió y trató de echarse hacia atrás, tan deprisa que se tropezó, cayendo sobre la paja con un sonido amortiguado. Pareció darse cuenta en ese momento de que estaba desnuda y, entonces, intentó taparse lo mejor que pudo.

—¿Quién eres tú? —graznó, desconfiada, su voz rota.

Karim volvió a elevar las manos, haciendo ver que no tenía malas intenciones.

—Nina, soy el señorito Duchamps. Bueno, fingía serlo. Tu hermana Diana me ha dicho dónde estabas. He venido a rescatarte. —Empezó a hurgar en su bolsa casi tan rápido como hablaba y le tendió una túnica, idéntica a la suya—. Toma.

Nina la cogió con desconfianza y vio cómo el chico le daba la espalda.

Llena de dudas, sopesó sus posibilidades conforme se vestía.

No tardó en decidirse: después de todo, si se quedaba, se exponía a más tortura e, incluso, a la muerte.

A pesar de que, si lo que aquel muchacho decía era cierto, era culpa suya que ella se encontrara en esa situación, también era su mejor carta para salir de allí.

—Está bien —dijo Nina, y Karim se volvió hacia ella de nuevo, aliviado de que hubiera aceptado—. Pero me explicarás todo esto luego.

—Sí, sí, por supuesto —se apresuró a responder, aunque no sabía si podría cumplir su promesa—. Y ahora vámonos de aquí.

—No tan deprisa, muchacho. —Una voz llegó a sus oídos, y Nina retrocedió hasta el fondo del cubículo, temblando.

Karim, sospechando a quién podría pertenecer la voz, se giró. No se sorprendió cuando se encontró cara a cara con un humano, de pelo extremadamente corto y marcas tan oscuras que podría considerarse un nigromante. Tenía las manos tras la espalda y su postura, junto con su uniforme, revelaba que era parte de la guardia de la señora.

—¿Eres tú el causante de tanto revuelo? —preguntó, su tono tranquilo.

—¿Y qué si es así? —Karim echó la barbilla hacia delante, desafiante, poniéndose ante Nina.

Esta quiso advertirle que parara, que se rindiera. Nadie podía ganar a Gerald. Nadie. Era despiadado, ágil y fuerte, además de calculador. Solo le superaba Lewis, y el único motivo era porque tenía más experiencia.

—Fácil. —Gerald sacó el látigo de su espalda, adoptando una posición defensiva con gesto aburrido—. Solo tengo que acabar contigo.

Karim supo inmediatamente que estaba en desventaja. No solo tenía que proteger a Nina, sino que aquel soldado era notablemente más disciplinado y rudo que él, y había estado en más batallas.

Sonrió sin dientes, desafiante, notando la adrenalina inundar su cuerpo.

Pero desconocía sus poderes.

El nigromante empezó a intentar asestarle latigazos, y Karim los esquivó con ligereza, usando su energía del aire para aumentar su velocidad. Pronto, se percató de que el tal Gerald tenía una poderosa defensa a su alrededor, mientras que utilizaba el látigo como una extensión de su aura para atacar.

La frustración del nuevo jefe de la guardia crecía conforme aquel muchacho conseguía requebrar su látigo una y otra vez, como si bailara. Su furia aumentaba con cada paso que daba, con cada salto que evitaba que acabara con él. No podía dejar de imaginárselo riéndose de él, riéndose de Lewis tras matarle, y aquello solo conseguía aumentar su sed de venganza.

Karim vio su oportunidad y, dando un salto hacia delante, dejó que el látigo se enrollara en su cintura.

El nigromante gritó, eufórico. Victorioso, intentó asesinarle, y fue entonces cuando se dio cuenta.

El látigo se desenrolló de la cintura del muchacho, cayendo junto a su mano cercenada. Gerald se miró su nuevo muñón, confuso, y se volvió hacia el joven.

—¿Cómo...? —preguntó, confuso. Dio un paso hacia delante y otro hacia atrás, tambaleándose. La sangre no dejaba de borbotear de su muñeca, y poco a poco su vista se nublaba más y más.

Karim saltó, impulsándose de nuevo con el aire, y le propinó una fuerte patada en la sien. Los ojos del nigromante se pusieron en blanco y cayó como un fardo, totalmente inerte, sobre la paja. Algunos caballos relincharon, asustados.

Karim, volviendo a recuperar el equilibrio, se atusó la ropa.

—Yo que tú me pondría algo en esa herida —dijo, burlón, y acto seguido le tendió la mano a Nina.

Esta, que estaba totalmente anonadada, no podía apartar los ojos de la paja ensangrentada alrededor del cuerpo y la mano del que, hasta entonces, había creído que era uno de los magos más poderosos que conocía.

Miró a Karim y, ya sin rastro de duda en ella, aceptó la mano que este le tendía.

Y conforme huían en uno de los caballos hacia la verja, en silencio, Nina pensó que, quizás, aquel fuera el nacer de una nueva leyenda.

Ya en la puerta, Nina se reencontró con el resto de antiguas criadas, que habían decidido probar suerte creyendo al misterioso joven. Este bajó de su montura y se acercó al portero, decidido. De pronto, su cuerpo se tornó brillante, cientos, miles de rayos navegando por encima de sus ropas. Las mujeres contuvieron gritos de asombro y el portero, dentro de su cabina de metal, tragó saliva y pulsó el botón correcto. La verja se abrió con presteza, y Karim dejó que todas las mujeres pasaran al otro lado.

Justo antes de reunirse con ellas, triunfante, se dio la vuelta y se elevó en el aire a sí mismo, haciéndose visible para los guardias que, en un último intento, acudían a la puerta por el camino de piedra principal, algunos a caballo y otros a pie. Dejó que los rayos a su alrededor cobraran más y más fuerza y, con un gesto totalmente exagerado, lanzó un enorme rayo en su dirección. Este, tal y como había predicho, cayó justo ante el jinete que llevaba la delantera, espantando al caballo y haciendo que el mago mordiera el polvo.

La mayoría de guardias pararon, pero algunos, apretando los dientes, hicieron amago de seguir hacia delante.

Karim, sin dudarle un solo instante, lanzó otro rayo, esta vez casi a los pies de uno de los soldados.

—¡Que sirva de advertencia! —exclamó, disfrutando de tener el control de la situación, de inspirar respeto a los demás. Dejándose llevar, comenzó a gritar, victorioso, eufórico, sintiéndose mejor que nunca antes—. ¡El Amo del Rayo ha despertado! ¡Escoria y despojos del mundo, temblad!

Se echó a reír y, conforme los demás guardias volvían a toda prisa hacia la casa, continuó lanzando rayos tras ellos, divertido. Cuando por fin no quedaba ninguno a la vista, bajó de nuevo hacia el suelo y extinguió los relámpagos sobre su cuerpo.

Solo entonces, el cansancio de todo aquello hizo mella en él, pero su sonrisa se mantuvo intacta.

—Señoritas, vámonos —dijo, alegre, dando la espalda a la mansión. Las

sirvientas, mudas, no sabían qué pensar de todo aquello, pero una cosa tenían clara: no iban a llevarle la contraria. Mirándose unas a otras, algunas con una imparable risa nerviosa, se pusieron en marcha.

—¡E... esperad! —dijo una voz conocida.

Karim se giró, y entonces vio al portero, con su sombrero en las manos, en la puerta de su cabina, observándole con aire inquieto.

—¿P... puedo ir yo también? —inquirió, tímido.

Karim esbozó una amplia sonrisa.

—Eres bienvenido —respondió, y volvió a retomar su camino, tras el séquito de mujeres.

El portero, que no esperaba una respuesta tan positiva, manoseó su sombrero unos instantes más. Entonces, recuperando algo de la despreocupación de su juventud, lo arrojó al suelo y, con andar decidido, le siguió.

En el valle, el viento resonó entre los árboles y, quien supiera escucharlo, descubriría que, tal y como Nina había sospechado, el mundo celebraba el nacimiento de una nueva leyenda.

Capítulo 42

Un nuevo comienzo

Tal y como Karim había anunciado, no le costó encontrar a Shaneequa de nuevo.

Guiándose por su instinto y su conocimiento sobre la Hija de la Luna, llevó al grupo de renegados de la casa Saintpont hacia el bosque, siguiendo un pequeño riachuelo, y pronto llegaron a un claro en las profundidades de la vegetación, con un pequeño estanque. Karim, que lideraba la expedición, se acercó con una sonrisa de oreja a oreja, mientras observaba a Misha corretear tras una mariposa. Justo cuando iba a tocarle el hombro a la nigromante, Misha se dio cuenta de su presencia y le señaló, dando palmas y saltando de un lado a otro.

—¡Es Karim! ¡Es Karim! —canturreó.

Shaneequa, sorprendida, se giró. Karim, asombrado, sonrió aún más cuando vio que la Dama de Sangre, la temida Matabestias, estaba haciendo una corona con las flores del claro.

—No sabía que te gustaban esas cosas —dijo, divertido, y soltó una alegre carcajada.

Shaneequa esbozó una sonrisa y cerró los ojos.

Sí, podía acostumbrarse a eso.

—¿Y la criada que ibas a rescatar? —inquirió, levantándose. Misha corría de acá para allá, hecho un manojo de nervios, y sin parar de cantar y reír.

—Eh, respecto a eso... —Karim se dio la vuelta, mordiéndose el labio, y les indicó con un gesto que se acercaran.

El grupito se aproximó con timidez, en silencio. Todos reconocían a aquella mujer, e incluso un par de personas se frotaban los ojos con incredulidad.

Shaneequa abrió la boca y enarcó las cejas, causando la risa de Karim y de Misha, que empezó a señalarla.

—¡Cara de pedo! ¡Cara de pedo!

Karim se rio y le alborotó el pelo al chiquillo, que le abrazó y siguió correteando por el prado. Conocía de sobra a todas aquellas personas, y sabía que ninguna le haría daño.

—Karim, ¿qué has hecho? —Shaneequa puso los brazos en jarras, su tono serio.

—Bueno, digamos que... no he sido muy discreto... —Karim bajó la cabeza, mordiéndose el labio para no sonreír.

—No le castigue, Hija de la Luna, por favor. —Nina se adelantó, y su hermana trató de tirar de ella hacia atrás, temerosa, pero ella no se achantó, deshaciéndose de su mano con un brusco gesto—. Karim nos ha salvado a todos. Ha acabado con Gerald y, si los próximos sirvientes tienen suerte, tendrán un guardia jefe más amable.

—Ha asustado a toda la casa —intervino el portero, que parecía haber rejuvenecido veinte años. Rio, dándose una palmada en la rodilla—. ¡Bien merecido se lo tenían!

Los murmullos comenzaron a volverse susurros, y estos, en más intervenciones de apoyo.

—¡Yo le vi lanzar rayos!

—Sí, sí, y encima, ¡azules!

—¿Crees que la señora se habrá enterado de algo?

—¿Esa cretina? Seguro que sigue durmiendo, sin saber que la mitad de su guardia está muerta.

—¡Karim acabó con Lewis! —chilló Misha, de pronto, ante todo el grupo. Todos callaron y se volvieron a mirar al joven mago, quien no sabía si le observaban con miedo o respeto. Misha rio y dio una palmada—. ¡Karim ha acabado con el malo y me ha dicho que no estoy solo! ¡Y me va a llevar con mi mamá! ¡Y Shaneequa también! ¿A que sí? —Se giró hacia ellos y corrió hacia Shaneequa, tirando de su mano—. ¿A que sí? ¿A que sí?

Shaneequa se agachó y le dio un toquecito en la nariz. Acto seguido le colocó la corona de flores, y Misha aplaudió otra vez, entre carcajadas.

—Por supuesto que sí, bonito.

Fue entonces cuando el portero, que fue el primero en asimilar la información, se acercó a Karim y, con parsimonia, se arrodilló ante él.

—¿Qué haces, buen hombre? —dijo este por respuesta, apurado, agitando las manos ante él—. ¡No hagas eso, por la Diosa!

Uno a uno, el resto de las personas le imitó, a pesar de sus súplicas por que levantaran la cabeza.

Shaneequa, sonriente, observó cómo Karim obligaba a todos a erguirse uno a uno, apurado y ruborizado, insistiendo en que no merecía aquel trato.

Aquello le traía recuerdos de sus primeros días en el oficio, cuando aún se hacía llamar Justiciera.

Quizás él, después de todo, sí fuera capaz de hacerlo...

El portero, con lágrimas en los ojos, fue el último en levantarse, explicándole que Lewis había asesinado a su hija tiempo atrás. Era criada de la casa, y Lewis la había dejado embarazada y no quería tener al niño. En vez de deshacerse del feto, había decidido cortar el problema de raíz.

Todas las criadas tenían historias similares: palizas, sobornos, chantajes y maltrato administrado por el jefe de la guardia, que siempre se salía con la suya, puesto que no debía rendir pleitesía a nadie más que la señora, y esta no veía a los criados como personas.

Finalmente, tras una larga charla y muchos agradecimientos, algunos partieron hacia el sureste, en busca de las tierras prósperas de Delinne o de la hospitalidad de los animax en Alma. Otros, por el contrario, pusieron rumbo hacia el este, hacia Madir, en busca de una vida sencilla en un pueblo de hadas, conocidas por su gastronomía y sencillez. Un pequeño grupito, por otra parte, se dirigió hacia el noreste, al menos por el momento: Vitta era un lugar hermoso y lleno de vegetación, un sitio fantástico para pasar una temporada o, incluso toda la vida, si uno se conseguía adaptar a la comunidad de ninfas.

Karim se despidió de todos con el corazón en un puño. Pese a que había pasado poco tiempo con ellos, les tenía aprecio, y ellos le habían mostrado un respeto que nunca nadie antes había tenido por él.

Misha, cariñoso como él solo, dio abrazos a todos, e incluso besó a algunos, causando risas y bromas. Karim y Shaneequa vieron aquel intercambio de amor y agradecieron, en lo más profundo de su alma, que el chico hubiera conseguido mantener su inocencia todo el tiempo que había permanecido cautivo.

Tras decir adiós, decidieron no regresar a Trev. Tomaron un gran rodeo, desviándose ligeramente por Vitta para no tener que acercarse al mercado de personas, evitando así que alguien intentara darles caza de nuevo.

Para cuando empezaron a pasar por algunas aldeas en Delinne, casi una semana más tarde, ya se escuchaban rumores sobre un nuevo mago, un mago aterrador, como no se había visto desde la Guerra. Este se hacía llamar el Amo del Rayo y calcinaba a sus enemigos con solo mirarlos, sin mostrar piedad alguna.

Karim, divertido, contenía la risa, y Shaneequa sacudía la cabeza, suspirando. Misha, ajeno a todo esto, se mantenía ocupado con un muñeco de trapo que Karim le había comprado, su cara oculta por una capucha marrón.

Continuaron oyendo historias similares todo el camino hacia la frontera con Sino, donde Shaneequa se había citado con Irina mediante carta al poco de llegar a Madir. Karim se regodeaba en ellas, contando una y otra vez lo sucedido cada noche, una vez Misha dormía acurrucado junto al fuego.

Shaneequa sonreía, divertida por sus gestos exagerados y sus movimientos enérgicos.

Ya era un adolescente, se dijo.

Y dentro de poco, sería mucho más.

Irina dio la bienvenida a Misha con los brazos abiertos, y este corrió hacia ella más contento que nunca. Sin embargo, Misha tenía mucho que contarle, y no paraba de hablar, emocionado, dándole besos y abrazos a su madre sin descanso. Shaneequa y Karim le observaban, enternecidos, mientras Irina parecía ver el universo entero en los ojos de su hijo.

Cuando al fin Misha llegó a la parte donde salían Shaneequa y Karim, arrastró a su madre hacia ellos y les señaló.

—Mira, mamá, son mis amigos —dijo, sonriente, y aplaudió—. Ellos me ayudaron a escapar, y Karim volaba conmigo encima, y Shaneequa me hizo coronas de flores y, y... —Hurgó en su bolsa de viaje y sacó el muñeco, exhibiéndolo ante su madre—...¡Mira lo que me han regalado! ¿A que es bonito? Lo he llamado Karim porque algún día quiero ser tan fuerte como él.

Irina, con lágrimas en los ojos, olvidó todas sus costumbres y tradiciones y se abalanzó sobre ambos, abrazándoles. Misha no tardó en animarse y sumarse al abrazo por detrás, risueño, haciendo que su muñeco también participara.

—Gracias por devolvérmelo, de verdad, gracias, gracias, gracias —sollozaba la duende, y Karim supo que aquel llanto desesperado contenía el verdadero amor de una madre.

Durante un instante, se preguntó si él podría llegar a conocer a la suya algún día.

Misha se carcajeó y, con su risa, sus pensamientos se perdieron en el viento. El abrazo se deshizo, y Shaneequa cogió de las manos a Irina, gesto que la dejó descolocada.

—Si quiere mi consejo, coja a su hijo y unos ahorros y márchese todo lo lejos que pueda de la Sociedad y el control de su marido —dijo, seria, la compasión en su voz—. Si va a la ciudad de los mamíferos, Armonía, y menciona que viene de parte de Eris y Shaneequa, le recibirán con los brazos abiertos. Pregunte por Esmeralda. Ella le facilitará todo, incluso el alojamiento.

—Pero... —dijo Irina, confusa.

—Mamá, papá es malo —dijo Misha, tirando del vestido canela de su madre—. Vámonos de viaje a ver cosas bonitas.

Shaneequa soltó las manos de la duende, y esta se agachó a la altura de su hijo. Karim sintió que el estómago se le subía a la garganta cuando ella, con pulso tembloroso, asió las manos del pequeño Misha, incluyendo el muñeco y las besó. Tras unos instantes, asintió, mordiéndose los labios.

Abrazó a su niño, y Karim supo que nunca más permitiría que algo así volviera a sucederle.

Tras un par de abrazos más por parte del pequeño, madre e hijo se marcharon, camino de Sino y, más tarde, de un barco en Delinne que les llevara a Alma, lejos del lugar que tantas desgracias les había causado.

Karim y Shaneequa se alejaron, el sol de la mañana oculto tras las nubes. Pronto empezaría el otoño, y Karim se preguntó cuál sería su próximo destino.

—Karim, ahora tengo que dejarte de nuevo —anunció Shaneequa, su tono despreocupado.

Karim paró en el sitio, incrédulo. Ahora que todo iba bien, que por fin habían recuperado la relación, e incluso la habían mejorado... Ahora que se estaba labrando una reputación, le soltaba aquella noticia como si nada.

—¿Cómo? ¿Por qué? —exclamó, elevando los brazos por encima de su cabeza, molesto.

Shaneequa se giró hacia él y se pasó la mano por el pelo, enarcando una ceja.

—No creerás ni por asomo que has acabado tu entrenamiento, ¿verdad?

Karim se quedó boquiabierto, entrecerrando los ojos, y la señaló con el dedo.

—Esto es traición.

Shaneequa sonrió, continuando su camino.

—Tranquilo, te van a caer bien. A decir verdad, seguramente demasiado bien.

—¿Quiénes? —preguntó Karim, curioso, corriendo para ponerse a su altura, su ceño fruncido.

—Oshun y Sam —respondió ella.

Ante el silencio lleno de perplejidad de su alumno, Shaneequa volvió el rostro hacia él.

—Son ninfas, Karim. Vamos a Gaia, la capital de Vitta.

—¿Cuánto tiempo voy a quedarme allí? —Karim torció el gesto. Le había cogido el gusto a ser nómada.

—Un año.

—¡¿Un año?! —Karim volvió a parar en el sitio, alterado, pero esta vez Shaneequa no se detuvo, por lo que tuvo que reanudar el paso—. ¡¿Cómo que un año?!

—Vas a entrenar agua y tierra, Karim.

—Pero pensé que los magos rojos solo dominaban dos elementos.

—Los magos rojos han sido normalmente humanos, Karim —replicó ella—. Tampoco tienen tiempo para practicar y perfeccionar mucho más.

—Pero si yo lo he hecho en meses.

—Tú, Karim —Shaneequa le sonrió—, eres un caso especial.

Ante este cumplido, el muchacho no pudo responder absolutamente nada, ruborizándose. Con sentimientos enfrentados, se resignó a su destino, puesto que, aunque por una parte le entusiasmaba aprender otros elementos y volverse más poderoso, por otro le entristecía tener que separarse de su maestra.

Sin embargo, varios días después, pareció cambiar de opinión cuando, tras caminar durante toda la noche, llegaron al final de un hermoso acantilado y, por fin, fue capaz de contemplar la ciudad donde pasaría un año entero de su vida.

El acantilado, al final de un frondoso y espeso bosque que parecía desconocer cualquier tipo de vida civilizada, daba paso a un espléndido valle donde montones de casas, de todo tipo de estilos, se esparcían a derecha e izquierda, formando calles de todos los tamaños y formas. Más o menos en el centro de la enorme y alargada ciudad, un edificio descomunal brillaba con los primeros rayos de la mañana, semejante a un castillo. Tras todo esto, otro frondoso bosque de árboles de un vibrante verde parecía extenderse hasta las montañas que, lejanas en el horizonte, cubiertas de niebla, daban la impresión de ser diosas durmientes.

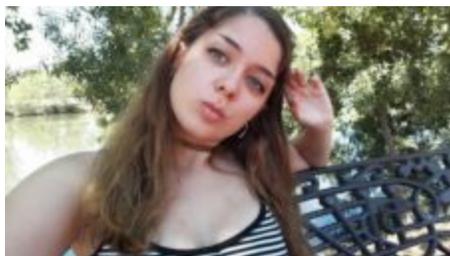
—Allí. —Shaneequa señaló el grandioso edificio resplandeciente—. Es donde vivirás.

Karim observó la ciudad, acercándose un poco más al borde del acantilado. Inspiró profundamente, el olor a vegetación llenándole los pulmones, y cerró los ojos. El aire frío del amanecer le alborotó los mechones que se habían soltado de su trenza, azotándole el rostro, y sonrió.

Él era el Amo del Rayo.

Y nadie, ni siquiera él mismo, le iba a impedir convertirse en una leyenda.

SOBRE LA AUTORA



Lucía Moya Sánchez nació el 4 de enero de 1997 en Mérida, Badajoz. Desde que aprendió a leer, se veía inmersa con facilidad en las historias que le ofrecían los libros. Devoró con avidez toda la colección de fantasía y ciencia ficción de la biblioteca municipal. Empezó a escribir con doce años y, a día de hoy, sigue haciéndolo con más pasión que nunca.

Twitter: @LuciaMoya_S
Correo: luciamosan@gmail.com

SOBRE EL ARTISTA



Antonio Álvarez López nació el 3 de mayo de 1998 en la ciudad de Cádiz. Desde ya una temprana edad, desarrolló un gran interés por el arte en todas sus formas: modelado, tradicional, digital, óleo... Nada se resiste ante sus habilidosas manos. Hoy en día, sigue progresando y avanzando a pasos agigantados, volviéndose el artista que siempre ha soñado ser.

Tumblr: art-antonioalvz.tumblr.com
Correo: antonio.alvz.lopez@gmail.com